

Unidad 7

- Impacto Social de los Modelos Económicos

- 7.1 Los costos sociales de los modelos económicos
- 7.2 Fenómeno empleo desempleo
- 7.3 El subempleo y la economía informal

¿EL ESTADO IMPOTENTE?

Los Costos Sociales de los Modelos Económicos

En 1978, Nicos Poulantzas escribió: «Lo específico del estado capitalista es que absorbe el tiempo y espacio sociales, establece sus matrices y monopoliza su organización, convirtiéndolos, por su acción, en redes de dominio y poder. Por eso, la nación moderna es producto del estado»¹. Ya no es así. El control estatal sobre el espacio y el tiempo se ve superado cada vez más por los flujos globales de capital, bienes, servicios, tecnología, comunicación y poder. La captura, por parte del estado, del tiempo histórico mediante su apropiación de la tradición y la (re)construcción de la identidad nacional es desafiada por las identidades plurales definidas por los sujetos autónomos. El intento del estado de reafirmar su poder en el ámbito global desarrollando instituciones supranacionales socava aún más su soberanía. Y su esfuerzo por restaurar la legitimidad descentralizando el poder administrativo regional y local refuerza las tendencias centrífugas, al acercar a los ciudadanos al gobierno pero aumentar su desconfianza hacia el estado-nación. Así pues, mientras que el capitalismo global prospera y las ideologías nacionalistas explotan por todo el mundo, el estado-nación, tal y como se creó en la Edad Moderna de la historia, parece estar perdiendo su poder, aunque, y

¹ Poulantzas, 1978, pág. 109; la traducción es mía.

esto es esencial, *no su influencia*². En este capítulo explicaré por qué y me extenderé en las consecuencias potenciales de este proceso fundamental. Utilizaré ejemplos de estado-nación de varios países para destacar que estamos observando un fenómeno sistémico global, si bien con gran variedad de manifestaciones. En efecto, el reto creciente a la soberanía estatal en todo el mundo parece tener su origen en la incapacidad del estado-nación moderno para navegar en las aguas inexploradas y tormentosas que se extienden entre el poder de las redes globales y el desafío de las identidades singulares³.

LA GLOBALIZACIÓN Y EL ESTADO

La capacidad instrumental del estado-nación resulta decisivamente debilitada por la globalización de las principales actividades económicas, por la globalización de los medios y la comunicación electrónica y por la globalización de la delincuencia⁴.

² Tilly, 1975; Giddens, 1985; Held, 1991, 1993; Sklair, 1991; Camilleri y Falk, 1992; Guehenno, 1993; Horsman y Marshall, 1994; Touraine, 1994; Calderón *et al.*, 1996.

³ El análisis de la crisis del estado-nación presupone su definición y teoría. Pero como mi obra sobre este tema se fundamenta en teorías sociológicas ya desarrolladas desde varias fuentes, referiré al lector a la definición de Anthony Giddens en *The Nation-state and Violence*, 1985, pág. 121: «El estado-nación, que existe en un complejo de otros estados-nación, es un conjunto de formas institucionales de gobierno que mantiene un monopolio administrativo sobre un territorio con límites definidos (fronteras), su gobierno está sancionado por la ley y posee el control directo de los instrumentos de la violencia interna y exterior». No obstante, como escribe Giddens, «sólo en los estados-nación modernos puede el aparato del estado, en general, reclamar con éxito el monopolio de los instrumentos de la violencia y sólo en estos estados el ámbito administrativo del aparato del estado se corresponde directamente con los límites territoriales reclamados» (pág. 18). En efecto, como sostiene, «un estado-nación es un contenedor de poder con límites», el contenedor de poder preeminente de la era moderna (pág. 120). Así que, ¿qué pasa y cómo debe conceptuarse a tal estado cuando las fronteras se vienen abajo y cuando los contenedores pasan a ser contenidos? Mi investigación se inicia, en continuidad teórica, donde el estado-nación, según la concepción de Giddens, parece ser superado por la transformación histórica.

⁴ Para una definición y un análisis de la globalización según la entiendo, véase el volumen I, cap. 2. Para una crítica saludable de las opiniones simplistas sobre la globalización, véase Hirst y Thompson, 1996. Se ha sostenido que la globalización no es un fenómeno nuevo y que ha ocurrido en diferentes periodos históricos, sobre todo con la expansión del capitalismo al final del siglo XIX. Puede que sea así, aunque no estoy convencido de que la nueva infraestructura, basada en la tecnología de la información, no introduzca un cambio social y económico cualitativo, al permitir a los procesos globales operar en tiempo real. Pero no quiero entrar en polémica con este argumento, puesto que carece de importancia para mi investigación. Estoy tratando de analizar y explicar nuestra sociedad a finales del siglo XX, en su variedad de contextos culturales, económicos y políticos. Por lo tanto, mi contribución intelectual debe discutirse en este nuevo terreno de los procesos contemporáneos según se observan y teorizan en los tres volúmenes de este libro. Sin lugar a dudas, sería muy provechosa para el pensamiento académico una obra histórica comparativa que con-

El núcleo transnacional de las economías nacionales

La interdependencia de los mercados financieros y de divisas de todo el mundo, que operan como una unidad en tiempo real, vincula las divisas nacionales. El cambio constante entre dólares, yenes y las divisas de la Unión Europea (euros en el futuro) obliga a la coordinación sistémica de esas divisas como única medida capaz de mantener cierto grado de estabilidad en el mercado de divisas y, de este modo, en la inversión y comercio globales. El resto de las divisas del mundo han quedado ligadas, para todos los fines prácticos, a este triángulo de riqueza. Si el tipo de cambio es sistémicamente interdependiente, también lo son, o lo serán, las políticas monetarias. Y si las políticas monetarias siguen cierta coordinación supranacional, también lo hacen, o lo harán, los tipos de interés preferencial y, en definitiva, las políticas presupuestarias. De ello se deduce que los estados-nación individuales están perdiendo y perderán el control sobre elementos fundamentales de sus políticas económicas⁵. De hecho, ya sucedió en los países en vías de desarrollo en la década de los ochenta y en los europeos durante los comienzos de los años noventa. Barbara Stallings ha mostrado cómo las políticas económicas de los países en vías de desarrollo fueron moldeadas durante la década de los ochenta por las presiones internacionales, ya que las instituciones financieras internacionales y los bancos privados se movilaron para estabilizar las economías en desarrollo como un prerrequisito para el comercio y la inversión internacionales⁶. En la Unión Europea, el Bundesbank ya es *de facto* el banco central europeo. Por ejemplo, cuando, para controlar la inflación alemana, tras la irresponsable decisión del gobierno de establecer el tipo de cambio de un marco occidental por un marco oriental para unificar Alemania, restringió los tipos de interés, forzó a una deflación en toda Europa, independientemente de la marcha de las economías nacionales. En 1992, el Bundesbank llegó tan lejos como para filtrar a los medios de comunicación sus críticas a la política monetaria británica con el fin de forzar la devaluación de la libra, como acabó ocurriendo.

trastara los procesos actuales de interacción de tecnología, globalización de la economía y las comunicaciones, e instituciones políticas con una experiencia pasada de una transformación similar. Confío en que algunos colegas emprendan tal esfuerzo, sobre todo los historiadores, y estaría más que feliz de rectificar mis afirmaciones teóricas en virtud de los resultados de esa investigación. Hasta el momento, los escasos intentos que conozco en esa dirección prestan, en mi opinión, una atención insuficiente a los procesos radicalmente nuevos en la tecnología, las finanzas, la producción, las comunicaciones y la política, de tal modo que, aunque puedan estar en lo cierto en cuanto a los datos históricos, no queda claro por qué el presente es sólo una repetición de la experiencia pasada, más allá de la opinión bastante pedestre de que no hay nada nuevo bajo el sol.

⁵ Moreau Deffarges, 1993; *Business Week*, 1995a; Orstrom Moller, 1995; Cohen, 1996.

⁶ Stallings, 1992.

La política económica japonesa se determina esencialmente por la relación entre la balanza comercial y el tipo de cambio con Estados Unidos. En cuanto a éste último, la economía más autosuficiente, sólo pudo seguir siéndolo, pese a un considerable déficit comercial durante la década de los ochenta, financiando el aumento del gasto gubernamental mediante la deuda, en buena medida de préstamos de capital extranjero. Al hacerlo así, la prioridad de la política económica estadounidense de los años noventa pasó a ser la reducción del gigantesco déficit presupuestario, que amenazaba con convertirse en el agujero negro de la economía mundial. Su independencia económica era una ilusión, que probablemente se disipará en el futuro, cuando los niveles de vida reflejen la competitividad en la economía global, una vez que se levante el colchón de los préstamos masivos al gobierno, que quedaron fuera de control durante el mandato del presidente Reagan⁷. Cabe sostener que el grado de libertad que tienen los gobiernos para establecer su política económica se ha reducido de forma drástica en los años noventa, pues su política presupuestaria se ve atrapada entre los derechos automáticos heredados del pasado y la elevada movilidad del capital experimentada en el presente, y que probablemente aumentará en el futuro⁸.

Esta dificultad creciente del gobierno para controlar la economía (un hecho celebrado por muchos economistas liberales) se ve acentuada por el aumento de la transnacionalización de la producción, no sólo debido a la repercusión de las empresas multinacionales, sino sobre todo a las redes de producción y comercio en las que las empresas están integradas⁹. De ahí se infiere que descende la capacidad de los gobiernos para asegurar en sus territorios la base productiva para generar ingresos. Cuando las empresas y las personas ricas encuentran paraísos fiscales en todo el mundo y cuando la contabilidad del valor añadido en un sistema de producción internacional se vuelve cada vez más dificultosa, surge una nueva crisis fiscal del estado, como expresión de una contradicción creciente entre la internacionalización de la inversión, la producción y el consumo, por una parte, y las bases nacionales de los sistemas fiscales, por la otra¹⁰. ¿Es un accidente que los dos países más ricos del mundo, en términos per cápita, sean Luxemburgo y Suiza? Muy bien pudiera ser que una de las últimas batallas del estado-nación se estuviera luchando en el espacio de la cibercontabilidad, entre los concienzudos inspectores fiscales y los sofisticados abogados transnacionales.

⁷ Thurow, 1992; Cohen, 1993.

⁸ Chesnais, 1994; Nunnenkamp *et al.*, 1994.

⁹ Buckley, 1994.

¹⁰ Guchenko, 1993.

¿El estado impotente?

Un intento de evaluación estadística de la nueva crisis fiscal del estado en la economía global

En este punto del análisis, puede que sea útil observar la evolución de las finanzas de los gobiernos en el periodo de aceleración de la globalización de las economías nacionales, entre 1980 y comienzos de los años noventa. Para limitar la complejidad del análisis, he seleccionado seis países: las tres economías de mercado mayores (Estados Unidos, Japón y Alemania); la más abierta de las economías europeas mayores (Reino Unido); otro país europeo, España, que, aunque es la décima economía de mercado del mundo, presenta un grado de desarrollo económico/tecnológico inferior al de los países del G-7; y una importante economía del mundo de industrialización reciente, la India. A partir de las estadísticas compiladas y elaboradas por mi ayudante Sandra Moog, se han confeccionado los cuadros 5.1 y 5.2, que presentan una visión general de algunos indicadores de las finanzas públicas y de la actividad económica relacionados con el proceso de internacionalización de las economías. No entraré en detalles, sino que utilizaré estos cuadros para ampliar y especificar el argumento sobre la globalización y el estado presentado en las páginas precedentes.

Examinemos primero el grupo de los cuatro países (Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y España) que parecen seguir, en términos muy amplios, líneas similares, si bien con diferencias que resaltaré. Los gastos gubernamentales han aumentado y ahora representan entre un cuarto y más del 40% del PIB. Los puestos de trabajo en la administración han descendido en todas partes. La proporción del consumo del gobierno ha disminuido en los tres países principales, mientras que ha ascendido en España. La proporción de la formación de capital del gobierno ha aumentado en los Estados Unidos y descendido en Alemania. Los ingresos fiscales de los gobiernos centrales han disminuido en los Estados Unidos, mientras que han subido en el resto de los países, de forma considerable en España. El déficit gubernamental ha aumentado, y lo ha hecho sustancialmente en los Estados Unidos y Alemania. La deuda del gobierno ha descendido en el Reino Unido, aunque aún representa en torno al 34% del PIB, y ha aumentado de forma espectacular en España, Alemania y los Estados Unidos, donde en 1992 representaba el 52,2% del PIB. La financiación del déficit gubernamental ha llevado a los cuatro países a incrementar, en algunos casos de forma cuantiosa, la dependencia de la deuda externa y el crédito neto exterior. La relación de la deuda externa y el crédito neto exterior con el PIB, las reservas de divisas de los bancos centrales, los gastos del gobierno y las exportaciones de los países muestran, en términos generales, *una dependencia creciente de los gobiernos de los mercados de capital globales*. Así pues, para los Estados Unidos, entre 1980 y 1993, la deuda externa del gobierno como porcentaje del PIB se

CUADRO 5.1 Internacionalización de la economía y las finanzas públicas: tipos de cambio porcentuales, 1980-1993 (y ratios de 1993 a menos que se indique lo contrario).

	Estados Unidos	Reino Unido	Alemania	Japón	España	India
Deuda externa/.....	104,2	31,8	538,5(p)	0,0	1.066,7	-25,3
PIB.....	(9,8)	(5,8/1992)	(16,6(p)	(0,3/1990)	(10,5)	(5,9)
Deuda externa/.....	20,1	44,7	325,3(p)	9,9	674,5	-16,5
reservas de divisas.....	(998,6)	(168,1/1992)	(368,4)(p)	(12,2/1990)	(121,6)	(149,4)
Deuda externa/.....	133,0	50,5	590,8(p)	9,5	795,5	-55,6
exportaciones.....	(134,0)	(32,2/1992)	(75,3)(p)	(2,3/1990)	(79,7)	(70,7)
Deuda externa/.....	92,2	17,5	423,5(p)	—	586,8	-40,7
gastos gobierno.....	(41,7)	(13,5/1992)	(44,5)(p)	—	(36,4)	(35,4)
Crédito neto.....	203,0	787,5	223,4(p)	—	—	10,3
exterior/gastos g.	(6,12)	(14,2/1992)	(15,2)(p)	—	—	(4,3)
Inversión directa en	52,8	44,4	52,2	57,1	183,3	—
el extranjero/.....	(5,5)	(17,9)	(3,5)	(1,1)	(2,8)	—
inversión interna						
Afluencia de inver.	-35,5	-8,9	-50,0	—	236,7	—
extranjera directa/.....	(2,0)	(10,2)	(0,1)	—	(8,6)	—
inversión interna						

(p) indica datos preliminares.

Nota: Para las cifras y detalles sobre las fuentes y métodos de cálculo, consúltese el apéndice metodológico.

Fuente: Compilado y elaborado por Sandra Moog de las fuentes siguientes: *Government Finance Statistics Yearbook*, vol. 18, Washington D.C., FMI, 1994; *International Financial Statistics Yearbook*, vol. 48, Washington D.C., FMI, 1995; *The Europa World Yearbook*, Londres, Europa Publications, 1982, 1985, 1995; *National Accounts: Detailed Tables*, 1980-1992, vol. 2, Paris OCDE, 1994; *OECD Economic Outlook*, vol. 58, Paris, OCDE, 1995; *World Tables*, 1994, Banco Mundial, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994.

CUADRO 5.2 Papel del gobierno en la economía y las finanzas públicas: tipos de cambio porcentuales, 1980-1992 (y ratios de 1992, a menos que se indique lo contrario).

	Estados Unidos	Reino Unido	Alemania	Japón	España	India
Gasto gubernamental/.....	9,1	13,1	19,7	—	49,4	29,3(p)
PIB.....	(24,0)	(43,2)	(34,6)	—	(25,1)	(17,2)(p)
Ingresos fiscales.....	-15,6	8,0	11,6(p)	18,2	64,2	17,3(p)
presupuestarios/.....	(10,8)	(27,0)	(13,5)(p)	(13,0/1990)	(17,4/1991)	(11,2)(p)
PIB						
Déficit presup./.....	42,9	8,7	44,4	-78,6	16,2	20,0(p)
PIB.....	(4,8)	(5,0)	(2,6)	(1,5/1990)	(4,3)	(5,2)(p)
Deuda gob./PIB.....	91,9	-26,0	78,1	30,1	160,8	28,2(p)
.....	(52,2)	(34,1)	(28,5)	(53,2/1990)	(39,9)	(52,8)(p)
Empleo gob./.....	-4,7	-3,1	-0,6	-20,9	—	—
empleo total.....	(16,2)	(22,2)	(16,4)	(7,2)	—	—
Formación capital	21,2	—	-7,0	—	—	—
gob./form. bruta	(16,0)	—	(27,9)	—	—	—
de capital						
Consumo gob./.....	-6,9	-2,7	-8,1	66,3	33,8	40,2 (p)
consumo privado	(27,2)	(34,5)	(32,7)	(16,3)	(26,9)	(19,0)(p)

(p) Indica datos preliminares.

Nota: Para las cifras y detalles sobre las fuentes y métodos de cálculo, consúltese el apéndice metodológico.

Fuente: Compilado y elaborado por Sandra Moog de las fuentes siguientes: *Government Finance Statistics Yearbook*, vol. 18, Washington D.C., FMI, 1994; *International Financial Statistics Yearbook*, vol. 48, Washington D.C., FMI, 1995; *The Europa World Yearbook*, Londres, Europa Publications, 1982, 1985, 1995; *National Accounts: Detailed Tables*, 1980-1992, vol. 2, Paris OCDE, 1994; *OECD Economic Outlook*, vol. 58, Paris, OCDE, 1995; *World Tables*, 1994, Banco Mundial, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994.

duplicó con creces; como porcentaje de las reservas de divisas, aumentó hasta un 20% y, en 1993, representaba casi diez veces el nivel de las reservas de divisas totales; como porcentaje de las exportaciones, ascendió hasta un 133%; y como porcentaje de los gastos gubernamentales, casi se duplicó, para alcanzar el 41,7% de los gastos totales. En cuanto al crédito neto exterior, ascendió en estos catorce años hasta un asombroso 456%, aumentando un 203% su relación con el gasto gubernamental, para alcanzar un nivel equivalente al 6% del gasto gubernamental. Como la inversión directa en el extranjero de los Estados Unidos aumentó hasta un 52,8%, mientras que la afluencia de inversión extranjera directa disminuyó hasta un 35,5%, cabe sostener que el gobierno federal de los Estados Unidos se ha vuelto en buena medida dependiente de los mercados de capital globales y el crédito exterior.

La historia es algo diferente para el Reino Unido, Alemania y España, pero las tendencias son similares. Es importante tener en cuenta que, mientras que el Reino Unido parece ser menos dependiente, Alemania está aumentando su dependencia del capital extranjero mucho más deprisa que los Estados Unidos, como muestran varios indicadores: la deuda externa del gobierno en relación con el PIB (aumento del 538,5%), en relación con las reservas de divisas (aumento del 325,3%) y en relación con las exportaciones (aumento del 590,8%). El crédito neto exterior del gobierno alemán ha alcanzado un nivel que supera el 15% del gasto gubernamental y su deuda externa es equivalente al 44,5% del gasto gubernamental, en ambos casos porcentajes más elevados que los de los Estados Unidos. Así pues, pese a unos buenos resultados de las exportaciones en la década de los ochenta, Alemania, a diferencia de Japón, ha incrementado de forma considerable la dependencia internacional de su estado nacional.

Resulta bastante interesante que India, pese a haber aumentado el gasto del gobierno, el consumo y el endeudamiento, parezca ser mucho menos dependiente de la deuda externa: en efecto, todos sus indicadores de dependencia financiera muestran un crecimiento negativo para el periodo, con la excepción de la relación entre el crédito exterior del gobierno y el gasto gubernamental, que se sigue manteniendo a un nivel modesto. Un aumento considerable de la proporción de los ingresos fiscales en el PIB es sólo parte de la explicación, siendo la principal, la sustancial aceleración del crecimiento económico en India en la última década. Sin embargo, debe destacarse que, aunque el tipo de cambio de los indicadores de la dependencia financiera del gobierno en India haya sido negativo durante el periodo, el grado de dependencia sigue siendo muy elevado (la deuda externa representa más del 70% de las exportaciones y casi el 150% de las reservas de divisas).

Como suele ocurrir, Japón es diferente. Su gobierno no se vio afectado por el crédito exterior durante la década de los ochenta. Su déficit presupuestario en relación con el PIB es, con mucho, el más bajo y des-

¿El estado impotente?

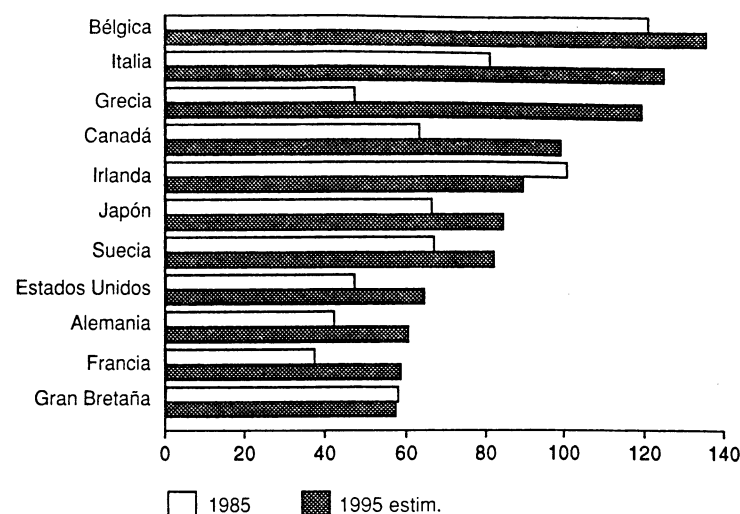


FIGURA 5.1 Pasivos financieros netos del gobierno (porcentaje del PIB).

Fuente: OCDE, elaborado por *The Economist*, 20 de enero de 1996.

cendió de forma considerable durante el periodo 1980-1993. Por otra parte, el consumo del gobierno aumentó, al igual que su deuda, y Japón presenta una relación entre la deuda y el PIB (más del 50%) tan elevada como la estadounidense. Estas observaciones indican que las finanzas del gobierno japonés se sustentan en el endeudamiento interno. También reflejan la mayor competitividad de la economía japonesa y el considerable superávit en las balanzas comercial y de pagos acumulado por el país. Así que el estado japonés es mucho más autónomo que otros frente al resto del mundo, pero su economía es mucho más dependiente de los resultados del comercio internacional, ya que el capital japonés financia a su gobierno con las ganancias de su competitividad. De este modo, lo que parece ser una excepción a la regla de la dependencia del gobierno y su creciente déficit, no lo es. Las grandes empresas japonesas dominan la economía mundial y su competitividad financia al estado, cuyo consumo ha aumentado mucho más de prisa que en cualquiera de los demás países estudiados. El estado japonés muestra una dependencia financiera de segundo orden respecto a los movimientos de la economía internacional, vía su endeudamiento con los bancos japoneses, que acumulan los beneficios de sus *keiretsu*.

Cabe subrayar tres grandes tendencias en lo que respecta a los argumentos presentados en este capítulo:

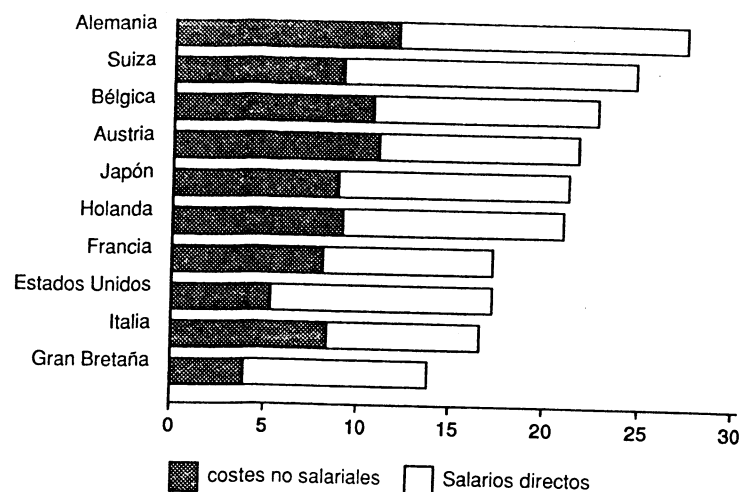


FIGURA 5.2 Costes salariales en la industria, 1994 (dólares por hora).

Fuente: Federación de Empresarios suecos, elaborado por *The Economist*, 27 de enero de 1996.

1. Pese a cierta desconexión del estado con la economía, sobre todo en lo referente al empleo directo y la regulación, aún tiene un papel económico considerable que requiere una financiación adicional aparte de los impuestos, aumentando así los pasivos financieros del estado, exceptuando al Reino Unido (véase figura 5.1).
2. El endeudamiento del gobierno, con la importante excepción de Japón, cada vez depende más del crédito exterior, hasta tal punto que ya supera las reservas de divisas de los bancos centrales y ensombrece los resultados de las exportaciones. Refleja el fenómeno más amplio de la brecha creciente entre un crecimiento de los mercados financieros globales más rápido que el aumento del comercio global.
3. El estado japonés ha logrado establecer cierta autonomía fiscal frente al capital extranjero. Sin embargo, lo ha hecho basándose en el endeudamiento interno, financiado con los ingresos de las grandes compañías japonesas, procedentes del proteccionismo y los resultados de la exportación; de este modo, la economía y el estado japoneses se han hecho adictos a los excedentes comerciales y al reciclaje de los beneficios en suelo japonés. Este estado de cosas condujo a la «economía de burbuja» de finales de los años ochenta y, después, cuando la burbuja estalló, a la recesión de comienzos de los noventa.

En general, el entrelazamiento de las economías nacionales, y la dependencia de las finanzas del gobierno de los mercados globales y del crédito exterior, ha creado las condiciones para una crisis fiscal internacional de los estados-nación, incluidos los más ricos y poderosos.

La globalización y el estado de bienestar

La globalización de la producción y la inversión también amenaza al *estado de bienestar*, un elemento clave de las políticas del estado-nación en el medio siglo pasado, y probablemente el componente básico de su legitimidad en los estados industrializados¹¹. Ello es así porque cada vez resulta más contradictorio para las empresas operar en los mercados globalizados e integrados, mientras experimentan importantes diferenciales de costes en prestaciones sociales, así como diferentes grados de regulación entre los países. No sólo ocurre entre Norte y Sur, sino también entre los diferentes países de la OCDE; por ejemplo, los costes laborales relacionados con las prestaciones sociales son mucho más bajos en los Estados Unidos que en Alemania (véase la figura 5.2). Pero lo que es una ventaja comparativa de la localización de los Estados Unidos frente a Alemania, se convierte en una desventaja frente a México, tras la entrada en vigor del TLC. Puesto que las empresas, debido a la tecnología de la información, pueden localizarse en muchos lugares diferentes y seguir enlazadas a las redes y mercados globales de producción (véase vol. I, cap. 6), se produce entonces una espiral descendente de reducción de los costes sociales. Los límites a esa «competitividad negativa» en el pasado fueron dobles: por una parte, el desfase en cuanto a productividad y calidad entre los países protegía a los trabajadores de las economías avanzadas frente a los competidores menos desarrollados; por la otra, la presión interna inducía al proteccionismo, de modo que, mediante los aranceles, se aumentaba el precio de las importaciones hasta un nivel en el que se anulaba la ventaja comparativa del abastecimiento externo. Ambos límites están desapareciendo. La nueva Organización Mundial de Comercio está estableciendo un sistema de vigilancia para detectar y penalizar las barreras al libre comercio. Aunque la política del comercio internacional condiciona la repercusión real de esos controles, parecería que, a menos que se produzca una inversión espectacular en el proceso de integración económica global, el proteccionismo flagrante a gran escala cada vez se encontrará más sometido a las represalias del resto de los países. En lo que respecta al retraso en cuanto a calidad y productividad, el estudio de Harley Shaiken sobre las fábricas de automóviles estadounidenses en México ha mostrado que la rápida puesta al día de los

¹¹ Wilensky, 1975; Janowitz, 1976; Navarro, 1994, 1995; Castells, 1996.

trabajadores mexicanos igualaba la productividad de los estadounidenses en unos dieciocho meses. Se han observado procesos similares en Asia¹². Y (los europeos deberían recordarlo) la productividad laboral estadounidense sigue siendo la más alta del mundo, eliminando así un diferencial potencial de competitividad europea que aún podría permitir un generoso estado de bienestar. En una economía cuyos mercados centrales de capital, bienes y servicios se integran cada vez más a escala global, queda poco espacio para estados de bienestar muy diferentes en economías con niveles relativamente similares de productividad laboral y calidad productiva. Sólo un contrato social global (que redujera la brecha sin igualar necesariamente las condiciones sociales y laborales), ligado a acuerdos arancelarios internacionales, podría evitar la desaparición de los estados de bienestar más generosos. No obstante, puesto que en la nueva economía global, liberalizada e interconectada, ese contrato de largo alcance es improbable, los estados de bienestar están reduciendo su tamaño a un denominador común inferior que mantiene la marcha en espiral hacia abajo¹³. Al hacerlo, se desvanece un componente fundamental de la legitimidad y estabilidad del estado-nación, no sólo en Europa, sino en todo el mundo, desde los estados de bienestar de las clases medias de Chile o México hasta los restos de los estados de bienestar estatistas de Rusia, China o India, o el estado de bienestar urbano en los Estados Unidos inducido por las luchas sociales de los años sesenta.

Así pues, el estado-nación cada vez es más impotente para controlar la política monetaria, decidir su presupuesto, organizar la producción y el comercio, recabar los impuestos sobre sociedades y cumplir sus compromisos para proporcionar prestaciones sociales. En suma, ha perdido la mayor parte de su poder económico, si bien aún cuenta con cierta capacidad regulatoria y un control relativo sobre sus súbditos.

Redes globales de comunicación, audiencias locales y reguladores estatales

Las perspectivas de una regulación y control nacionales no son mucho mejores en otro ámbito decisivo del poder estatal: los medios y la comunicación. El control de la información y el entretenimiento y, mediante ellos, de las opiniones e imágenes ha sido, a lo largo de la historia, el instrumento de sostén del poder estatal, que se perfeccionaría en la era de los medios de comunicación de masas¹⁴. En este ámbito, el estado-nación se enfrenta a tres importantes retos interconectados: la globalización y el entrecruzamiento de la propiedad; la flexibilidad y la penetración de la

¹² Shaiken, 1990; Rodgers, 1994.

¹³ Sengenberger y Campbell, 1994; Navarro, 1995; Castells, 1996.

¹⁴ Mattelart, 1991.

EL CUARTO MUNDO: CAPITALISMO INFORMACIONAL, POBREZA Y EXCLUSIÓN SOCIAL

Fenómeno Empleo Desempleo

El ascenso del informacionalismo en este fin de milenio va unido al aumento de la desigualdad y la exclusión en todo el mundo. En este capítulo trataré de explicar por qué y cómo es así, a la vez que expongo algunas instantáneas de los nuevos rostros del sufrimiento humano. El proceso de reestructuración del capitalismo, con su lógica fortalecida de competitividad económica, tiene mucho que ver con ello. Pero las nuevas condiciones tecnológicas y organizativas de la era de la información, analizadas en este libro, le dan otra vuelta de tuerca al modelo clásico de ganancia capitalista.

Sin embargo, hay datos contradictorios, que alimentan un debate sesgado ideológicamente sobre la situación de la gente en el mundo. Después de todo, el último cuarto de siglo ha contemplado el acceso al desarrollo, la industrialización y el consumo de decenas de millones de chinos, coreanos, indios, malaisios, tailandeses, indonesios, chilenos, brasileños, argentinos y de sectores más reducidos en otros países. El grueso de la población de Europa Occidental sigue disfrutando de los niveles más altos de vida del mundo, y de la historia del mundo. Y en los Estados Unidos, aunque los salarios medios de los hombres se han estancado o han descendido, con la excepción del vértice de la escala de licenciados universitarios, la incorporación masiva de las mujeres al trabajo remunerado, cerrando relativamente su brecha salarial con el hombre, ha conservado

en general niveles de vida decentes, siempre que se sea lo suficientemente estable como para mantener dos salarios en el hogar. En todo el mundo, las estadísticas de salud, educación e ingresos muestran, como media, una mejoría considerable sobre los parámetros históricos¹. De hecho, durante los últimos diez años, de la población en general, sólo la antigua Unión Soviética, tras el colapso del estatismo, y el África Subsahariana, tras su marginación del capitalismo, han experimentado un descenso en las condiciones de vida, y en algunos países en estadísticas vitales (aunque la mayor parte de América Latina sufrió un retroceso en los años ochenta). No obstante, como Stephen Gould tituló un maravilloso artículo hace años, «la mediana no es el mensaje»². Aun sin entrar de lleno en una discusión sobre el significado de la calidad de vida, incluidas las consecuencias medioambientales de la última ronda de industrialización, el balance aparentemente desigual del desarrollo en los albores de la era de la información transmite una perplejidad manipulada ideológicamente a falta de claridad analítica.

Por ello, al valorar la dinámica del informacionalismo, es necesario establecer una distinción entre varios procesos de diferenciación social: por una parte, *desigualdad, polarización, pobreza y miseria* pertenecen al ámbito de las relaciones de distribución/consumo o de la apropiación diferencial de la riqueza generada por el esfuerzo colectivo. Por otra parte, *individualización del trabajo, sobreexplotación de los trabajadores, exclusión social e integración perversa* son características de cuatro procesos específicos respecto a las relaciones de producción³.

La desigualdad hace referencia a la apropiación desigual, en términos relativos, de la riqueza (renta y activos) por parte de individuos y grupos sociales diferentes. La polarización es un proceso específico de desigualdad que aparece cuando tanto el vértice como la base de la escala de distribución de la renta o la riqueza crecen más deprisa que el centro, de manera que éste disminuye y se agudizan las diferencias sociales entre los dos segmentos extremos de la población. La pobreza es una norma institucionalmente definida referente al nivel de recursos por debajo del cual no es posible alcanzar el nivel de vida considerado la norma mínima en una sociedad y en una época determinadas (por lo general, un nivel de renta para un número determinado de miembros de un hogar, definido por los gobiernos o instituciones competentes). La miseria es el término que propongo para referirse a lo que los estadísticos sociales denominan «pobreza extrema», esto es, la base de la distribución de la renta/activos, o lo que algunos expertos conceptúan como «privación», introduciendo

una gama más amplia de desventajas sociales/económicas. En los Estados Unidos, por ejemplo, la pobreza extrema hace referencia a los hogares cuya renta desciende por debajo del 50% de la que define la línea de pobreza. Resulta obvio que estas tres definiciones (con importantes efectos para categorizar a la población y definir políticas sociales y distribución de los recursos) son relativas desde el punto de vista estadístico y están definidas culturalmente, además de manipularse desde la política. No obstante, al menos nos permiten ser precisos acerca de lo que decimos cuando describimos/analizamos la diferenciación social en el capitalismo informacional.

El segundo conjunto de procesos y su categorización pertenece al análisis de las relaciones de producción. Así, cuando los observadores critican la «precariedad» de las relaciones laborales suelen hacer referencia al proceso de individualización del trabajo y a la inestabilidad que induce en las pautas del empleo. O el discurso sobre la exclusión social denota la tendencia observada a excluir de forma permanente de los mercados laborales formales a ciertas categorías de la población. Estos procesos tienen consecuencias fundamentales para la desigualdad, la polarización, la pobreza y la miseria. Pero los dos planos deben diferenciarse analítica y empíricamente con el fin de establecer su relación causal y, de este modo, preparar el camino para comprender las dinámicas de la diferenciación, la explotación y la exclusión sociales en la sociedad red.

Por individualización del trabajo entiendo el proceso por el cual la contribución laboral a la producción se define de forma específica para cada trabajador y para cada una de sus aportaciones, ya sea en forma de trabajo autónomo o asalariado contratado individualmente y en buena parte no reglamentado. Desde el punto de vista empírico, desarrollo el argumento sobre la difusión de esta forma de acuerdos laborales en el volumen I, capítulo 4. Sólo añado aquí un recordatorio sobre el hecho de que la individualización del trabajo es la práctica dominante en la economía urbana informal que se ha convertido en la forma predominante de empleo en la mayoría de los países en vías de desarrollo, así como en ciertos mercados laborales de economías avanzadas⁴.

Utilizo el término «sobreexplotación»⁵ para indicar acuerdos laborales que permiten al capital retener sistemáticamente la distribución de pa-

¹ PNUD, 1996.

² Gould, 1985.

³ Para una discusión informada sobre el análisis de la pobreza y la exclusión social en una perspectiva comparativa, véase Rodgers *et al.*, 1995; Mingione, 1996.

⁴ Portes *et al.*, 1989.

⁵ Utilizo el término «sobreexplotación» para distinguirlo del concepto de explotación de la tradición marxista que, en la economía estrictamente marxista, sería aplicable a todo trabajo asalariado. Puesto que esta categorización implicaría aceptar la teoría del valor del trabajo, un asunto de creencia más que de investigación, prefiero soslayar el debate, pero evitando crear mayor confusión al utilizar el término «explotación», como me gustaría hacer para los casos de discriminación sistémica como a los que me refiero en mi categorización.

gos/recursos o imponer a ciertos tipos de trabajadores condiciones más duras de lo que es la norma/regulación en un mercado laboral determinado en un tiempo y espacio precisos. Hace referencia a la discriminación, tolerada o sancionada por las entidades reguladoras, de inmigrantes, minorías, mujeres, jóvenes, niños u otras categorías de trabajadores. Una tendencia particularmente significativa en este contexto es el resurgimiento del trabajo infantil remunerado en todo el mundo, en condiciones extremas de explotación, indefensión y abuso, invirtiendo la pauta histórica de protección social de los niños que existía bajo el último capitalismo industrial, así como en el estatismo industrial y en las sociedades agrícolas tradicionales⁶.

Exclusión social es un concepto propuesto por el gabinete asesor sobre política social de la Comisión de la Unión Europea y adoptado por la Oficina Internacional del Trabajo de la ONU⁷. Según el Observatorio sobre Políticas Nacionales para Combatir la Exclusión Social de la Comisión Europea, hace referencia a «los derechos sociales de los ciudadanos [...] a ciertos niveles de vida básicos y a la participación en las principales oportunidades sociales y ocupacionales de la sociedad»⁸.

Para tratar de ser más preciso, defino *exclusión social* como *el proceso por el cual a ciertos individuos y grupos se les impide sistemáticamente el acceso a posiciones que les permitirían una subsistencia autónoma dentro de los niveles sociales determinados por las instituciones y valores en un contexto dado*⁹. En circunstancias normales, en el capitalismo informacional, tal posición suele asociarse con la posibilidad de acceder a un trabajo remunerado relativamente regular al menos para un miembro de una unidad familiar estable. De hecho, la exclusión social es el proceso que descalifica a una persona como trabajador en el contexto del capitalismo. En países con un Estado de bienestar desarrollado, la inclusión también puede suponer generosas compensaciones en el caso de desempleo o incapacidad de larga duración, aunque estas condiciones son cada vez más excepcionales. Consideraría entre los socialmente excluidos a la masa de personas con asistencia social de larga duración en condiciones institucionalmente punitivas, como ocurre en los Estados Unidos. Sin duda, entre

⁶ OIT, 1996.

⁷ Rodgers *et al.*, 1995.

⁸ Room, 1992, pág. 14.

⁹ Por «autonomía», en este contexto, entiendo el margen medio de autonomía individual/heteronomía social construido por la sociedad. Es obvio que un trabajador, o incluso una persona autoempleada, no es autónomo frente a su empleador o red de clientes. Me refiero a las condiciones sociales que representan la norma social, en contraste con la incapacidad de la gente para organizar sus vidas, incluso dentro de las limitaciones de la estructura social, debido a que no pueden acceder a los recursos que la estructura social exige como necesarios para construir su autonomía limitada. Esta discusión de la autonomía constreñida por la sociedad es la que subyace en la conceptualización de inclusión/exclusión como expresión diferencial de los derechos sociales de la gente.

la nobleza inglesa o entre los jeques del petróleo, aún hay unos cuantos individuos independientemente ricos a quienes no preocuparía en absoluto ser degradados a no-trabajador: no considero que estén socialmente excluidos.

La exclusión social es un proceso, no una condición. Por lo tanto, sus fronteras cambian, y quién es excluido e incluido puede variar con el tiempo, dependiendo de la educación, las características demográficas, los prejuicios sociales, las prácticas empresariales y las políticas públicas. Es más, aunque la falta de trabajo regular como fuente de ingresos es en última instancia el mecanismo clave en la exclusión social, son muy variadas las vías que conducen a la indigencia y que colocan a individuos y grupos en una situación de dificultad/imposibilidad estructural para procurarse el sustento. No es sólo una cuestión de falta de preparación o de no ser capaz de encontrar un empleo. Puede ser que la enfermedad golpee a una sociedad sin cobertura sanitaria para una proporción cuantiosa de sus miembros (por ejemplo, los Estados Unidos). O también que la adicción a las drogas o el alcoholismo destruya la humanidad en una persona. O que la cultura de las cárceles y el estigma de ser un ex convicto cierren las vías fuera del delito al recuperar la libertad. O que los daños de una enfermedad mental o una crisis nerviosa, que colocan a una persona ante las alternativas de la represión psiquiátrica y la irresponsable falta de atención médica, paralicen el alma y anulen la voluntad. O, simplemente, que el analfabetismo funcional, la condición de ilegal, la imposibilidad de pagar el alquiler, lo que induce la carencia de techo, o la pura mala suerte con un jefe o un policía, desaten una cadena de acontecimientos que lleven a una persona (y a su familia, con mucha frecuencia) a arrastrarse a la deriva hacia las regiones exteriores de la sociedad, habitadas por los despojos de la humanidad fracasada.

Además, el proceso de exclusión social en la sociedad red afecta tanto a personas como a territorios, de suerte que, en ciertas condiciones, países, regiones, ciudades y barrios enteros quedan excluidos, abarcando en esta exclusión a la mayoría o a toda su población. Es diferente del proceso tradicional de segregación espacial, como trataré de demostrar cuando examine los nuevos rasgos de los guetos del centro de las ciudades estadounidenses. Bajo la nueva lógica dominante del espacio de los flujos (volumen I, capítulo 6), las áreas que no son valiosas desde la perspectiva del capitalismo informacional, y que no tienen un interés político significativo para los poderes existentes, son esquivadas por los flujos de riqueza e información, y acaban siendo privadas de la infraestructura tecnológica básica que nos permite comunicarnos, innovar, producir, consumir e incluso vivir en el mundo de hoy. Este proceso induce una geografía extremadamente desigual de exclusión e inclusión social/territorial, que incapacita a grandes segmentos de la población, mientras vincula transterri-

torialmente... ante la tecnología de la información, a todos y todo lo que pueda ser de valor en las redes globales que acumulan riqueza, información y poder.

El proceso de exclusión social y la insuficiencia de las políticas reparatorias de integración social conducen a un cuarto proceso clave que caracteriza algunas formas específicas de las relaciones de producción en el capitalismo informacional: lo denominaré integración perversa y hace referencia al proceso laboral en la economía criminal. Por economía criminal entiendo aquellas actividades generadoras de ingresos que son declaradas delito por las normas y, en consecuencia, perseguidas en un contexto institucional determinado. No hay juicio de valor en la etiqueta, no porque apruebe el tráfico de drogas, sino porque tampoco apruebo diversas actividades respetables desde el punto de vista institucional que causan un daño tremendo en las vidas de la gente. No obstante, lo que una sociedad determinada considera que es un delito lo es, y ello tiene consecuencias sustanciales para quien participe en esas actividades. Como sostendré en el capítulo 3, el capitalismo informacional se caracteriza por la formación de una economía criminal global y por su creciente interdependencia con la economía formal y las instituciones políticas. Ciertos segmentos de la población socialmente excluida, junto con individuos que eligen modos más rentables aunque peligrosos de ganarse la vida, constituyen un submundo del hampa cada vez más poblado, que se está convirtiendo en un rasgo esencial de la dinámica social en la mayor parte del planeta.

Existen relaciones sistémicas entre el capitalismo informacional, la restructuración del capitalismo, las tendencias de las relaciones de producción y las nuevas tendencias de las relaciones de distribución. O, en pocas palabras, entre la dinámica de la sociedad red, la desigualdad y la exclusión social. Trataré de adelantar algunas hipótesis sobre la naturaleza y la forma de esas relaciones. Pero en lugar de proponer una matriz teórica formal, investigaré la interacción de estos procesos y sus resultados sociales, centrándome en tres temas empíricos, de los que trataré de extraer algunas conclusiones analíticas. Me centraré en el proceso de exclusión social de casi un continente completo, el África Subsahariana, y de la mayoría de sus 500 millones de habitantes. Examinaré la extensión y profundización de la pobreza urbana en el país que presume de una economía puntera y de la tecnología más avanzada del mundo, los Estados Unidos. Y consideraré una visión diferente del proceso de desarrollo y subdesarrollo globales: la de los niños. Antes de nada, permítanme presentar un breve panorama general del estado del mundo en cuanto a desigualdad, pobreza y exclusión social.

¿HACIA UN MUNDO POLARIZADO? UNA VISIÓN GLOBAL

La divergencia entre la producción por persona de los países quizás sea el rasgo dominante de la historia económica moderna. La relación entre la renta per cápita de los países más ricos y los más pobres [entre 1870 y 1989] se ha multiplicado por 6 y la desviación estándar del PNB per cápita ha aumentado entre un 60 y un 100%

escribe Pritchett, resumiendo los resultados de su estudio econométrico para el Banco Mundial¹⁰. En gran parte del mundo, esta disparidad geográfica en la creación/apropiación de riqueza se ha incrementado en las dos últimas décadas, mientras que el diferencial entre los países de la OCDE y el resto del planeta, que representan a una proporción abrumadora de la población, aún es abismal. Así pues, utilizando las estadísticas económicas históricas elaboradas por Maddison¹¹, Benner y yo hemos elaborado el cuadro 2.1, representado gráficamente en la figura 2.1, que muestra la evolución del índice del PNB per cápita para un grupo de países seleccionados, clasificados por el valor relativo de su índice frente a los Estados Unidos, entre 1950, 1973 y 1992. Japón ha logrado ponerse casi a la misma altura en las cuatro últimas décadas, mientras que Europa Occidental ha mejorado su posición relativa, pero sigue a la zaga de los Estados Unidos por un margen considerable. Durante el periodo 1973-1992, la muestra de países de América Latina, África y Europa Oriental estudiada por Maddison se ha rezagado aún más. En cuanto a los diez países asiáticos, incluidos los milagros económicos de Corea del Sur, China y Taiwan, han mejorado sustancialmente su posición relativa, pero a nivel absoluto, en 1992, siguen siendo más pobres que cualquier otra región del mundo salvo África, representando sólo el 18% del nivel de riqueza de los Estados Unidos.

Sin embargo, si la distribución de la riqueza entre los países continúa divergiendo, en general, las condiciones medias de vida de la población mundial medidas por el Índice del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) han mejorado constantemente durante las tres últimas décadas. Ello es debido, principalmente, a las mayores oportunidades de educación y a la mejora de los niveles de salud, que se traducen en un incremento espectacular de la esperanza de vida, que en los países en vías de desarrollo ascendió de cuarenta y seis años en la década de los sesenta a sesenta y dos años en 1993, sobre todo para las mujeres¹².

La evolución de la desigualdad de la renta presenta un perfil diferente si se adopta un planteamiento global o se contempla su evolución dentro

¹⁰ Pritchett, 1995, pág. 2 y 3.

¹¹ Maddison, 1995.

¹² PNUD, 1996, págs. 18 y 19.

CUADRO 2.1 PNB per cápita en una muestra de 55 países.

País	PNB/cápita (en dólar EE.UU. 1990)			Índice PNB/cápita (EE.UU. = 100)			Evolución del Índice PNB/cápita (en cifras)		Evolución del Índice PNB/cápita (en %)	
	1950	1973	1992	1950	1973	1992	1950-73	1973-92	1950-73	1973-92
EE. UU.	9.573	16.607	21.558	100	100	100	0	0	0	0
Japón	1.873	11.017	19.425	20	66	90	47	24	239	36
16 países de Europa Occidental										
Alemania	4.281	13.152	19.351	45	79	90	34	11	77	13
Austria	3.731	11.308	17.160	39	68	80	29	12	75	17
Bélgica	5.346	11.905	17.165	56	72	80	16	8	28	11
Dinamarca	6.683	13.416	18.293	70	81	85	11	4	16	5
España	2.397	8.739	12.498	25	53	58	28	5	110	10
Finlandia	4.131	10.768	14.646	43	65	68	22	3	50	5
Francia	5.221	12.940	17.959	55	78	83	23	5	43	7
Grecia	1.951	7.779	10.314	20	47	48	26	1	130	2
Irlanda	3.518	7.023	11.711	37	42	54	6	12	15	28
Italia	3.425	10.409	16.229	36	63	75	27	13	75	20
Noruega	4.969	10.229	17.543	52	62	81	10	20	19	32
P. Bajos	5.850	12.763	16.898	61	77	78	16	2	26	2
Portugal	2.132	7.568	11.130	22	46	52	23	6	105	13
R. Unido	6.847	11.992	15.738	72	72	73	1	1	1	1
Suecia	6.738	13.494	16.927	70	81	79	11	-3	15	-3
Suiza	8.939	17.993	21.036	93	108	98	15	-11	16	-10
Media	4.760	11.340	15.912	50	68	74	19	6	37	8
3 países de características occidentales										
Australia	7.218	12.485	16.237	75	75	75	0	0	0	0
Canadá	7.047	13.644	18.159	74	82	84	9	2	12	3
N.Zelanda	8.495	12.575	13.947	89	76	65	-13	-11	-15	-15
Media	7.857	12.901	16.114	79	78	75	-2	-3	-2	-4
7 países de Europa Oriental										
Bulgaria	1.651	5.284	4.054	17	32	19	15	-13	84	-41
Checoslovaquia	3.501	7.036	6.845	37	42	32	6	-11	16	-25
Hungría	2.480	5.596	5.638	26	34	26	8	-8	0	-22
Polonia	2.447	5.334	4.726	26	32	22	7	-10	26	-32
Rumanía	1.182	3.477	2.565	12	21	12	9	-9	70	-43
URSS	2.834	6.058	4.671	30	36	22	7	-15	23	-41
Yugoslavia	1.546	4.237	3.887	16	26	18	9	-7	58	-29
Media	2.234	5.289	4.627	23	32	21	9	-10	36	-33
7 países latinoamericanos										
Argentina	4.987	7.970	7.616	52	48	35	-4	-13	-8	-26
Brasil	1.673	3.913	4.637	17	24	22	6	-2	35	-9
Chile	3.827	5.028	7.238	40	30	34	-10	3	-24	11
Colombia	2.089	3.539	5.025	22	21	23	-1	2	-2	9
México	2.085	4.189	5.112	22	25	24	3	-2	16	-6
Perú	2.263	3.953	2.854	24	24	13	0	-11	1	-44
Venezuela	7.424	10.717	9.163	78	65	43	-13	-22	-17	-34
Media	3.478	5.616	5.949	36	34	28	-3	-6	-7	-18

CUADRO 2.1 (Continuación)

País	PNB/cápita (en dólar EE.UU. 1990)			Índice PNB/cápita (EE.UU. = 100)			Evolución del Índice PNB/cápita (en cifras)			Evolución del Índice PNB/cápita (en %)		
	1950	1973	1992	1950	1973	1992	1950-73	1973-92	1950-73	1973-92	1950-73	1973-92
10 países asiáticos												
Bangladesh	551	478	720	6	3	3	-3	0	-50	16		
Birmania	393	589	748	4	4	3	-1	0	-14	-2		
Corea del Sur	876	2.840	10.010	9	17	46	8	29	87	172		
China	614	1.186	3.098	6	7	14	1	7	11	101		
Filipinas	1.293	1.956	2.213	14	12	10	-2	-2	-13	-13		
India	597	853	1.348	6	5	6	-1	1	-18	-22		
Indonesia	874	1.538	2.749	9	9	13	0	3	1	38		
Pakistán	650	981	1.642	7	6	8	-1	2	-13	29		
Taiwan	922	3.669	11.590	10	22	54	12	32	129	143		
Tailandia	848	1.750	4.694	9	11	22	2	11	19	107		
Media	762	1.584	3.881	8	10	18	2	8	20	89		
10 países africanos												
Costa de Marfil	859	1.727	1.134	9	10	5	1	-5	16	-49		
Egipto	517	947	1.927	5	6	9	0	3	6	57		
Etiopía	277	412	300	3	2	1	0	-1	-14	-44		
Ghana	1.193	1.260	1.007	12	8	5	-5	-3	-39	-38		
Kenia	609	947	1.055	6	6	5	-1	-1	-10	-14		
Marruecos	1.611	1.651	2.327	17	10	11	-7	1	-41	9		
Nigeria	547	1.120	1.152	6	7	5	1	-1	18	-21		
Sudáfrica	2.251	3.844	3.451	24	23	16	0	-7	-2	-31		
Tanzania	427	655	601	4	4	3	-1	-1	-12	-29		
El Zaire	636	757	353	7	5	2	-2	-3	-31	-64		
Media	893	1.332	1.331	9	8	6	-1	-2	-14	-23		

Fuente: Maddison, 1995, calculado del cuadro 1.3.

Fuente: Maddison, 1995, calculado del cuadro 1.3.

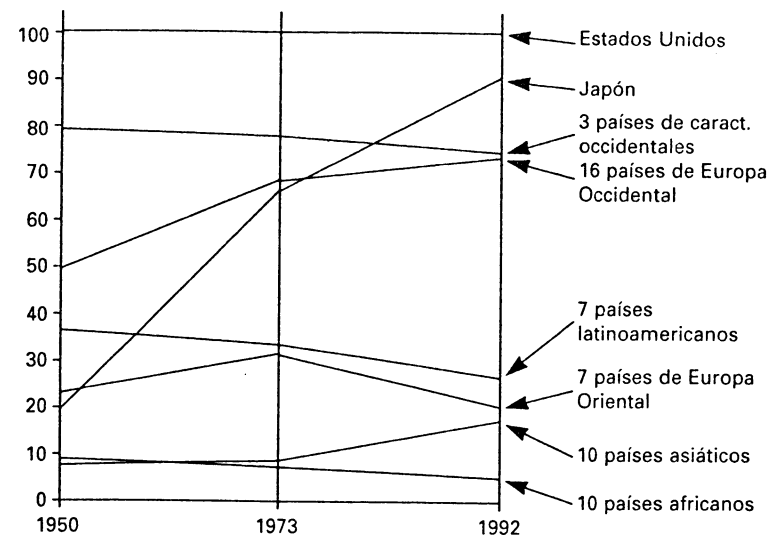


FIGURA 2.1 Índice del PNB per cápita en una muestra de 55 países (EE.UU. = 100).

Fuente: elaborado a partir del cuadro 2.1.

de países específicos en una perspectiva comparativa. En un planteamiento global, durante las tres últimas décadas ha aumentado la desigualdad y la polarización en la distribución de la riqueza. Según el Informe sobre el Desarrollo Humano de 1996 del PNUD, en 1993 sólo 5 billones de dólares de los 23 billones de dólares del PNB global procedían de los países en vías de desarrollo, aun cuando suponían casi el 80% de la población total. El 20% más pobre de los habitantes del mundo han visto reducirse su parte de la renta global de un 2,3% a un 1,4% en los últimos treinta años. Mientras tanto, la parte del 20% más rico ha ascendido del 70 al 85%. Ello duplicó la relación entre la parte de los más ricos y la de los más pobres: de 30:1 a 60:1. Los activos de los 358 multimillonarios (en dólares estadounidenses) del mundo exceden las rentas anuales combinadas de los países con el 45% de la población mundial. La brecha en la renta per cápita entre el mundo industrializado y el mundo en vías de desarrollo se triplicó, de 5.700 dólares en 1960 a 15.000 dólares en 1993¹³.

Entre 1960 y 1991, todos menos el quintil más rico [de la población mundial] vieron descender su porcentaje de la renta, de tal modo que en 1991 más del 85% de

¹³ PNUD, 1996, págs. 2 y 3.

la población mundial recibía sólo el 15% de su renta, una indicación más de un mundo más polarizado¹⁴.

Por otra parte, existe una disparidad considerable en la evolución de la desigualdad dentro de un país en diferentes regiones del mundo. En las dos últimas décadas, la desigualdad de la renta ha aumentado en Estados Unidos¹⁵, Reino Unido¹⁶, Brasil, Argentina, Venezuela, Bolivia, Perú, Tailandia y Rusia¹⁷; y en los años ochenta, en Japón¹⁸, Canadá, Suecia, Australia, Alemania¹⁹ y México²⁰ por citar sólo algunos países. Pero *disminuyó* en el periodo 1960-1990 en India, Malaisia, Hong Kong, Singapur, Taiwan y Corea del Sur²¹. Asimismo, según los datos elaborados por Deininger y Squire, si comparamos el grado de desigualdad de la renta, medido por el índice Gini, en las principales regiones del mundo, entre los años noventa y los setenta, en 1990 era mucho más elevado en Europa Oriental, algo más elevado en América Latina, pero inferior en el resto de las regiones, cuando se analizan a un nivel altamente agregado²². Esta disparidad en la evolución de la desigualdad entre las regiones del mundo probablemente está asociada con dos importantes factores. Para los países en vías de desarrollo, es la tasa de emigración rural-urbana, ya que el principal factor en la disparidad de la distribución de la renta es la diferencia abismal en los niveles de renta entre las zonas rurales y las aglomeraciones urbanas, aun teniendo en cuenta la extendida pobreza urbana²³. Para los países industrializados, la cuestión clave es el desarrollo diferencial de los estados de bienestar y del nivel de salarios y prestaciones sociales, directamente relacionados con el poder de negociación de los sindicatos²⁴.

Pero si la evolución de las desigualdades en el interior de los países varía, *lo que parece ser un fenómeno global es el aumento de la pobreza y sobre todo de la pobreza extrema*. En efecto, la aceleración del desarrollo desigual y la inclusión y exclusión simultáneas de los pueblos en el proceso de crecimiento, que yo considero un rasgo del capitalismo informacional, se traduce en polarización y en la extensión de la miseria a un número creciente de personas. Así pues, según el PNUD:

¹⁴ PNUD, 1996, pág. 13.

¹⁵ Fischer *et al.*, 1996.

¹⁶ Townsend, 1993.

¹⁷ PNUD, 1996.

¹⁸ Bauer y Mason, 1992.

¹⁹ Green *et al.*, 1992.

²⁰ Skezely, 1995.

²¹ PNUD, 1996.

²² Deininger y Squire, 1996, pág. 584.

²³ Jazairy *et al.*, 1992.

²⁴ Townsend, 1993; Navarro, 1997.

Desde 1980, ha habido un aumento espectacular del crecimiento económico en unos 15 países, que ha propiciado un rápido incremento en las rentas de muchos de sus 1.500 millones de habitantes, más de un cuarto de la población mundial. Sin embargo, durante gran parte de este periodo, el declive o el estancamiento económico ha afectado a 100 países, reduciendo las rentas de 1.600 millones de personas, de nuevo más de un cuarto de la población mundial. En 70 de estos países, las rentas medias son inferiores a las de 1980 y en 43 países inferiores a las de 1970. [Es más], durante 1970-1985, el PNB global aumentó un 40%, pero el número de pobres ascendió un 17%. Mientras que en 1965-1980 descendió la renta per cápita de más de 200 millones de personas, en 1980-1993 este descenso afectó a más de 1.000 millones de personas²⁵.

A mediados de los años noventa, trazando la línea de extrema pobreza por debajo de un consumo equivalente a un dólar estadounidense diario, 1.300 millones de personas —el 33% de la población del mundo en vías de desarrollo— estaban en la miseria. De ellas, 550 millones vivían en el sur de Asia, 215 millones, en el África subsahariana y 150 millones, en América Latina²⁶. En una estimación similar, utilizando un dólar diario como línea divisoria de la pobreza extrema, la OIT calculó que el porcentaje de la población por debajo de esta línea aumentó del 53,5% en 1985 al 54,4% en 1990 en el África subsahariana; del 23% al 27,8% en América Latina; y descendió del 61,1% al 59% en el sur de Asia, y del 15,7% al 14,7% en el este y sureste de Asia (sin China)²⁷. La mayor concentración de pobreza se daba, con mucha diferencia, en las zonas rurales: en 1990, la proporción de pobres entre la población rural era del 66% en Brasil, del 72% en Perú, del 43% en México, del 49% en India y del 54% en Filipinas²⁸.

Así, en general, *el ascenso del capitalismo informacional global se caracteriza por el desarrollo y subdesarrollo económicos simultáneos y la exclusión e inclusión sociales*, en un proceso reflejado en líneas generales en las estadísticas comparativas. Existe polarización en la distribución de la riqueza a escala global, una evolución diferencial de la desigualdad de la renta en el interior de los países y un aumento sustancial de la pobreza y la miseria en el mundo en general y en la mayoría de los países, tanto desarrollados como en vías de desarrollo. Sin embargo, los modelos de exclusión social y los factores que los explican requieren un análisis cualitativo de los procesos que los inducen.

²⁵ PNUD, 1996, págs. 1 y 2.

²⁶ PNUD, 1996, pág. 27.

²⁷ OIT, 1995, cuadro 13.

²⁸ OIT, 1994.

LA DESHUMANIZACIÓN DE ÁFRICA ²⁹

El ascenso del capitalismo informacional/global en el último cuarto del siglo XX ha coincidido con el derrumbamiento de las economías africanas, la desintegración de muchos de sus estados y el desmoronamiento de la mayoría de sus sociedades. Como resultado, hambrunas, epidemias, violencia, guerras civiles, matanzas, éxodos masivos y caos social y político son, en este fin de milenio, rasgos sobresalientes de la tierra que alimentó el nacimiento de Lucy, quizás la abuela común de la humanidad. Sostengo que hay una causalidad social y estructural subyacente en esta coincidencia histórica. Y, en las páginas siguientes, trataré de presentar la compleja interrelación de economía, tecnología, sociedad y política en la gestación de un proceso que niega la humanidad al pueblo africano, así como a todos nosotros en nuestro fuero interno.

Marginación e integración selectiva del África subsahariana en la economía informacional/global

En las dos últimas décadas, mientras se ha constituido en gran parte del mundo una economía global y dinámica, el África subsahariana ha experimentado un deterioro sustancial en su posición relativa en el comercio, la inversión, la producción y el consumo frente al resto de las regiones del mundo, a la vez que su PNB per cápita disminuía durante el periodo 1980-1995 (cuadro 2.2). A comienzos de los años noventa, los ingresos de la exportación combinados de sus 45 países, con unos 500 millones de habitantes, suponían sólo 36.000 millones de dólares corrientes, por debajo de los 50.000 millones de 1980. Esta cifra representa menos de la mitad de las exportaciones de Hong Kong en el mismo periodo. En una perspectiva histórica, de 1870 a 1970, durante la incorporación de África a la economía capitalista, bajo la dominación colonial, las exportaciones africanas aumentaron rápidamente y su parte de las exportaciones de los

²⁹ El análisis presentado aquí trata exclusivamente del África subsahariana, salvo Sudáfrica y Botswana, ya que ambos son casos especiales. A lo largo de todo este capítulo, cuando se habla de África, se hace referencia a esta unidad socioeconómica, según la definen las instituciones internacionales, menos Bostwana y Sudáfrica. Me ocuparé de Sudáfrica en las últimas páginas de esta sección, analizando su papel potencial en el desarrollo general de la región. No me ocuparé de Bostwana porque su alta especialización en la minería y las exportaciones de diamantes (es el segundo mayor productor del mundo después de Rusia) y su interpenetración con la economía de Sudáfrica invalidan la comparación con las condiciones del resto de la región. Sin embargo, me gustaría señalar que, tras crecer a una asombrosa media anual del 13% en PNB real desde su independencia (1966), Botswana también está afrontando serios problemas de desempleo y pobreza en los años noventa. Los lectores interesados deben acudir a Hope, 1996.

CUADRO 2.2 PNB per cápita para las economías en vías de desarrollo, 1980-1996.

	Tasa anual de crecimiento del PNB per cápita (%)				PNB per cápita (dólares de 1988)			
	1981-90	1991-95	1995 ^a	1996 ^b	1980	1990	1995 ^a	1996 ^b
Economías en vías de desarrollo ..	1,0	2,9	3,3	4,0	770	858	988	1.028
América Latina	-0,9	0,8	-0,9	0,75	2.148	2.008	2.092	2.106
África	-0,9	-1,3	0,0	1,5	721	700	657	667
Asia occidental	-5,3	-0,6	0,4	0,25	5.736	3.423	3.328	3.335
Sureste Asia	3,9	4,0	5,0	6,0	460	674	817	865
China	7,5	10,2	9,1	8,0	202	411	664	716
Países menos desarrollados	-0,5	-0,9	0,4	1,75	261	249	238	243

^a Estimación preliminar.

^b Previsión.

Fuente: ONU/DIESAP.

CUADRO 2.3 Valor de las exportaciones del mundo, países subdesarrollados y el África subsahariana, 1950-1990.

Región	1950	1960	1970	1980	1990
<i>Miles de millones de dólares corrientes</i>					
Mundo	60,7	129,1	315,1	2.002,0	3.415,3
Países subdesarrollados	18,9	28,3	57,9	573,3	738,0
África subdesarrollada	2,0	3,8	8,0	49,4	36,8
<i>Porcentaje de los países sub.</i>					
Exportaciones mundiales	31,1	21,9	18,4	28,6	21,6
<i>Porcentaje de África subs.</i>					
Exportaciones mundiales	3,3	2,9	2,5	2,5	1,1
Exportaciones países subd. ...	10,6	13,4	13,8	8,6	5,0

Fuente: UNCTAD, 1979, 1989 y 1991, cuadro 1.1; elaborado por Simon *et al.* (1995).

países en vías de desarrollo se incrementó. En 1950, África representaba más del 3% de las exportaciones mundiales; en 1990, en torno al 1,1%³⁰. En 1980, África era el destino del 3,1% de las exportaciones mundiales; en 1995, de sólo un 1,5%. Las importaciones mundiales de África descendieron del 3,7% en 1980 al 1,4% en 1995³¹.

Además, sus exportaciones han permanecido reducidas a productos básicos (el 92% de las exportaciones totales), sobre todo agrícolas (en torno al 76% de los ingresos por exportaciones en 1989-1990). Por otra parte, estas exportaciones cada vez están más concentradas en unos pocos cultivos, como el café y el cacao, que supusieron el 40% de los ingresos por exportaciones en 1989-1990. La relación entre las exportaciones de productos manufacturados y las exportaciones totales cayó del 7,8% en 1965 al 5,9% en 1985, mientras que ascendió del 3% al 8,2% en Asia occidental, del 28,3% al 58,5% en el sur y sureste de Asia, y del 5,2% al 18,6% en América Latina³². Puesto que los precios de los productos básicos han ido a la baja desde mediados de los años setenta, el deterioro de la relación real de intercambio, como resultado de la estructura de las exportaciones, hace extremadamente difícil que África pueda crecer orientando su economía hacia el exterior. En efecto, de acuerdo con Simon *et al.*, las políticas de ajuste inspiradas por el FMI/Banco Mundial para mejorar los resultados de las exportaciones no han hecho más que aumentar la dependencia de productos básicos como el algodón y el cobre, lo que ha socavado los esfuerzos de algunos países para diversificar sus economías y hacerlas menos vulnerables

³⁰ Svedberg, 1993.

³¹ ONU, 1996, págs. 318 y 319.

³² Riddell, 1993, págs. 222 y 223.

CUADRO 2.4 Estructura de las exportaciones (porcentaje), 1990.

Región	Petróleos, minerales y metales	Otros productos básicos	Maquinaria y equipo de transporte	Otros manufacturados	Textiles y ropa
El África subsahariana	63	29	1	7	1
Asia oriental y Pacífico	13	18	22	47	19
Sur de Asia	6	24	5	65	33
Europa	9	16	27	47	16
África central, oriental y septentrional	75	12	1	15	4
América Latina y Caribe	38	29	11	21	3
Países de renta baja y media	31	20	15	35	12
Países de renta baja	27	20	9	45	21

Los porcentajes corresponden a las exportaciones de las regiones respectivas, ponderados los datos por el volumen de los flujos. Toda el África subsahariana se clasifica de renta baja, salvo a) de renta media: Zimbabue, Senegal, Costa de Marfil, Camerún, Congo, Botswana, Angola, Namibia; b) de renta alta-media: Sudáfrica, Gabón; India y China se consideran de renta baja.

Fuente: Banco Mundial, 1992, *World Development Report 1992*; elaborado por Simon *et al.*, 1995.

CUADRO 2.5 Participación porcentual del África subsahariana en las exportaciones mundiales de las principales categorías de productos.

Categoría de producto	Participación en la categoría de producto en las exportaciones mundiales		Participación del África subsahariana en las exportaciones mundiales		Participación en la categoría de producto en las exportaciones mundiales	
	1970	1988	1970	1988	1970	1988
Petróleo..... (SITC 331)	5,3	6,0	6,5	6,9	14,0	34,5
Productos no derivados del petróleo..... (SITC 0-9 menos 331)	94,7	94,0	2,2	0,8	86,0	65,5
Productos básicos ^a (no petróleo)	25,9	16,3	7,0	3,7	73,8	50,4
Productos agrícolas.....	7,0	2,8	6,3	3,6	12,3	8,2
Minerales y menas.....	7,5	3,8	9,7	4,2	30,0	14,6
18 productos del IPC ^b	9,1	4,3	16,1	10,0	59,1	35,6

^a Standard International Trade Classification (SITC) 0, 1, 2 -(233, 244, 266, 267), 4, 68 e ítem 522.56.

^b Lo que la UNCTAD denomina Integrated Programme Commodities (IPC) (que supuestamente es de la mayor importancia para los países en vías de desarrollo): aceites vegetales y semillas oleaginosas, algodón e hilo de algodón, azúcar, bananas, bauxita, cacao, café, carne de bovino, caucho, estaño, fibras y productos resistentes, fosfatos, maderas tropicales, manganeso, mineral de hierro, té, yute y manufacturas de yute.

Fuentes: Derivado de la base de datos de la UNCTAD, 1994, 1986, 1988 y 1989: varios cuadros; UNCTAD, 1980, cuadros 1.1 y 1.2; elaborado por Simon *et al.*, 1995.

al deterioro a largo plazo de los precios de los productos primarios frente a los bienes y servicios con un valor añadido más elevado³³. En general, la relación real de intercambio se deterioró sustancialmente para la mayoría de los países africanos entre 1985 y 1994 (véanse los cuadros 2.3-2.6).

Por otra parte, los débiles mercados internos no han sido capaces de sostener la industrialización basada en la sustitución de importaciones y ni siquiera la producción agrícola destinada a ellos. Entre 1965 y 1989, la relación entre el valor añadido del total de las manufacturas y el PNB no ascendió más del 11%, comparado con un incremento del 20 al 30% para todos los países en vías de desarrollo³⁴. La producción agrícola va por de-

³³ Simon *et al.*, 1995.

³⁴ Riddell, 1993, págs. 22 y 23.

CUADRO 2.6 Relación real de intercambio de los países africanos seleccionados, 1985-1994.

País	Relación real de intercambio (1987 = 100)	
	1985	1994
Burkina Faso.....	103	103
Burundi.....	133	52
Camerún.....	113	79
Chad.....	99	103
Congo.....	150	93
Costa de Marfil.....	109	81
Etiopía.....	119	74
Gambia.....	137	111
Kenia.....	124	80
Madagascar.....	124	82
Malawi.....	99	87
Malí.....	100	103
Mozambique.....	113	124
Níger.....	91	101
Nigeria.....	167	86
Ruanda.....	136	75
Senegal.....	107	107
Sierra Leona.....	109	89
Tanzania.....	126	83
Togo.....	139	90
Uganda.....	149	58
Zimbabwe.....	100	84

Fuente: BIRD, 1996, cuadro 3, pág. 192.

trás del 3% de aumento anual de la tasa de crecimiento de la población. Así, desde comienzos de los años ochenta, las importaciones de alimentos han aumentado en torno a un 10% anual³⁵.

El cuadro 2.7 muestra que desde 1973 la tasa de crecimiento en la agricultura, la industria y los servicios de la economía africana ha sido inferior a la de las demás regiones del mundo. Destaca particularmente el derrumbamiento de la industria en los años ochenta, tras un fuerte crecimiento en los sesenta y más moderado en los setenta. Parece que la industrialización de África entró en crisis en el momento exacto en que la renovación tecnológica y la industrialización orientada a la exportación caracterizaban a la mayoría del mundo, incluidos otros países en vías de desarrollo.

³⁵ Simon *et al.*, 1995, pág. 22.

CUADRO 2.7 Tasas de crecimiento sectorial (evolución porcentual media anual del valor añadido), 1965-1989.

Grupo de países	Agricultura			Industria			Servicios		
	1965-73	1973-80	1980-89	1965-73	1973-80	1980-89	1965-73	1973-80	1980-89
Economías de renta baja.....	2,9	1,8	4,3	10,7	7,0	8,7	6,3	5,3	6,1
Economías de renta media.....	3,2	3,0	2,7	8,0	4,0	3,2	7,6	6,3	3,1
Economías de renta media muy endeudadas.....	3,1	3,6	2,7						
El África subsahariana.....	2,2	-0,3	1,8	6,8	5,4	1,0	7,2	5,4	1,7
Asia oriental.....	3,2	2,5	5,3	13,9	4,2	-0,2	4,1	3,1	1,5
Asia meridional.....	3,1	2,2	2,7	12,7	9,2	10,3	10,5	7,3	7,9
América Latina y Caribe.....	3,0	3,7	2,5	3,9	5,6	7,2	4,0	5,3	6,1
				6,8	5,1	1,1	7,3	5,4	1,7

Las cifras en cursiva en las columnas 1980-90 no corresponden a toda la década.

Fuente: Banco Mundial, 1990, *World Development Report 1990*, pág. 162; elaborado por Simon *et al.*, 1995.

En estas condiciones, la supervivencia de la mayor parte de las economías africanas ha pasado a depender de la ayuda internacional y el crédito exterior. La ayuda, fundamentalmente de los gobiernos, pero también de donantes humanitarios, se ha convertido en un rasgo esencial de la economía política de África. En 1990, recibió el 30% del total de los fondos de ayuda del mundo. En 1994, la ayuda internacional representó el 12,4% del PNB de África, en comparación con el 1,1% de los países de renta media y baja en su conjunto³⁶. En diversos países, representa realmente la mayoría del PNB (por ejemplo, el 65,7% en Mozambique, el 45,9% en Somalia)³⁷. En los años ochenta, hubo una afluencia masiva de deuda exterior (en su mayor parte de gobiernos e instituciones internacionales o respaldada por dichas instituciones) para impedir que las economías africanas se derrumbaran, por lo que África se ha convertido en la región del mundo más endeudada. Como porcentaje del PNB, la deuda exterior total ha ascendido del 30,6% en 1980 al 78,7% en 1994³⁸. Y como porcentaje del valor de las exportaciones, subió del 97% en 1980 al 324% en 1990³⁹.

Puesto que en general se reconoce la imposibilidad de pagar tal deuda, los gobiernos acreedores y las instituciones internacionales utilizaron esta dependencia financiera para imponer políticas de ajuste a los países africanos, intercambiando su subordinación por la condonación parcial de la deuda o la renegociación de los pagos del servicio de la deuda. Expondré más adelante la repercusión real de estas políticas de ajuste en el contexto específico de la economía política africana.

La inversión directa extranjera está desviándose de África en un momento en que aumenta de forma sustancial en todo el mundo. Según Collier,

mientras que la inversión directa extranjera en los países en vías de desarrollo ha ascendido extraordinariamente durante la última década, hasta alcanzar unos 200.000 millones de dólares anuales, la parte destinada a África ha disminuido a proporciones insignificantes: en la actualidad se estima que menos de un 1% de este flujo se dirige al África subsahariana. Incluso este nivel está descendiendo: el total absoluto de 1992 fue menor en términos reales que la afluencia en 1985, el nadir de la crisis económica para gran parte del continente⁴⁰.

Simon *et al.* también informan de que la inversión directa extranjera en África descendió continuamente tanto en términos absolutos como relativos en los años ochenta y comienzos de los noventa, representando

³⁶ BIRD, 1996.

³⁷ Simon *et al.*, 1995.

³⁸ BIRD, 1996.

³⁹ Simon *et al.*, 1995, pág. 25.

⁴⁰ Collier, 1995, pág. 542.

en 1992 sólo en torno a un 6% de la inversión directa extranjera total (IDE) en los países en vías de desarrollo. Mientras que África representaba el 4% de la IDE de la red industrial mundial del Reino Unido a mediados de los años setenta, su porcentaje descendió hasta el 0,5% en 1986⁴¹.

Las razones para esta marginación de África en la economía global son objeto de un debate candente entre los expertos, así como entre los dirigentes políticos. Paul Collier ha sugerido una interpretación multicausal, respaldada por los resultados de su investigación realizada con 150 ejecutivos de empresas extranjeras en África oriental⁴². Pueden resumirse bajo tres encabezamientos: un entorno institucional poco fiable; falta de infraestructuras de producción y comunicaciones, así como de capital humano; y políticas económicas erróneas que penalizan las exportaciones y la inversión en bien de las empresas locales favorecidas por su relación con la burocracia estatal. En general, invertir en África es una aventura de alto riesgo, que desanima incluso a los capitalistas más atrevidos. Incapaces de competir en la nueva economía global, la mayoría de los países africanos representan pequeños mercados internos que no proporcionan una base para la acumulación de capital endógeno.

Sin embargo, no toda África está marginada de las redes globales. Los recursos valiosos, como el petróleo, el oro, los diamantes y los metales, continúan exportándose, induciendo un crecimiento económico sustancial en Botswana y proporcionando ingresos considerables a otros países, como Nigeria. El problema es el uso de los ingresos provenientes de estos recursos, así como de los fondos de la ayuda internacional recibidos por los gobiernos⁴³. En muchos países, la clase burocrática, pequeña pero acomodada, muestra un alto nivel de consumo de productos importados caros, incluidos productos alimenticios occidentales y ropa de moda internacional⁴⁴. Los flujos de capital de los países africanos a cuentas personales e inversiones internacionales rentables de todo el mundo, para el beneficio exclusivo de unos pocos individuos ricos, demuestra la existencia de una acumulación privada sustancial que no se reinvierte en el país donde se genera la riqueza⁴⁵. Así que hay una integración selectiva de pequeños segmentos de capital africano, mercados ricos y exportaciones rentables en las redes globales de capital, bienes y servicios, mientras que la mayor parte de la economía y la gran mayoría de la población está abandonada a su propio destino, entre la mera subsistencia y el saqueo violento⁴⁶.

⁴¹ Simon *et al.*, 1995, pág. 28.

⁴² Collier, 1995.

⁴³ Yansane, 1996.

⁴⁴ Ekholm-Friedman, 1993.

⁴⁵ Jackson y Rosberg, 1994; Collier, 1995.

⁴⁶ Blomstrom y Lundhal, 1993; Simon *et al.*, 1995.

Además, mientras que las empresas africanas apenas pueden competir en la economía global, los lazos existentes con esta economía han penetrado profundamente en sus sectores tradicionales. De este modo, la agricultura de subsistencia y la producción de alimentos para los mercados locales han entrado en crisis en la mayoría de los países, como resultado de la conversión a la agricultura orientada a la exportación y cultivos comerciales especializados, en un intento desesperado de vender en los mercados internacionales⁴⁷. Así, lo que es marginal a escala global, sigue siendo fundamental en África y, en realidad, contribuye a desorganizar los sistemas económicos tradicionales⁴⁸. En este sentido, África no está fuera de la economía global. Por el contrario, está desarticulada por su incorporación fragmentada a la economía global a través de vinculaciones tales como la cantidad limitada de exportaciones de bienes, la apropiación especulativa de recursos valiosos, las transferencias financieras al exterior y el consumo parasitario de bienes importados.

La consecuencia de este proceso de desinversión en toda África, en el preciso momento histórico en que la revolución de la tecnología de la información ha transformado la infraestructura de la producción, la gestión y las comunicaciones en todas partes, ha sido la desvinculación de las empresas y la mano de obra africanas de las operaciones de la nueva economía que caracteriza a la mayor parte del mundo, mientras se vincula a las elites africanas con las redes globales de riqueza, poder, información y comunicación.

El apartheid tecnológico africano en los albores de la era de la información

La tecnología de la información, y la capacidad de utilizarla y adaptarla, son los factores decisivos para generar y acceder a la riqueza, el poder y el saber en nuestro tiempo (véase el volumen I, caps. 2 y 3). África, en el momento actual, está excluida de la revolución de la tecnología de la información, si se exceptúan unos pocos nodos de finanzas y gestión internacionales, conectados directamente con las redes globales mientras esquivan sus economías y sociedades.

No sólo es con creces la región menos informatizada del mundo, sino que tampoco cuenta con la infraestructura mínima requerida para utilizar ordenadores, con lo cual pierden sentido muchos de los esfuerzos por proporcionar equipo electrónico a países y organizaciones⁴⁹. En efecto, antes de pasar a la electrónica, África necesita un suministro fiable de

⁴⁷ Jamal, 1995.

⁴⁸ Callaghy y Ravenhill, 1993.

⁴⁹ Odedra *et al.*, 1993; Jensen, 1995; Heeks, 1996.

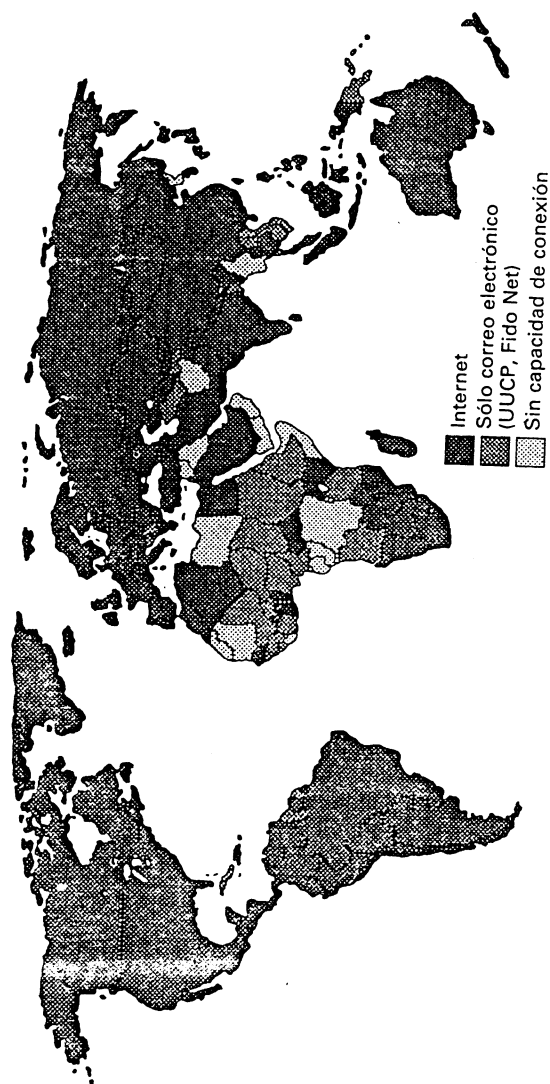


FIGURA 2.2 Capacidad de conexión internacional.

Fuente: copyright © 1995 Larry Landweber y la Internet Society.

electricidad: entre 1971 y 1993, el uso comercial de la energía aumentó de sólo 251 kilovatios per cápita a 288 kilovatios per cápita, mientras que, en su conjunto, en los países en vías de desarrollo, el consumo se duplicó con creces, pasando de 255 a 536 kilovatios per cápita. Y todo ello en comparación con un consumo de 4.589 kilovatios per cápita en 1991 para los países industrializados⁵⁰. Es más, el principal aspecto del uso del ordenador en la era de la información es su capacidad de interconexión, que se basa en la infraestructura de las telecomunicaciones y la conexión en red. La distancia entre las telecomunicaciones africanas y los parámetros mundiales de la actualidad es abismal. Hay más líneas telefónicas en Manhattan o Tokio que en toda el África subsahariana. En 1991, había una línea telefónica por cada 100 habitantes en África, en comparación con las 2,3 de todos los países en vías de desarrollo y las 37,2 de los países industrializados. En 1994, África suponía sólo en torno al 2% de las líneas telefónicas mundiales⁵¹. Algunos de los obstáculos para desarrollar las telecomunicaciones proceden de las burocracias gubernamentales y de su política de mantener el monopolio de sus compañías nacionales, ralentizando su modernización. Los operadores de teléfonos nacionales requieren permisos para instalar cualquier aparato telefónico. La importación de equipo de telecomunicaciones es cara e insegura, ya que con frecuencia «se pierde» en las aduanas⁵². La Organización para la Unidad Africana estableció la Unión de Telecomunicaciones Panafricana a fin de coordinar la política de telecomunicaciones en África, pero la decisión de localizar la oficina en el Zaire, debido a la insistencia de Mobutu, limitó su efectividad, ya que este país cuenta con una de las redes de telecomunicaciones más deficientes. La conexión con Internet está muy limitada debido a la insuficiente anchura de banda internacional y a la falta de conexión entre los países africanos. La mitad de ellos no tenían conexión con Internet en 1995 y, en general, África sigue siendo la región desconectada del mundo (véase la figura 2.2). Sin embargo, lo que es significativo es que, en 1996, 22 capitales africanas tuvieron conexión plena con Internet, pero sólo en un país (Senegal) fuera posible el acceso fuera de la capital⁵³. Así pues, aunque algunos centros se están conectando con Internet, sus países permanecen desconectados.

Si la infraestructura física está rezagada, los conocimientos humanos precisos para manejar la tecnología de la información siguen siendo totalmente inadecuados. Un agudo observador de la tecnología de la información de África, Mayuri Odedra, escribe:

⁵⁰ PNUD, 1996, pág. 183.

⁵¹ PNUD, 1996, pág. 167; Hall, 1995; Jensen, 1995.

⁵² Adam, 1996.

⁵³ Jensen, 1995.

El África subsahariana carece de conocimientos informáticos en todos los ámbitos, incluidos los análisis de sistemas, la programación, el mantenimiento y la consultoría, y a todos los niveles operativos, del uso básico a la gestión. La mayoría de los países carecen de las instalaciones educativas y de formación necesarias para ayudar a la gente a adquirir los conocimientos adecuados. Los pocos centros de formación que existen no han sido capaces de estar a la altura de la demanda. Sólo un puñado de países, como Nigeria, Malawi y Zimbabwe, tienen universidades que ofrecen titulación en ciencias informáticas. En el resto de los países, sólo se dispone en general de diplomas y certificados. A consecuencia de la falta de personal con los conocimientos y la preparación adecuados, las organizaciones de usuarios se ven obligadas a contratar personal extranjero, que a su vez carece de conocimientos sobre las organizaciones locales y, por lo tanto, diseñan sistemas deficientes⁵⁴.

La mayor parte del trabajo informático tiene como objetivo el procesamiento rutinario de datos, con poca toma de decisiones asistida por ordenador. El sector público, la fuerza predominante de las economías africanas, sigue con la «informatización ciega», inducida por la ideología de la modernización o por los alicientes financieros de las compañías informáticas extranjeras, sin utilizar realmente la capacidad informática instalada para procesar información importante. Las reglamentaciones suelen imponer la adquisición centralizada de equipo informático por el sector público y gravan a las empresas privadas para desalentar las importaciones independientes. La informatización limitada de África se ha convertido en otra fuente de dinero para los burócratas, sin relación con las necesidades de la economía o del servicio público⁵⁵. En los años ochenta, la mitad de los ordenadores introducidos habían sido donados por la ayuda internacional y la mayoría eran obsoletos, de tal modo que los expertos consideran que ese continente se ha convertido en el vertedero de equipos que se han quedado anticuados por la rápida revolución tecnológica. En cuanto al mercado privado de ordenadores, está dominado por las multinacionales, que suelen asegurar que se ocuparán del mantenimiento. La mayoría de los sistemas se compran ya preparados, por lo que a nivel local se sabe manejarlos hasta cierto punto, pero no cómo programarlos o repararlos. Las pocas casas de software autóctonas sólo son capaces de afrontar pequeños trabajos⁵⁶.

La dependencia y el subdesarrollo tecnológicos, en un periodo de cambio tecnológico acelerado en el resto del mundo, hace literalmente imposible que África compita en industria o servicios avanzados en el ámbito internacional. Otras actividades que también dependen de un procesamiento de la información eficiente, como la prometedora industria

turística, caen bajo el control de los tour operadores y agencias de viajes internacionales, que se quedan con la parte del león de la parte del león de los turistas, mediante el control de la información del mercado. Incluso las exportaciones agrícolas y minerales, que constituyen el grueso de las exportaciones africanas, cada vez dependen más de la gestión de la información en las operaciones internacionales, así como del equipo electrónico y los insumos químicos/biotecnológicos para la producción agrícola avanzada. Debido a la incapacidad de los países africanos para producir/utilizar equipo tecnológico y conocimientos técnicos avanzados, su balanza comercial se vuelve insostenible, ya que el valor añadido de los bienes y servicios que utilizan tecnología intensamente continúa aumentando frente al valor de las materias primas y los productos agrícolas, limitando su capacidad para importar los insumos necesarios a fin de mantener sus sistemas de producción de bienes en funcionamiento. Ello conduce a una espiral descendente de la competitividad, ya que, con cada salto adelante del cambio tecnológico, África se queda más marginada en la economía informacional/global. Su desinformación en los albores de la era de la información puede ser la herida más duradera infligida a este continente por los nuevos modelos de dependencia, agravada por las políticas del Estado predatorio.

El Estado predatorio

Un número creciente de africanistas parece estar de acuerdo en el papel destructivo de los estados-nación africanos sobre sus economías y sociedades. Frimpong-Ansah, antiguo gobernador del banco central de Ghana, considera que la limitación de capital no es el obstáculo para el desarrollo. Lo crucial es la capacidad institucional de movilizar el ahorro y ésta se ha visto erosionada en África desde mediados de los años setenta debido al mal uso del capital por el «Estado vampiro», esto es, un Estado enteramente patrimonializado por las elites políticas para su beneficio personal⁵⁷. Desde una perspectiva diferente, uno de los africanistas más respetados, Basil Davidson, piensa que «la crisis de la sociedad africana se deriva de muchos trastornos y conflictos, pero la raíz del problema es diferente [...] Fundamentalmente, es una crisis de las instituciones. ¿Qué instituciones? Debemos ocuparnos aquí del nacionalismo que produjo los estados-nación de la recién independiente África tras el periodo colonial: del nacionalismo que se convirtió en nación-estatismo»⁵⁸. Fatton sostiene que el «gobierno predatorio» que caracteriza a la mayoría de los estados africanos es el resultado de un proceso de individualización de

⁵⁴ Odedra *et al.*, 1993, págs. 1 y 2.

⁵⁵ Bates, 1988, pág. 352.

⁵⁶ Woherem, 1994; Heeks, 1996.

⁵⁷ Frimpong-Ansah, 1991.

⁵⁸ Davidson, 1992, pág. 10.

la dirigentes: «Sus miembros tienden a ser mercenarios, ya que su permanencia en posiciones de privilegio y poder está a merced de las decisiones caprichosas de un líder máximo»⁵⁹. Esto parece igualmente aplicable a los gobiernos dictatoriales sangrientos como el de Mobutu en el Zaire o el del «emperador» Bokassa en la República Centrafricana, y a las pseudodemocracias benevolentes, como el régimen de Houphouët-Boigny en Costa de Marfil. En palabras de Colin Leys: «Pocos teóricos de cualquiera de esas convicciones [marxistas, teóricos de la dependencia] esperaban que los estados postcoloniales de toda índole ideológica fueran corruptos, rapaces, insuficientes e inestables, como en su mayoría lo han sido»⁶⁰.

Jean-François Bayart interpreta la precaria situación africana como el resultado de una trayectoria histórica a largo plazo dominada por la «política de la panza» practicada por las elites, sin ninguna estrategia aparte de cosechar las riquezas de sus países y de las conexiones internacionales de sus países⁶¹. Propone una tipología de mecanismos de apropiación privada de recursos utilizando las posiciones de poder en el Estado:

- Acceso a los recursos de «extraversión» (conexiones internacionales), incluidos los recursos diplomáticos y militares, así como los culturales y los conocimientos técnicos occidentales.
- Puestos de trabajo en el sector público que proporcionan un salario regular, un activo fundamental prescindiendo de su cuantía.
- Posiciones de predación, utilizando el poder para extraer bienes, dinero en efectivo o trabajo: «Al menos en el campo, la mayoría de los cuadros administrativos y políticos actúan así»⁶².
- Prebendas obtenidas sin violencia o amenazas, sino simplemente mediante la receptividad a una variedad de sobornos y donaciones de diversos intereses, constituyendo una extensa «economía estatal informal». La mayoría de las decisiones técnicas o administrativas que suponen beneficiarios potenciales llevan una etiqueta con el precio para las partes interesadas. Bayart cita el caso de un comisario regional de la rica provincia de Shaba en el Zaire, en 1974, que recibía un salario mensual de 2.000 dólares estadounidenses, complementado por cerca de 100.000 dólares mensuales de prebendas⁶³.
- Los lazos con el comercio y la inversión exteriores son fuentes cruciales de acumulación privada, ya que los derechos de aduana y las regulaciones proteccionistas ofrecen la oportunidad de evitarlas a

⁵⁹ Fatton, 1992, pág. 20.

⁶⁰ Leys, 1994, pág. 41.

⁶¹ Bayart, 1989.

⁶² Bayart, 1989, pág. 76.

⁶³ Bayart, 1989, pág. 78.

cambio de una contribución a la cadena de burócratas de hacerlas cumplir.

- La ayuda internacional para el desarrollo, incluida la ayuda alimentaria, se canaliza a través de intereses privados y sólo llega a los necesitados, o al programa de desarrollo destinado, si es que llega, tras un descuento sustancial efectuado por los organismos gubernamentales y el personal encargados de su distribución y puesta en marcha.
- Los cargos oficiales y la elite política suelen utilizar parte de su riqueza para comprar propiedades e invertir en agricultura y empresas de transporte en sus países, explorando constantemente oportunidades de inversiones rentables a corto plazo y ayudándose entre sí a controlar de forma colectiva cualquier fuente de beneficios que aparezca. Sin embargo, una parte sustancial de esta riqueza privada se deposita en cuentas de bancos extranjeros, que representan una proporción significativa del capital acumulado en cada país. Como lo expresó Houphouët-Boigny, el padre (o quizá padrino) de Costa de Marfil: «¿Quién no depositaría parte de sus bienes en Suiza?»⁶⁴. La fortuna personal de Mobutu en 1984, también depositada en bancos privados e invertida en el exterior, se calculaba en 4.000 millones de dólares estadounidenses, aproximadamente el total de la deuda exterior del Zaire⁶⁵. En 1993, mientras que el Zaire estaba en proceso de desintegración, la fortuna de Mobutu fuera del país se calculaba que había ascendido a cerca de unos 10.000 millones de dólares⁶⁶.

Lewis, basándose en su análisis de Nigeria, introduce una interesante distinción entre *prebendismo* y *predación*⁶⁷. El «prebendismo» no es esencialmente diferente del patrocinio político y la corrupción gubernamental sistemática tal y como se practican en la mayoría de los países del mundo. Sostiene de forma convincente que, en Nigeria, hasta finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, durante el régimen de Babangida, la política de predación no se hizo dominante, difundiendo un modelo de «zairización» de la oligarquía estatal dominada por los militares. Aunque Lewis no extiende su análisis más allá de Nigeria, parece plausible, atendiendo a la información disponible sobre otros países⁶⁸, que esta transición al gobierno predatorio sólo tuviera lugar en una fase tardía de la crisis africana, empezando en un momento diferente según cada país. Esta visión contrasta con la reconstrucción histórica de Bayart, que afirma la

⁶⁴ Citado por Bayart, 1989, pág. 101.

⁶⁵ Sandbrook, 1985, pág. 91.

⁶⁶ Kempster, 1993.

⁶⁷ Lewis, 1996.

⁶⁸ Fatton, 1992; Nzongola-Ntalaja, 1993; Leys, 1994; Kaiser, 1996; *The Economist*, 1996a.

dad del saqueo de África a manos de sus propias elites políticas desde el periodo precolonial. En contraste con el prebendismo, el gobierno predatorio se caracteriza por la concentración del poder en el vértice y la personalización de las redes de delegación de este poder. Es impuesto mediante una represión despiadada. Los alicientes económicos para el personal gubernamental y la corrupción y el soborno generalizados se convirtieron en el modo de vida del gobierno. Este modelo de conducta lleva a la erosión de las instituciones políticas como sistemas estables, siendo reemplazadas por círculos muy estrechos de lealtades personales y étnicas: todo el Estado se informaliza, mientras que el poder y las redes de poder se personalizan. Aunque es discutible si la predación ya era la regla en tiempos precoloniales o en el primer periodo del nacionalismo africano tras la independencia (Bayart piensa lo primero, aunque Davidson, Leys, Lewis y Fatton, entre otros, lo ponen en entredicho), lo que importa, para comprender los procesos actuales de exclusión social, es que el modelo predatorio, y no sólo el prebendismo, parece caracterizar a la mayoría de los estados africanos en los años noventa, con la excepción de Sudáfrica y quizá algún otro caso.

Tres consecuencias principales se deducen de este ejercicio de gobierno predatorio, característico de la mayoría de los estados africanos. En primer lugar, cualquier recurso, de fuentes internacionales o nacionales, que llega a estas economías dominadas por el Estado es procesado según una lógica de acumulación personalizada, en buena medida desconectada de la economía del país. Lo que carece de sentido desde el punto de vista del desarrollo económico y la estabilidad política del país, tiene mucho sentido desde el punto de vista de sus gobernantes. En segundo lugar, el acceso al poder estatal equivale al acceso a la riqueza y a los recursos de la riqueza futura. Sigue un modelo de confrontación violenta y alianzas inestables entre diferentes facciones políticas que compiten por la oportunidad de practicar el pillaje, cuyo resultado último es la inestabilidad de las instituciones estatales y el papel decisivo desempeñado por los militares en la mayoría de los estados africanos. En tercer lugar, el apoyo político se construye en torno a redes de clientelismo que vinculan a quienes tienen el poder con segmentos de la población. Debido a que la parte más cuantiosa de la riqueza del país está en manos de la elite política/militar y los burócratas estatales, la gente debe prestar lealtad a la cadena de patronazgo para ser incluida en la distribución de puestos de trabajo, servicios y favores triviales en todos los ámbitos del Estado, de los organismos de orientación internacional a la benevolencia de los gobiernos locales. Bajo tal sistema de patronazgo, diversas elites, a diferentes niveles del gobierno, conectadas en definitiva con el vértice del poder estatal, elaboran complejos cálculos y estrategias: cómo maximizar su apoyo y consolidar clientelas mientras se minimiza la cantidad de recursos necesarios para obtener dicho apoyo. Una mezcla de criterios, que abarcan etnicidad, te-

rritorialidad y economía, contribuyen a formar redes de geometría variable que constituyen la política de la vida real en la mayor parte de África.

Aunque los análisis empíricos detallados están fuera del alcance de este capítulo, ilustraré la dinámica de los estados predatorios africanos con una breve referencia a los dos países mayores, el Zaire y Nigeria.

El Zaire: la apropiación personal del Estado

El Zaire se ha convertido, al menos hasta 1997, en el epítome de la política predatoria, así como en un aviso de las consecuencias de la desintegración política y social, y de las catástrofes humanas (epidemias, saqueos, matanzas, guerras civiles) que son el resultado de esta política⁶⁹. El Estado zaireño se organizó en torno a la dictadura personal del sargento Mobutu, respaldado por Francia, Bélgica y los Estados Unidos en el contexto de la política de la guerra fría. Norman Kempster, que escribe regularmente en *Los Angeles Times*, resumió en 1993 la trayectoria de Mobutu como sigue:

Mobutu es un antiguo sargento del ejército colonial belga que tomó el poder con el respaldo estadounidense y occidental en 1965, poniendo fin a una rivalidad caótica entre facciones procomunistas y anticomunistas. Durante tres décadas, puso a su vasto país, el segundo mayor del África subsahariana, a disposición de la CIA y otras agencias occidentales, que lo utilizaron como una base para sus actividades en todo el continente. A cambio, le dieron carta blanca, desviando para su uso personal miles de millones de dólares de la riqueza mineral del Zaire, mientras sumía en la pobreza a la mayoría de los zaireños⁷⁰.

Mobutu se basó en un sistema de poder muy simple. Controlaba la única unidad operativa del ejército, la guardia presidencial, y dividió los cargos políticos, gubernamentales y militares entre diferentes grupos étnicos. Los protegía a todos, pero también fomentó sus enfrentamientos violentos⁷¹. Se concentró en controlar los negocios mineros, sobre todo el cobalto, los diamantes industriales y el cobre, utilizando empresas gubernamentales, en asociación con inversores extranjeros, para su beneficio propio. La «zairización» de las empresas extranjeras también puso valiosos activos del país en manos de la burocracia y los militares. Descapitalizó los servicios sociales y la infraestructura, limitándose a gestionar unas cuantas aventuras rentables y exportando las ganancias al exterior. Alentó a toda la plana del ejército y a los organismos estatales a actuar del

⁶⁹ Sandbrook, 1989; Bayart, 1989; Davidson, 1992; Noble, 1992; Kempster, 1993; Press, 1993; Leys, 1994; French, 1995; Weiss, 1995; McKinley, 1996.

⁷⁰ Kempster, 1993, pág. 7.

⁷¹ Press, 1993.

mismo modo. Así, Bayart informa de cómo la aviación zaireña participó en el transporte aéreo pirata, luego en el contrabando y, por último, en la venta de los repuestos de los aparatos, hasta que todos los aviones quedaron inservibles⁷². En consecuencia Mobutu exigió un equipo de aviación adicional a sus aliados occidentales. La falta de control sobre los gobiernos locales y provinciales condujo a la práctica desintegración del Estado zaireño, y a que la mayoría de las localidades, incluida Kinshasa, quedara fuera del control del gobierno central. Los motines militares, seguidos de un saqueo indiscriminado, como el ocurrido en septiembre de 1991, condujeron al éxodo de los residentes extranjeros y finalmente al atrinchamiento de Mobutu en su pueblo natal de Gbadolite, en la provincia de Equateur, protegido por su ejército privado, aunque el dictador pasaba gran parte del tiempo en sus mansiones de Suiza, Francia, España y Portugal. Los gobiernos provinciales, abandonados a sí mismos, siguieron el ejemplo del dirigente en muchos casos, utilizando su poder para robar a sus propios súbditos, comenzando con los grupos étnicos menos poderosos. En última instancia, la rapacidad de algunos gobiernos provinciales fue fatal para toda la empresa, cuando, en 1996, el gobierno de Kivu, en el este del Zaire, se dispuso a expropiar las tierras de los banyamulenge, una minoría tutsi que había estado asentada en esa zona durante siglos, ordenándoles que abandonaran la región. La rebelión subsiguiente de los banyamulenge y otros grupos étnicos, liderada por un revolucionario veterano, Laurent Kabila, puso en fuga a las bandas de malhechores que se hacían pasar por ejército nacional y desenmascaró la ficción del Estado zaireño, llevando al fin del régimen de Mobutu en 1997⁷³. Las consecuencias de estas tres décadas de saqueo de uno de los países más ricos de África a manos de su propio gobernante y asociados, con la franca complicidad de las potencias occidentales, son dramáticas y duraderas para el Zaire, para África y para el mundo. Para el Zaire, porque toda su infraestructura de comunicaciones, transporte y producción se ha derrumbado, deteriorándose muy por debajo del grado alcanzado en el momento de la independencia, mientras que su pueblo ha sufrido desnutrición masiva y se le ha mantenido en el analfabetismo y la miseria, perdiendo en el proceso gran parte de su agricultura de subsistencia. Para África, porque la desarticulación de una de las mayores economías, en el corazón mismo del continente, ha bloqueado la integración regional efectiva. Además, el «modelo zaireño» actuó como ejemplo magnético para el resto de las elites del continente. Fue promovido personalmente por Mobutu, quien, como socio privilegiado de Occidente, desempeñó un importante papel en la Organización para la Unidad Africana y en la escena política del continente. Para el mundo, porque el Zaire se ha convertido en una im-

⁷² Bayart, 1989, págs. 235-237.

⁷³ McKinley, 1996; *The Economist*, 1996c; French, 1997.

portante fuente de «epidemias de abandono» mortales, como el virus del Ébola, cuyo potencial letal muy bien pudiera repercutir en los medios de vida del siglo XXI. Es más, la contribución indirecta de Occidente, y sobre todo de Francia, a la apropiación privada del Zaire por parte de una camarilla militar/burocrática prácticamente ha privado de credibilidad a las futuras políticas de cooperación internacional en las mentes de algunos de los mejores africanos. La desintegración probable del Estado zaireño en la forma heredada de Mobutu marcará los límites del gobierno predatorio, subrayando su asociación histórica con la política de la guerra fría y los modelos de dominación postcoloniales. ¿Cabe pensar que ya ha pasado el momento histórico de este modelo? ¿Desaparecerá con los últimos ecos de la confrontación de las superpotencias en África? Desgraciadamente, la experiencia de Nigeria parece indicar que el Estado predatorio tiene raíces estructurales e históricas más profundas, ligadas tanto al pasado colonial de África como con el modelo que ha desarrollado de vinculaciones selectivas con la economía global.

Nigeria: petróleo, etnicidad y depredación militar

El destino de Nigeria, que representa cerca de un quinto de la población total del África subsahariana, es probable que condicione el futuro del continente. Si es así, las perspectivas son desoladoras. La economía de Nigeria gira en torno al Estado, y éste controla los ingresos del petróleo, que suponen el 95% de las exportaciones y el 80% de los ingresos del gobierno. La política y la estructura del Estado están organizadas por y en torno a los militares, que han controlado el gobierno durante veintiséis de los treinta y cinco años de independencia, suprimiendo las elecciones e imponiendo su voluntad cuando es necesario, como en el golpe de Estado de 1993 encabezado por el general Sani Abacha⁷⁴. La apropiación de la riqueza del petróleo, explotado en consorcio por la Compañía Nacional de Petróleo Nigeriana y empresas petroleras multinacionales, está en el origen de las luchas étnicas, territoriales y faccionales que han desestabilizado al Estado nigeriano desde la guerra civil de 1966-1970. Las luchas políticas oponen a las facciones organizadas en torno a tres ejes: el norte (que controla el ejército) contra el sur (que produce el petróleo); rivalidades entre los tres principales grupos étnicos —los hausa-fulani (que tradicionalmente controlan el estado mayor de las fuerzas armadas), los yoruba y los igbo— y los 374 grupos étnicos minoritarios que, juntos, constituyen la mayoría de la población pero están excluidos del poder. De los 30 estados de la federación de Nigeria, sólo cuatro del delta del Níger

⁷⁴ *The Economist*, 1993; Forrest, 1993; Agbese, 1996; Herbst, 1996; Ikporukpo, 1996; Lewis, 1996.

(Rivers, Delta, Edo y Akwa-Ibom) producen casi todo el petróleo. Son la cuna de grupos étnicos minoritarios, sobre todo los ogoni, excluidos en general de las riquezas de su tierra. Su oposición y la feroz represión posterior por parte del régimen militar se pusieron dramáticamente de manifiesto en 1995, cuando Sane-Wiwa y otros dirigentes ogoni fueron ejecutados por el régimen de Abacha para sofocar el desorden social en las zonas productoras de petróleo y acallar las denuncias medioambientales de los ogoni contra la destrucción de su tierra por los métodos utilizados en la prospección y producción del petróleo, promoviendo con ello la protesta internacional.

En su origen, el Estado nigeriano, una construcción colonial arbitraria, resultaba ajeno a la gran mayoría de quienes lo constituían. Así que sus dirigentes utilizaron el control de los recursos para obtener el apoyo suficiente a fin de mantener su poder. Como Herbst escribe:

El clientelismo, según se practica en Nigeria, no debe considerarse meramente como hurtos de individuos que buscan allanar los fondos del Estado [...] Más bien la distribución de los cargos gubernamentales es legitimada por un conjunto de normas políticas según las cuales la apropiación de dichos cargos no es sólo un acto de codicia o ambición individual, sino a la vez la satisfacción de los objetivos a corto plazo de un subconjunto de la población ⁷⁵.

Quién está incluido en este subconjunto y cómo es de grande determina la dinámica de la política nigeriana y el acceso a recursos que, de forma indirecta o directa, están en manos del Estado. Esta relación de patronazgo se expandió considerablemente con los ingresos del petróleo, sobre todo en los años setenta, y con el «boom del petróleo» de 1990-1991. Para reducir la amenaza de la oposición étnica de los grupos excluidos, el gobierno federal, bajo control militar, aumentó el número de estados de 12 a 19, y luego a 30, para fomentar el clientelismo estatal transétnico y multiplicar las burocracias estatales y, en consecuencia, los puestos de trabajo, sinecuras y canales para los recursos y puestos generadores de renta del gobierno. Sin embargo, bajo la presión de las instituciones financieras internacionales y compañías y gobiernos extranjeros, hubo algunos intentos de estabilizar la economía nigeriana, acercando sus sectores productivos al comercio y la inversión globales. El esfuerzo más notable se produjo en la primera mitad del régimen del general Babangida (1985-1993), que desreguló parcialmente la economía, desmanteló el monopolio de las juntas de comercialización para los productos agrícolas y restringió la oferta monetaria y la deuda del gobierno durante un corto periodo. No obstante, estas medidas se tomaron sin recortar los privilegios de la elite militar dominante del norte, a expensas de los estados y las minorías étni-

cas del sur. Cuando, en 1990, casi tuvo éxito un intento de golpe militar de jóvenes oficiales que reclamaron el apoyo de las regiones del sur, el régimen, tras una sangrienta represión, decidió estabilizar su poder compartiendo la riqueza con un espectro más amplio de las clases dirigentes nigerianas. Pero para repartir el pastel sin que disminuyera su parte, éste tenía que ser mayor, es decir, tenía que extraerse más riqueza de los ingresos públicos. El resultado fue, a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, el paso del «prebendismo» al «gobierno predatorio», siguiendo el análisis de Lewis, y la extensión del ámbito de las actividades generadoras de ingresos, utilizando el control del Estado, a todo un conjunto de negocios ilícitos, incluido el tráfico internacional de drogas, el blanqueo de dinero y las redes de contrabando ⁷⁶. La utilización del programa de ajuste, respaldado y financiado por instituciones internacionales, para el uso privado de quienes ostentaban el poder en Nigeria es resumida por Lewis en los términos siguientes:

En suma, el gobierno gestionó el programa de ajuste mediante una mezcla de orquestación política interna, medidas compensatorias y coerción. El Estado proporcionó a las elites un acceso especial a los mercados emergentes y las actividades ilegales, y manipuló políticas clave para proporcionar las rentas oportunas [...] Enfrentado a una beligerancia política creciente, una inseguridad personal amenazante y la aparición fortuita de nuevos ingresos, el presidente [Babangida] se embarcó en una gestión económica temeraria. Ello supuso un desvío masivo de recursos públicos, la renuncia a los controles fiscales y monetarios básicos, y la expansión de la economía ilícita ⁷⁷.

Con el aumento de la inseguridad personal y la quiebra de las instituciones económicas y legales, la inversión y el comercio exterior decayeron. El régimen trató de encontrar una salida política a través de la movilización electoral en torno a la competencia entre varios miembros de la elite empresarial en las elecciones de 1993. Entonces, Babangida anuló las elecciones, arreció la protesta social, incluida una huelga general que afectó al transporte del petróleo, y el faccionalismo regional amenazó con continuar la desintegración del Estado. En este punto, el ejército intervino una vez más, estableciendo un nuevo gobierno autoritario, bajo el general Abacha. El nuevo dictador desligó los flujos monetarios de Nigeria de la economía internacional, revaluando la naira, decretando tipos de interés negativos y reforzando el proteccionismo. Ello creó de nuevo las condiciones para la acumulación personal de los que estaban en puestos de control, mientras que inducía la huida del capital, reducía las exportaciones legales y favorecía el contrabando. Se dejó al país con el

⁷⁵ Herbst, 1996, pág. 157.

⁷⁶ Lewis, 1996, págs. 97-99.

⁷⁷ Lewis, 1996, pág. 91.

legado de un gobierno central débil, competencia étnica facciosa e ingresos centralizados que han politizado marcadamente la gestión económica [...] La economía política de Nigeria incorporó cada vez más las características de regímenes autocráticos tales como el Zaire de Mobutu Sese Seko, Haití bajo Jean-Claude Duvalier o la dinastía Somoza de Nicaragua. Pronto fue evidente una transición del gobierno clientelista descentralizado, o prebendismo, a la dictadura puramente egoísta o predación⁷⁸.

En cuanto al pueblo nigeriano, no a pesar, sino debido al auge del petróleo y a sus consecuencias políticas, era más pobre en 1995 que en el momento de la independencia, habiendo descendido su renta per cápita un 22% entre 1973 (fecha del aumento de los precios del petróleo en el mundo) y 1987 (fecha del programa de ajuste económico)⁷⁹.

Así, los estados-nación de la mayor parte de África se han convertido, en buena parte, en predadores de sus propias sociedades, constituyendo un obstáculo formidable no sólo para el desarrollo, sino para la supervivencia y el civismo. En efecto, debido a los extraordinarios beneficios que aporta el control de los estados, varias facciones, más próximas a camarillas y bandas que a partidos y agrupamientos sociales, han entablado atroces guerras civiles, a veces por causa de divisiones étnicas, territoriales y religiosas. Ello ha conducido al desplazamiento de millones de personas por todo el continente, la desintegración de la producción de subsistencia, el desarraigo de asentamientos humanos, la quiebra del orden social y, en diversos casos (el Zaire, Liberia, Sierra Leona, Somalia, entre otros), la desaparición del Estado-nación para todos los supuestos prácticos.

¿Por qué es así? ¿Por qué se hicieron predatorios los estados-nación de África? ¿Existe una continuidad histórica, específica de la estructura social de gran parte del continente, antes, durante y después de la colonización, como sugiere Bayart? ¿O, por el contrario, es el resultado de las heridas duraderas del colonialismo y el legado perverso de las instituciones políticas inventadas e impuestas por el Tratado de Berlín, como propone Davidson? ¿Es la exterioridad del Estado respecto a las sociedades africanas resultado de un rompecabezas étnico, que reproduce luchas interétnicas ancestrales, como suelen interpretar los medios de comunicación? ¿Por qué el Estado-nación se convirtió en predatorio en África, mientras que surgió como un organismo de desarrollo en el Pacífico asiático? ¿Son los procesos de formación del Estado realmente independientes de las formas de incorporación (o falta de incorporación) de África a la nueva economía global, como sostienen muchos críticos de la teoría de la dependencia? Éstas son preguntas fundamentales que requieren una respuesta cuidadosa, si bien tentativa.

⁷⁸ Lewis, 1996, págs. 102 y 103.

⁷⁹ Herbst, 1996, pág. 159.

Identidad étnica, globalización económica y formación del Estado en África

La situación de África suele atribuirse, sobre todo en los medios de comunicación, a la hostilidad interétnica. En efecto, en los años noventa, han estallado conflictos étnicos por todo el continente, conduciendo en algunos casos a matanzas e intentos de genocidio. La etnicidad es importante, en África y en todas partes. Pero las relaciones entre etnicidad, sociedad, Estado y economía son demasiado complejas para ser reducibles a conflictos «tribales». Es precisamente esta red compleja de relaciones y su transformación en las dos últimas décadas lo que subyace en las raíces del Estado predatorio.

Si la etnicidad es importante, las diferencias étnicas que están en primer plano de la escena política africana actual son construcciones políticas sin arraigo cultural. Desde perspectivas teóricas opuestas, africanistas tan diferentes como Bayart, Davidson, Lemarchand y Adekanye, entre otros, convergen hacia una conclusión similar⁸⁰. Como escribe Bayart:

La mayoría de las situaciones donde la estructuración del ámbito político parece enunciarse atendiendo a la etnicidad se refieren a identidades que no existían hace un siglo o, al menos, no estaban entonces definidas con tanta claridad [...] Los colonizadores conceptuaron los paisajes humanos indistintos que habían ocupado como identidades específicas, construidas en su imaginación según el modelo de un Estado-nación de ocasión. Con sus orígenes jacobinos y prefecturales, la administración francesa tenía un concepto manifiestamente territorial del Estado, siendo el gobierno indirecto británico, por el contrario, mucho más culturalista. Aparte de estos matices, fue de esta manera como se organizó el régimen colonial y como pretendió ordenar la realidad. Para lograrlo, utilizó la coerción mediante una política autoritaria de asentamiento obligatorio, el control de los movimientos migratorios y la determinación más o menos artificial de las particularidades étnicas a través de certificados de nacimiento y carnés de identidad. *Pero la fuerza contemporánea de la conciencia étnica proviene mucho más de su apropiación por la gente local, circunscribiendo la distribución de los recursos del Estado*⁸¹.

Davidson apoya esta clasificación étnica de los territorios subyugados en la lógica política-burocrática sesgada ideológicamente, de las administraciones coloniales:

Los europeos suponían que los africanos vivían en «tribus» —una palabra sin significado preciso— y que las «lealtades tribales» eran el único y primitivo contenido de la política africana. El régimen colonial había funcionado sobre esta asunción, dividiendo a los africanos en tribus aun cuando estas «tribus» tuvieran que inventarse. Pero las apariencias eran engañosas. Lo que se desarrolló rápidamente

⁸⁰ Bayart, 1989; Davidson, 1992, 1994; Lemarchand, 1994a,b; Adekanye, 1995.

⁸¹ Bayart, 1989, pág. 51; las cursivas son mías.

te no fue la política del tribalismo, sino algo diferente y más divisorio. Fue la política del clientelismo. Lo que el tribalismo había supuesto era que cada tribu reconocía un interés común representado por portavoces comunes, con lo que cabía la posibilidad de una «unidad tribal» basada en acuerdos entre los «representantes tribales». Pero el clientelismo —el planteamiento de «Tammany Hall»— llevó casi de inmediato a una lucha encarnizada por los despojos del poder político⁸².

Esta redefinición de la identidad étnica realizada por las potencias coloniales reflejaba la estructura del Estado colonial de un modo que reverberaría a largo plazo en los estados-nación independientes. En primer lugar, los estados se crearon de forma arbitraria, siguiendo las fronteras de la conquista, mapas imprecisos de geógrafos coloniales y maniobras diplomáticas en la conferencia de 1884-1885 que llevó al Tratado de Berlín⁸³. Es más, el funcionamiento del Estado colonial, reproducido ampliamente en el periodo postindependentista, siguió la distinción de niveles de un «Estado bifurcado», como lo conceptuó Mahmood Mamdani en su brillante análisis sobre la formación del Estado⁸⁴. Por una parte, estaba el Estado, como entidad racial, bajo el control de los europeos; por la otra, el poder consuetudinario de las estructuras de autoridad nativas, como la identidad étnica/tribal. La unidad del primero y la fragmentación del último fueron mecanismos esenciales de control durante las administraciones coloniales, que solían dedicar escasos recursos en personal y equipo para maximizar las ganancias netas de sus aventuras (Alemania, por ejemplo, tenía sólo cinco cargos civiles y 24 oficiales militares en Ruanda en 1914). Quién era miembro de qué unidad era una decisión administrativa, en un esfuerzo por simplificar que se tradujo en la asignación legal de identidades, a veces basada en criterios de apariencia física según las clasificaciones sucintas de los antropólogos físicos. No obstante, una vez que se estableció la estructura de los jefes tribales, el Estado consuetudinario se convirtió en una fuente fundamental de control sobre la tierra y la mano de obra, de tal modo que pertenecer a cierta tribu era el único canal reconocido para acceder a los recursos y la única vía reconocida de intermediación frente al Estado moderno legal, que era la conexión con los vastos recursos del mundo exterior, el sistema internacional de riqueza y poder. Tras la independencia, las elites nacionalistas africanas simplemente ocuparon las mismas estructuras del Estado legal/moderno que, de este modo, perdieron el carácter racial. Pero mantuvieron en su lugar al Estado consuetudinario fragmentado y etnicizado. Siempre que la distribución de los recursos planteaba dificultades debido tanto a la escasez creciente del país como a la rapacidad creciente de las elites, se hacía una elección en favor de los grupos etnicizados mejor representados en el Estado legal

⁸² Davidson, 1992, págs. 206 y 207.

⁸³ Davidson, 1992; Lindqvist, 1996.

⁸⁴ Mamdani, 1996.

o de aquellos que, en virtud de su mayor número o de su control del ejército, llegaban al poder. La etnicidad se convirtió en la principal vía de acceso al control del Estado sobre los recursos. Pero fueron el Estado y sus elites los que determinaron una y otra vez la identidad y lealtad étnicas, y no al contrario. Según Bayart:

En África, la etnicidad casi nunca está ausente de la política, pero al mismo tiempo no proporciona su tejido básico [...] En el contexto del Estado contemporáneo, la etnicidad existe sobre todo como un agente de acumulación, tanto de riqueza como de poder político. Así, el tribalismo es percibido como una fuerza política en sí mismo, como un canal a través del cual se expresa la competición para la adquisición de riqueza, poder y posición⁸⁵.

En efecto, en muchas zonas, y sobre todo en la región de los Grandes Lagos, este proceso de definición étnica por parte de la estructura de poder, como medio de canalizar/limitar el acceso a los recursos, parece haber precedido al régimen colonial⁸⁶. En este punto del análisis puede aclararse algo su complejidad mediante una breve ilustración empírica. Por razones obvias de actualidad en este fin de milenio, he seleccionado la confrontación violenta entre tutsis y hutus en Ruanda, Burundi y más allá (este del Zaire, sur de Uganda). Como es un tema bien conocido sobre el que existe abundante literatura⁸⁷, me centraré exclusivamente en unos cuantos asuntos que son importantes para el análisis más amplio de las crisis contemporáneas de África.

Para comenzar, la distinción «objetiva» entre tutsis y hutus es mucho menos clara de lo que suele pensarse. Como escribe René Lemarchand, experto occidental en la materia:

Como se ha destacado repetidas veces, los hutus y los tutsis hablan la misma lengua —kirundi en Burundi, kinyarwanda en Ruanda—, comparten las mismas costumbres y vivieron en relativa armonía durante siglos antes del advenimiento del régimen colonial. Al contrario de la imagen proyectada por los medios de comunicación, los modelos de exclusión sacados a la luz durante la independencia y después de ella no pueden reducirse a «enemistades ancestrales profundamente asentadas». Aunque la Ruanda precolonial estaba sin duda mucho más rigidamente estratificada que Burundi, y de ahí que fuera más vulnerable a las revoluciones encabezadas por los hutus, la clave para comprender sus fortunas políticas opuestas estriba en los ritmos desiguales a los que los procesos de movilización étnica se pusieron en movimiento en los años inmediatamente anteriores a la independencia [...] En ambos casos, es la interrelación de las realidades étnicas y su reconstrucción subjetiva (o manipulación) por parte de los políticos lo que subyace en las raíces del conflicto entre hutus y tutsis⁸⁸.

⁸⁵ Bayart, 1989, pág. 55.

⁸⁶ Mamdani, 1996; Lemarchand, 1970.

⁸⁷ Lemarchand, 1970, 1993, 1994a, b; Newbury, 1988; Adekanye, 1995; Mamdani, 1996.

⁸⁸ Lemarchand, 1994a, pág. 588.

Hasta las diferencias físicas (los tutsis, altos, de piel más clara; los hutus, rechonchos, de piel más oscura) se han exagerado, entre otras cosas debido a los frecuentes matrimonios y la formación de familias interétnicas. Así, Mamdani informa de que, durante las matanzas de 1994 de tutsis a manos de los hutus de la milicia asesina *Intrahamwe*, frecuentemente se controlaba la identidad mediante los carnés de identidad y las esposas tutsis eran denunciadas y enviadas a la muerte por sus maridos hutus, temerosos de aparecer como traidores⁸⁹. Además, suele olvidarse que miles de hutus moderados fueron asesinados junto con los cientos de miles de tutsis, subrayando las divisiones sociales y políticas tras una estrategia de exterminio calculada. Recordemos la historia general en pocas palabras, y luego trataremos de extraer las lecciones analíticas.

En tiempos precoloniales, el Estado construido en las tierras que se convertirían en Ruanda y Burundi estaba bajo el control de una aristocracia ganadera/guerrera que se definía como tutsi. Los campesinos (hutus) (así como los bosquimanos, *batwa*) estaban, en general, excluidos del Estado y el poder, casi por completo en Ruanda y menos en Burundi. Sin embargo, la acumulación de riqueza (sobre todo ganado) permitía a una familia hutu ascender a los niveles superiores de la sociedad (un proceso denominado *kwihutura*), con lo que se convertía en tutsi: eso en cuanto a la determinación biológica/cultural de la etnicidad. Como Mamdani escribe:

Es evidente que estamos hablando de una distinción política, que dividía a la población sometida de la no sometida, y no de una distinción socioeconómica, entre explotadores y explotados o ricos y pobres [...] Los batutsis desarrollaron una identidad política —formaron una categoría social distinta, marcada por el matrimonio y los tabúes étnicos, dice Mafeje—, una conciencia propia de distinguirse de la población sometida. Así, el mero hecho de cierta diferencia física —con frecuencia la nariz, menos frecuentemente la altura— podía volverse simbólica de una gran diferencia política⁹⁰.

El Estado colonial —primero alemán, belga después— agudizó y movilizó de forma considerable esta división política/étnica, otorgando a los tutsis el control pleno del Estado consuetudinario (incluso en zonas que antes estaban en manos de la mayoría hutu) y proporcionándoles acceso a la educación, los recursos y los puestos de trabajo administrativos, con lo cual se creó un Estado nativo tutsi como apéndice subordinado del Estado colonial belga: un proceso no muy diferente del que tuvo lugar en Zanzíbar cuando los gobernantes británicos establecieron un sultanato árabe para administrar a la población nativa. Bajo el gobierno belga, hasta se abolió el *kwihutura* y el sistema se acercó a una sociedad de castas.

⁸⁹ Mamdani, 1996.

⁹⁰ Mamdani, 1996, pág. 10.

Como cabía esperar, el proceso de independencia y la movilización política que conllevó liberaron la energía explosiva acumulada por la exclusión de todas las esferas del poder de la mayoría hutu (en torno al 84% de la población). Sin embargo, los resultados políticos fueron diferentes en Ruanda y Burundi. En Ruanda, la revolución hutu llevó a un gobierno de mayoría hutu, a pogromos y asesinatos masivos de tutsis y al exilio de un número significativo de tutsis, tanto a Burundi como a Uganda. En Burundi, una monarquía constitucional, en torno a la prestigiosa figura del príncipe Rwagasore, pareció ser capaz de organizar la coexistencia étnica en torno a un Estado nacional. Sin embargo, el asesinato del príncipe en 1961 y el fallido intento de golpe de Estado hutu de 1965 permitieron que el ejército, dominado por los tutsis, tomara el control del país, convirtiéndolo en república e institucionalizando la marginación política de los hutus, cuya rebelión fue reprimida con un baño de sangre: en 1972, el ejército tutsi asesinó a más de 100.000 hutus en Burundi. De nuevo, en 1988, las matanzas de miles de tutsis por campesinos hutus en torno a Ntega/Marangara fueron respondidas con la matanza de decenas de miles de civiles hutus a manos del ejército tutsi. En 1990, la invasión de Ruanda por los tutsis ruandeses exiliados de Uganda (donde habían participado en la victoriosa guerra de guerrillas contra Milton Obote) llevó a una guerra civil que, como es bien sabido, desencadenó las matanzas de 1994, cuando la milicia hutu y la guardia presidencial prosiguieron la violencia, supuestamente en venganza por el asesinato del presidente Habyarimana cuando un misil alcanzó su avión en circunstancias aún oscuras. En el intento de genocidio de los tutsis no sólo participaron el ejército y la milicia ruandeses, sino también grandes segmentos de la población hutu civil, en cada barrio y en cada poblado: fue un holocausto descentralizado, con participación de las masas. Así, la victoria militar del Frente Patriótico Ruandés, dominado por los tutsis, desencadenó un exilio de millones, cuyo éxodo al Zaire y su subsiguiente retorno parcial a Ruanda a finales de 1996, muy bien puede haber contribuido a la completa desestabilización política de Centroáfrica. Mientras tanto, en Burundi, las elecciones de 1993 permitieron por primera vez que llegara al poder un presidente hutu elegido democráticamente, Melchior Ndadaye. Pero sólo tres meses después fue asesinado por oficiales tutsis, desatando una nueva serie de matanzas recíprocas, el éxodo de cientos de miles de hutus y una guerra civil que se vio agravada por un golpe de Estado militar tutsi en julio de 1996, que impulsó el embargo comercial a Burundi de sus estados vecinos.

Tras décadas de exclusión política mutua y repetidas matanzas, organizadas fundamentalmente en torno a diferencias étnicas, sería absurdo negar que existen las identidades tutsi y hutu, hasta el punto de que parece imposible un gobierno mayoritario en un sistema democrático⁹¹. Esta

⁹¹ Mamdani, 1996.

situación parece abrir la vía para el establecimiento del dominio despiadado tutsi o hutu, una larga guerra civil o el restablecimiento de fronteras políticas. No obstante, lo que esta dramática experiencia parece demostrar es que la agudización de las diferencias étnicas y la cristalización de la etnicidad en posición social y poder político tenían su origen en la dinámica histórica de la base social del Estado, primero colonial y luego del Estado-nación independiente. También muestra la incapacidad de las elites políticas constituidas étnicamente para trascender la definición heredada del pasado, ya que utilizaron su etnicidad como bandera para tomar el poder del Estado o resistirse a él. De esta forma, hicieron inviable un Estado plural y democrático, ya que la ciudadanía y la etnicidad son principios contradictorios de legitimidad política democrática. Es más, la memoria del exterminio, avivada por la repetición atroz de las peores pesadillas de ambas partes, marcó con sangre las fronteras étnicas del poder como violencia. Desde entonces, la etnicidad rebasó a la política, tras haber sido moldeada y fortalecida por la política del Estado. Es esta compleja interacción entre etnicidad y Estado, bajo el dominio de la lógica del Estado, la que debe recordarse para comprender la política africana y, más allá, la tragedia africana.

Sin embargo, si bien el Estado está etnicizado, apenas está nacionalizado. En efecto, uno de los rasgos clave que explican por qué surgió un Estado desarrollista en el Pacífico asiático, así como, aunque con menor fortuna, en América Latina, y no en África, es la debilidad de la nación en el Estado-nación africano. No es que el nacionalismo estuviera ausente de la escena africana: después de todo, los movimientos nacionalistas fueron la fuerza impulsora de la independencia y, a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, estremeció al mundo una impetuosa casta de dirigente nacionalistas (Sekou Ture, M'krumah, Kenyatta, Lumumba), que transmitió la promesa del renacimiento africano. Pero recibieron una magra herencia nacional del colonialismo, ya que el rompecabezas cultural/étnico/histórico/geográfico/económico del mapa político de África confinaba, en general, al nacionalismo a la elite educada del Estado legal/moderno y a la reducida clase empresarial urbana. Como escribe Davidson, coincidiendo con muchos otros africanistas:

El análisis de los problemas africanos también tiene que ser una indagación sobre el proceso —el proceso del nacionalismo en buena medida— que ha cristalizado la división de cientos de pueblos y culturas africanos en unas pocas docenas de estados-nación, cada uno de los cuales reclama su soberanía frente al resto, y luego puesto a todos ellos en graves dificultades⁹².

La falta de una base nacional para estos nuevos estados-nación africanos, base que en otras latitudes solían aportar la geografía, historia y cul-

⁹² Davidson, 1992, pág. 13.

tura compartidas (véase el vol. II, cap. 1), es una diferencia fundamental entre África y el Pacífico asiático, con la excepción de Indonesia, en el destino diferencial de sus procesos de desarrollo (véase el cap. 4). Es cierto que otros dos elementos (la amplia alfabetización y un nivel educativo relativamente elevado en Asia oriental; y el respaldo geopolítico de los Estados Unidos y la apertura de sus mercados a los países del Pacífico asiático) fueron igualmente importantes para facilitar una estrategia de desarrollo orientado al exterior en el Pacífico. Pero África proporcionó una educación primaria a gran escala con bastante rapidez, al menos en los centros urbanos, y Francia y Gran Bretaña continuaron «ayudando» a sus antiguas colonias, facilitando su acceso a los mercados de las antiguas metrópolis. La diferencia crucial fue la capacidad de los países del Pacífico asiático para movilizar a sus naciones, bajo un gobierno autoritario, en torno a un objetivo desarrollista, en virtud de una fuerte identidad nacional/cultural y la política de supervivencia (véase el cap. 4). La endeble base social del proyecto nacionalista debilitó considerablemente a los estados africanos, tanto frente a sus diversos grupos étnicos, como frente a los estados extranjeros que competían por la influencia sobre África en el marco de la guerra fría.

África, en las tres primeras décadas de su independencia, fue objeto de repetidas intervenciones de tropas extranjeras y consejeros militares de las potencias occidentales (sobre todo de Francia, Bélgica, Portugal y Sudáfrica blanca, pero también de los Estados Unidos, el Reino Unido, Israel y España), así como de la Unión Soviética, Cuba y Libia, que convirtieron gran parte del continente en campo de batalla de una guerra caliente. La división de facciones políticas, estados y regiones en diferentes alineamientos geopolíticos contribuyó a la desestabilización y militarización de los estados africanos, a la carga insostenible de unos presupuestos de defensa gigantescos, y dejó la herencia de un formidable arsenal de armamento militar, en su mayoría en manos poco fiables⁹³. La corta historia de los estados-nación africanos, levantada sobre terreno históricamente movedizo, socavó a las naciones y el nacionalismo como base de la legitimidad y como unidad adecuada de desarrollo.

Ha de añadirse otro elemento fundamental a la ecuación que explica la crisis contemporánea de África: *el vínculo existente entre la política étnica del Estado-[nación débil], por una parte, y la economía política de África en las tres últimas décadas, por la otra*. Sin una referencia a esta conexión, es fácil caer en las afirmaciones semirracistas sobre la naturaleza perversa innata de la política africana. Colin Leys sostiene, y coincide con él, que la crisis de África, incluido el papel desempeñado por el Estado, no puede comprenderse sin una referencia a la historia económica. Por diversas razones, que plantea como hipótesis, entre las que se encuentran

⁹³ De Waal, 1996.

so desarrollo de las fuerzas productivas y el predominio del sistema de producción familiar hasta el fin del colonialismo, «el momento de la incorporación original de África al sistema capitalista mundial, combinado con el retraso extremo de sus economías precoloniales y las limitaciones de la subsiguiente política colonial, impidió que la mayor parte del continente comenzara la transición clave a una acumulación de capital autosostenida tras la independencia»⁹⁴. Elaboraré brevemente este planteamiento en mis propios términos⁹⁵.

En la secuencia histórica, en los años sesenta África «empezó mal»⁹⁶. En esa década, en el contexto de la crisis y reestructuración mundial del capitalismo, su modelo de desarrollo se derrumbó, necesitando, a finales de la década, que los prestamistas extranjeros y las instituciones internacionales la sacaran de apuros. En los años ochenta, la carga de la deuda y los programas de ajuste estructural, impuestos como condición para el crédito internacional, desarticulaban las economías, empobrecieron a las sociedades y desestabilizaron a los estados. En la década de los noventa, propiciaron la incorporación de algunos sectores minúsculos de ciertos países al capitalismo global, así como la desvinculación caótica de la mayor parte de la gente y los territorios de la economía global. ¿Cuáles fueron las razones de estos acontecimientos sucesivos? En los años sesenta, las políticas orientadas a las exportaciones agrícolas y la industrialización autárquica contribuyeron a destruir la economía campesina local y gran parte de la base de subsistencia de la población. Los mercados internos eran demasiado reducidos para sostener una industrialización a gran escala. Los intercambios económicos internacionales seguían dominados por los intereses neocoloniales. En los años setenta, el retraso tecnológico, la ineficiencia de la gestión y la persistencia de las limitaciones postcoloniales (por ejemplo, la zona franca en el África ex francesa) la impidieron competir en los mercados internacionales, mientras que el deterioro de la relación real de intercambio hizo las importaciones cada vez más difíciles, precisamente cuando el sector moderno requería nueva tecnología y la población necesitaba importar alimentos. El endeudamiento sin criterios ni control (gran parte utilizado para unos gastos de defensa intensificados, «elefantes blancos» industriales y un consumo ostentoso; por ejemplo, la construcción de Yamassoukro, el sueño de Houphouët-Boigny en su pueblo natal) llevó a la bancarrota a la mayor parte de África. Los programas de ajuste estructural, aconsejados/impuestos por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, agravaron las condiciones sociales sin que, en general, lograran dinamizar las economías. Se centraron en

⁹⁴ Leys, 1994, pág. 45.

⁹⁵ Para datos importantes, véanse Sarkar y Singer, 1991; Blomstrom y Lundhal, 1993; Riddell, 1995; Yansane, 1996; *The Economist*, 1996a.

⁹⁶ Dumont, 1964.

disminuir el tamaño del Estado y estimular la exportación de productos básicos. Este último objetivo, en términos generales, es una mala apuesta en el contexto tecnológico y económico actual; y, en términos específicos, una propuesta poco realista ante el persistente proteccionismo agrícola en los mercados de la OCDE⁹⁷. Aunque en algunos países han surgido islas de eficiencia económica, incluidas algunas empresas africanas grandes y competitivas (por ejemplo, Ashanti Goldfields de Ghana), se han derrochado recursos materiales y humanos y, como se ha expuesto anteriormente, la economía africana en su conjunto está mucho peor en los años noventa de lo que lo estaba en los sesenta, tanto en producción como en consumo.

La reducción masiva de los recursos, resultado de la crisis económica y las políticas de ajuste de los años ochenta, afectó espectacularmente a la dinámica política de los estados-nación, contruidos sobre la capacidad de las élites estatales para distribuir a diferentes clientelas, usualmente definidas étnica o territorialmente, y seguir guardando lo suficiente para sí. De esta reducción se derivaron tres consecuencias:

1. Como la ayuda internacional y el préstamo exterior se convirtieron en una fuente fundamental de ingresos, los estados se embarcaron en la *economía política de la mendicidad*, y desarrollaron intereses creados en las catástrofes humanas que obtuvieran la atención internacional y generaran recursos caritativos. Esta estrategia fue particularmente importante cuando el final de la guerra fría puso término a las transferencias financieras y militares de las potencias extranjeras a sus estados vasallos africanos.
2. A medida que los recursos de sector formal y moderno de la economía se volvían más escasos, los dirigentes políticos, los oficiales militares, los burócratas y los empresarios locales se dedicaron cada vez más *al comercio ilícito a gran escala*, sin excluir empresas conjuntas con diversos socios de la economía criminal global (véase el cap. 3).
3. Como los recursos disminuían y las necesidades de la población aumentaban, se tuvo que elegir entre diferentes clientelas, usualmente *en favor de los grupos étnicos o regionales más leales* (es decir, los más cercanos a las facciones dominantes de la elite). Algunas facciones, derrotadas en el poder estatal, recurrieron a la intriga política o la fuerza militar para obtener su parte o simplemente para apropiarse de todo el sistema de control político sobre los recursos. En su lucha por el poder, buscaron el respaldo de los grupos étnicos o regionales que habían sido excluidos por el Estado del reparto de los recursos.

⁹⁷ Adepoju, 1993; Adekanye, 1995; Simon *et al.*, 1995.

Con el aumento del faccionalismo y la división de los ejércitos nacionales, la distinción entre bandidaje y oposición política violenta se volvió más borrosa. Puesto que las afiliaciones étnicas y regionales se convirtieron en las únicas fuentes identificables de pertenencia y lealtad, la violencia caló a toda la población, de tal modo que vecinos, compañeros de trabajo y compatriotas se convirtieron de repente, primero, en competidores por la supervivencia, luego, en enemigos y, en última instancia, en asesinos o víctimas potenciales. La desintegración institucional, la violencia generalizada y la guerra civil desorganizaron aún más la economía y desencadenaron movimientos masivos de población que escapaba de un destino incierto.

Además, la gente también aprendió una versión a pequeña escala de la economía política de la mendicidad, ya que su condición de refugiados quizás, sólo quizás, les daría derecho a sobrevivir bajo las diversas banderas de la ONU, los gobiernos y las ONG. Al final, a mediados de los años noventa, África no sólo se encontraba cada vez más marginada de la economía global/informacional, sino que en gran parte del continente los estados-nación se estaban desintegrando y la gente, desarraigada y acosada, se estaba reagrupando en comunidades de supervivencia bajo diversas denominaciones, según el gusto de los antropólogos.

La dramática situación de África

El intento deliberado de las instituciones financieras internacionales de sacar a África de la crisis de la deuda de los años ochenta, homogeneizando las condiciones del comercio y la inversión con las reglas de la nueva economía global, acabó en un fiasco considerable, según la valoración de diversos observadores y organismos internacionales⁹⁸. Un estudio sobre el impacto de los ajustes estructurales en África, elaborado por el Fondo de Población de la ONU, resume sus resultados del modo siguiente:

Los autores de este volumen están de acuerdo en que, en los países estudiados, no se da una estrecha asociación entre las políticas de ajuste y los resultados económicos. Hay sólidos indicios de que las medidas de ajuste quizá no puedan garantizar que los países africanos superen los efectos de las convulsiones externas incluso a largo plazo, a menos que se cree un contexto exterior más favorable. En muchos países africanos que siguen el ajuste estructural, el progreso que ha existido se ha limitado al crecimiento nominal del PNB sin ninguna transformación de la estructura de la economía. Ghana [el caso estrella de la evaluación del Banco Mundial], por ejemplo, logró una tasa de crecimiento medio anual del 5% durante 1984-1988. Pero la utilización de la capacidad industrial ha seguido siendo baja, al 35% en 1988. En Nigeria, era sólo del 38% en 1986-1987. En la mayoría de los

países examinados en este estudio, las pequeñas y medianas empresas se han visto marginadas por el tipo de cambio y las medidas de liberalización del comercio. Los altos tipos de interés internos, resultado de políticas monetarias y crediticias restrictivas, crearon climas empresariales perjudiciales. Se produjeron cierres industriales en masa, cuatro de cada diez bancos fueron cerrados en Camerún, mientras que en muchos países se disolvieron las juntas de comercialización para los principales productos. Aunque la agricultura creció de forma modesta en estos países, la producción de alimentos descendió. En Ghana, la producción de cereales bajó un 7% y la de féculas básicas, un 39% entre 1984 y 1988. Otros países tuvieron experiencias similares. Aunque los ingresos por exportaciones aumentaron en general, también lo hicieron las importaciones, intensificando la crisis de la balanza de pagos [...]. Una conferencia organizada por la ONU concluyó que «las medidas de ajuste se han llevado a cabo con altos costes y sacrificios humanos. y están desgarrando el tejido de la sociedad africana»⁹⁹.

El coste social, económico y político de este intento fallido de globalizar las economías africanas, sin informacionalizar sus sociedades, puede mostrarse a lo largo de tres grandes líneas argumentales y una consecuencia general: el abandono creciente de la mayoría del pueblo africano.

En primer lugar, los mercados laborales dejaron de absorber mano de obra, generando un aumento sustancial del desempleo y el subempleo, que se tradujo en una mayor incidencia de los niveles de pobreza. Un estudio de la OIT sobre la evolución de los mercados laborales en África, centrado en seis países francófonos¹⁰⁰, descubrió una relación estadística entre el desempleo y la incidencia de la pobreza. En el conjunto del África subsahariana, la tasa urbana de desempleo se duplicó entre 1975 y 1990, pasando del 10 al 20%. El empleo en el sector moderno, y sobre todo en el sector público, se estancó o descendió. En 14 países, el empleo asalariado creció en una media anual del 3% en 1975-1980, pero sólo en un 1% en la primera mitad de los años ochenta, muy por debajo de lo necesario para absorber los incrementos de la mano de obra provenientes del aumento de la población y de la emigración rural-urbana. El sector informal de empleo, cuyo crecimiento fue de un 6,7% anual, se convirtió en el refugio de la mano de obra excedentaria. La mayor parte de la mano de obra de las ciudades africanas está ahora en las categorías de «irregular», «autoempleo marginal» y «trabajador asalariado sin protección», todas ellas caracterizadas por unos ingresos inferiores, la falta de protección y una mayor incidencia de la pobreza. En cuanto a la población en general, en 1985, el 47% de los africanos vivían por debajo del nivel de pobreza, en comparación con el 33% de los países en vías de desarrollo en su conjunto. El número de personas indigentes en África aumentó en dos tercios entre 1975 y 1985, y según las proyecciones, este

⁹⁸ Adepoju, 1993; Ravenhill, 1993; Hutchful, 1995; Loxley, 1995; Riddell, 1995.

⁹⁹ Adepoju, 1993, págs. 3 y 4.

¹⁰⁰ Lachaud, 1994.

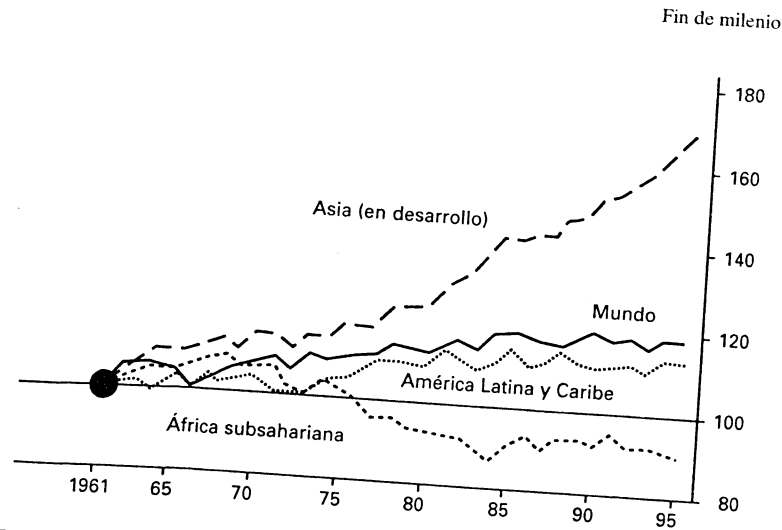


FIGURA 2.3 Producción de alimentos por persona (1961 = 100) (África subsahariana no incluye a Sudáfrica).

Fuente: Compilado por *The Economist* (7 de septiembre de 1996) a partir de los datos de la Organización para la Alimentación y la Agricultura.

continente es la única región del mundo donde los niveles de pobreza aumentarán en los años noventa¹⁰¹.

En segundo lugar, la producción agrícola per cápita africana, y sobre todo la producción de alimentos, ha descendido de forma sustancial en la última década (véase la figura 2.3), haciendo a muchos países vulnerables a las hambrunas y las epidemias cuando se producen sequías, guerras u otras catástrofes. La crisis agrícola parece ser resultado de la combinación de una concentración excesiva en la producción orientada a la exportación y de una transición desatinada a tecnologías o líneas de productos inapropiadas para las condiciones ecológicas y tecnológicas de un país¹⁰². Por ejemplo, en África occidental, las compañías forestales extranjeras impulsaron la sustitución de las acacias por árboles no autóctonos, sólo para invertir el proceso unos cuantos años después, cuando se puso de manifiesto que las acacias necesitaban menos agua y atención, además de ayudar a alimentar a las cabras y ovejas durante la estación seca. O, en otro ejemplo de cambio tecnológico inapropiado, en el lago Turkana, en África oriental, expertos noruegos organizaron un programa de conver-

sión de los ganaderos turkanas en productores de pescados como percas y tilapias, más comerciales. Sin embargo, el coste del equipo para congelar el pescado era tan elevado que los costes de producción/distribución superaban el precio del pescado en los mercados accesibles. Al no poder volver a la cría de ganado, 20.000 turkanas nómadas acabaron dependiendo de la ayuda alimentaria de los organismos donantes¹⁰³. La dificultad de penetrar en los mercados internacionales para una pequeña gama de productos agrícolas africanos y la transformación de las políticas gubernamentales hacia la agricultura durante los años ochenta hicieron este sector extremadamente impredecible. De este modo, muchos agricultores pasaron a estrategias de cultivo de supervivencia a corto plazo, en lugar de invertir en una conversión a largo plazo a la agricultura comercial orientada a la exportación, socavando así sus posibilidades de ser competitivos a escala internacional¹⁰⁴.

La tercera tendencia importante en la evolución social y económica de África es la desorganización de la producción y los medios de vida inducida por la desintegración del Estado. El modelo de violencia, saqueo, guerra civil, bandidaje y matanzas que golpeó a la gran mayoría de los países africanos durante los años ochenta y noventa, ha arrojado de sus ciudades y pueblos a millones de personas, arruinado la economía de regiones y países, y acabado con gran parte de la capacidad institucional para gestionar las crisis y reconstruir las bases materiales de la vida¹⁰⁵.

Como documenta el Informe sobre Desarrollo Humano de la ONU de 1996, la pobreza urbana, la crisis de la agricultura, sobre todo de la de subsistencia, el colapso institucional, la violencia generalizada y los movimientos masivos de población se han combinado para deteriorar de forma significativa las condiciones de vida de la mayoría de la población africana en la última década. La pobreza, la migración y la desorganización social también han contribuido a crear las condiciones para la aparición de epidemias devastadoras que amenazan con el exterminio de una proporción considerable de africanos, así como con la extensión potencial de enfermedades al resto del mundo. Debe destacarse que las condiciones de higiene y nutrición en las que viven la mayoría de los africanos no son la única fuente de enfermedades y epidemias, sino que la falta de una asistencia sanitaria y una educación adecuadas contribuyen en gran medida a su difusión.

Un caso dramático que viene a cuento es la epidemia de sida¹⁰⁶. Aunque se informó de las primeras infecciones con el VIH en África a co-

¹⁰¹ Adepoju, 1993.

¹⁰² Jamal, 1995.

¹⁰³ *The Economist*, 1996a.

¹⁰⁴ Berry, 1993, págs. 270 y 271.

¹⁰⁵ Leys, 1994; Adekanye, 1995; Kaiser, 1996.

¹⁰⁶ Barnett y Blaikie, 1992; Hope, 1995; Philipson y Posner, 1995; Boahene, 1996; Kamali et al., 1996.

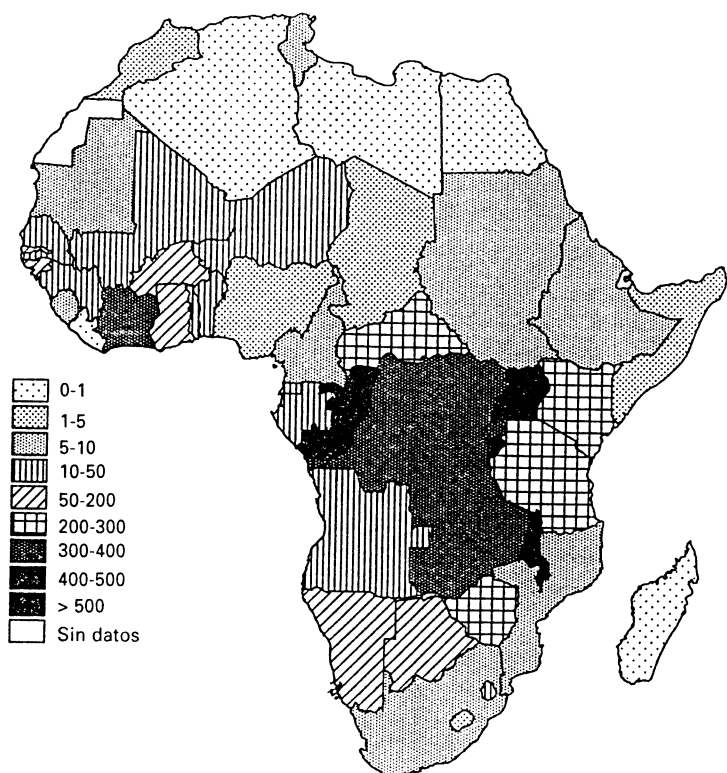


FIGURA 2.4 Casos de sida por millón de habitantes en África, 1990.

Fuentes: Registro Epidemiológico de la OMS; WorldAIDS, 1990, 1991, elaborado por Barnett y Blaikie, 1992.

mienzos de los años ochenta, a mediados de los años noventa el África subsahariana representaba en torno al 60% de los 17 millones estimados de personas seropositivas en el mundo (véase la figura 2.4)¹⁰⁷. En países como Uganda, Ruanda y Zambia, entre el 17 y el 24% de la población urbana estaba infectada en 1987 (véase el cuadro 2.8). En general, esta proporción ha aumentado sin duda en los años recientes en la mayoría de los países, con algunas excepciones (Gabón). El sida se considera ahora la

¹⁰⁷ Boahene, 1996.

CUADRO 2.8 Frecuencia estimada de seropositividad en adultos (15-49 años) de ciudades y zonas rurales de los países africanos seleccionados, c. 1987.

País	Difusión del VIH (%)		Población infectada con VIH (miles)
	Ciudades	Rural	
Uganda.....	24,1	12,3	894,3
Ruanda.....	20,1	2,2	81,5
Zambia.....	17,2	—	205,2
Congo.....	10,2	—	46,5
Costa de Marfil.....	10,0	1,3	183,0
Malawi.....	9,5	4,2	142,5
R. Centroafricana.....	7,8	3,7	54,3
El Zaire.....	7,1	0,5	281,8
Ghana.....	4,7	—	98,7
Burundi.....	4,3	—	15,0
Tanzania.....	3,6	0,7	96,6
Zimbabwe.....	3,2	0,0	30,9
Kenia.....	2,7	0,2	44,5
Camerún.....	1,1	0,6	33,2
Mozambique.....	1,0	0,6	43,5
Sudán.....	0,3	—	6,8
Nigeria.....	0,1	0,0	8,1
Suazilandia.....	0,0	—	0,0
Total de personas infectadas, todos los países africanos (incluidos otros no enumerados).....			2.497,6
Total de la población africana infectada, 1987 (%).....			0,9

Fuente: Over, 1990 (informado por Barnett y Blaikie, 1992).

principal causa de muerte en Uganda, y una causa importante en otros países. Como el sida se transmite en África mediante el contacto heterosexual en el 80% de los casos, las mujeres corren un riesgo particular, debido a su sometimiento sexual a los hombres y a la creciente promiscuidad de éstos en un tiempo de emigración y desarraigo. Se estima que unos 4,5 millones de mujeres son seropositivas. Su sumisión patriarcal limita su acceso a la información y los recursos para la prevención y disminuye su acceso al tratamiento de las infecciones relacionadas con el sida. Los estudios han mostrado que, en caso de necesidad, las mujeres van a los hospitales con menos frecuencia que los hombres, mueren de sida a una edad más temprana y es más probable que se queden con sus esposos cuando a éstos se les diagnostica como seropositivos que en el caso con-

trario¹⁰⁸. Así, un gran número de mujeres en edad reproductiva son seropositivas. En los próximos diez-veinticinco años, se prevé que el impacto del sida sobre la supervivencia infantil será más severo que sobre la población general. Se espera que el sida cause más muertes entre los niños en el África subsahariana que la malaria o el sarampión. Las tasas de mortalidad infantil, cuyo descenso se había proyectado en un 35-40% para la próxima década, se espera ahora que permanezcan invariables o incluso que aumenten debido al sida. Los niños huérfanos se están convirtiendo en un problema masivo. Se prevé que unos 10 millones de niños no infectados habrán perdido a uno o ambos progenitores por la epidemia de sida para el año 2000. Los sistemas de familia extendida se están viniendo abajo por la presión de esta oleada de huérfanos.

El alcance y la velocidad de difusión de la epidemia de sida en África están inducidos por las condiciones sociales y económicas. Como escribe un experto en la materia, Kempe Ronald Hope: «Sin ninguna duda, la pobreza y las dificultades económicas de los países africanos han contribuido mucho a la rápida extensión del VIH y el sida»¹⁰⁹. La falta de una asistencia sanitaria adecuada, los bajos niveles educativos, las condiciones de vida insalubres, el acceso limitado a los servicios básicos, la rápida urbanización, el desempleo y la pobreza son fenómenos relacionados, y todos ellos son factores asociados con la infección de VIH. El acceso a la asistencia sanitaria en África está extremadamente limitado. Los datos para 1988-1991 indican que en el África subsahariana había un médico por cada 18.488 habitantes, en comparación con los 5.767 de todos los países en vías de desarrollo y de los 344 de los países industrializados¹¹⁰. La pobreza limita el acceso a la información sobre la prevención, así como a los métodos preventivos. La crisis agrícola, las hambrunas y la guerra han obligado a la emigración y desorganizado familias, comunidades y redes sociales. Los hombres que han emigrado a las áreas urbanas y regresan periódicamente a sus comunidades de origen son los principales portadores del VIH, propagando el virus a través de las prostitutas y difundiendo-lo a través de las rutas de transporte. La gente pobre que contrae el VIH tiende a desarrollar el sida mucho más deprisa que los que tienen una posición socioeconómica más elevada.

La propagación potencial de la epidemia de sida de África a otras regiones del mundo representa un riesgo más serio de lo que suele reconocerse. Sudáfrica proporciona datos sorprendentes a este respecto. Aunque es un país limítrofe con zonas donde la epidemia comenzó en los años ochenta, y su población negra padeció durante largo tiempo malas condiciones sociales y sanitarias, su nivel de desarrollo económico e institucio-

¹⁰⁸ Boahene, 1996.

¹⁰⁹ Hope, 1995, pág. 82.

¹¹⁰ PNUD, 1996.

nal es mucho más alto que el del resto de África. No obstante, en los años noventa, la epidemia de sida se ha extendido de forma alarmante, reproduciendo las pautas y la velocidad de difusión experimentadas en los países vecinos una década antes. Se estima que ciertos grupos, como las prostitutas y los jornaleros emigrantes, están infectados en un 10-30% de su total. Entre las mujeres en edad reproductiva, las estimaciones de infección con el VIH para el conjunto del país alcanzan el 4,7%, con una incidencia mayor en algunas zonas, como Kwa/Zulu Natal. Al ritmo de difusión actual, los modelos de la futura extensión del VIH/sida prevén que, para el año 2010, el 27% de la población sudafricana estará infectada. Los modelos más optimistas, aun asumiendo una reducción del 40% en el número de parejas sexuales y un aumento del 20% en el uso efectivo del preservativo, siguen proyectando, para la misma fecha, que el 8% de la población total estará infectada¹¹¹.

No es probable que los problemas de África permanezcan confinados dentro de sus fronteras por el mero hecho de minimizarlos o ignorarlos. Tanto la humanidad como nuestro sentido de lo humano estarán amenazados. El *apartheid* global es una ilusión cínica en la era de la información.

La conexión sudafricana: ¿la esperanza de África?

¿Está condenada el África subsahariana a la exclusión social en la nueva economía global, al menos en el futuro previsible? Ésta es una cuestión fundamental, pero excede los límites de este capítulo y el objetivo de este libro, que se ocupa del análisis más que de la política o la previsión. Sin embargo, desde un punto de vista estrictamente empírico, el fin del *apartheid* y la vinculación potencial de una Sudáfrica democrática gobernada por una mayoría negra y los países africanos, al menos los de África oriental/meridional, nos permite examinar la hipótesis de la incorporación de este continente al capitalismo global en unas condiciones nuevas y más favorables a través de la conexión sudafricana. Debido a sus implicaciones para un análisis general de las condiciones que reproducen o modifican la exclusión social en la economía global, examinaré brevemente este asunto antes de abandonar África.

Sudáfrica es claramente diferente del resto del África subsahariana. Tiene un nivel mucho más elevado de industrialización, una economía más diversificada y desempeña un papel más importante en la economía global que el resto del continente. No es una economía dependiente de bajos salarios, ni una economía emergente competitiva y muy cualificada. De hecho, combina aspectos de ambos tipos y en cierto sentido los

¹¹¹ Campbell y Williams, 1996.

procesos de inclusión y exclusión simultáneos son más evidentes e intensos aquí que en muchos otros países. El entorno político está cambiando rápidamente en el periodo democrático posterior a las elecciones, y la economía se está beneficiando de su rápida incorporación a la economía global tras varias décadas de aislamiento relativo, debido tanto a las sanciones como a las elevadas barreras arancelarias derivadas de su política de industrialización en sustitución de las importaciones.

Sudáfrica representa el 44% del PNB total de toda el África subsahariana y el 52% de su producción industrial. Consume el 64% de la electricidad de toda el África subsahariana. En 1993, el PNB real per cápita del África subsahariana (incluida Sudáfrica) era de 1.288 dólares, mientras que sólo en Sudáfrica era de 3.127 dólares. Hay nueve veces más líneas telefónicas per cápita allí que en el África subsahariana.

La Bolsa de valores de Johannesburgo es la décima mayor del mundo (por el valor de mercado del capital emitido). No obstante, el sistema bancario y financiero está dominado por cuatro grandes bancos comerciales y ha atendido fundamentalmente a los principales sectores industriales. Los pequeños y medianos empresarios han dispuesto de escasos fondos. Al menos desde el descubrimiento de diamantes en el siglo XIX, Sudáfrica ha desempeñado un papel en la economía mundial. La minería fue crucial en el desarrollo general del país durante el siglo pasado y aportó un motor para la acumulación de capital. A pesar del declive reciente, la minería del oro sigue siendo el núcleo del complejo minero sudafricano, constituyendo en torno al 70% de las exportaciones y el empleo en la minería, y el 80% de los ingresos¹¹². No obstante, la mayor parte de las reservas de oro de Sudáfrica se han agotado. Durante el siglo pasado se extrajeron más de 45.000 toneladas de oro, que constituían más de dos tercios de los recursos originales y las 20.000 toneladas restantes tienden a estar más profundas y ser de inferior calidad. Hay otras industrias mineras y de procesamiento de minerales estratégicos como hierro, acero, estaño, zinc, ferroaleaciones, manganeso, cobre, plata, aluminio y platino. La minería aún supone el 71% de los ingresos derivados del comercio exterior, aunque más de la mitad del PNB proviene de servicios y casi un cuarto de la manufactura¹¹³. La industria minera, más que cualquier otra industria, dependía del sistema de *apartheid* debido a que se basaba en mano de obra emigrante y heterogénea.

El crecimiento de la industria manufacturera fue sustancial en los años sesenta, pero comenzó a reducirse en los setenta y se estancó por completo en los ochenta. La producción manufacturera aumentó en los años setenta una media del 5,3 anual¹¹⁴. Pero entre 1980 y 1985 descen-

dió un 1,2%, y sólo aumentó un 0,7% entre 1985 y 1991, mientras que el empleo en la industria descendió un 1,4%¹¹⁵. El sector manufacturero sudafricano se caracteriza por los problemas clásicos de la industrialización en sustitución de las importaciones, con una gran capacidad en la producción de bienes de consumo y algo de industria pesada, vinculada con las industrias mineras y de procesamiento de minerales, pero carece de bienes de capital y muchos bienes de producción. Sin embargo, Sudáfrica está vinculada con la economía informacional/global. Por ejemplo, posee el mayor número de receptores de Internet de todos los países no pertenecientes a la OCDE¹¹⁶. No obstante, el aumento de la capacidad tecnológica está limitado por un entorno institucional fragmentado y la falta de un apoyo gubernamental efectivo. El gasto empresarial en I+D descendió cerca del 27% de 1983-1984 a 1989-1990 y hay una fuerte dependencia de la adquisición de tecnología extranjera, principalmente mediante contratos de licencia. El I+D es significativamente menor que en otros países de crecimiento rápido¹¹⁷. En 1993, al menos, «había pocos indicios de que dicha transferencia de tecnología fuera acompañada de programas de formación que garanticen una asimilación efectiva»¹¹⁸.

A nivel general, el empleo ha presentado una tendencia descendente desde mediados de los años setenta, con caídas en la agricultura, el transporte, la minería y la industria. Si no hubiera habido un crecimiento sustancial en el empleo en el sector público durante el periodo 1986-1990, el aumento total del empleo habría sido negativo en dicho periodo. De 1989 a 1992, el empleo total en los sectores no agrícolas de la economía descendió un 4,8%, lo que equivale a la pérdida de unos 286.000 puestos de trabajo, y el crecimiento sólo fue positivo en el sector público. El empleo total en el sector privado descendió un 7,8% durante este periodo. La proporción de la mano de obra empleada en la economía formal en 1989 pasaba del 61% en la zona de Johannesburgo/Pretoria a sólo el 22% en las regiones más pobres. Aunque no existen cifras fiables del desempleo, resulta evidente que existe un gran desfase que aumenta rápidamente entre el número de personas que buscan empleo y la capacidad de la economía formal de proporcionarlo. El incremento del salario real para los trabajadores africanos fue negativo en el periodo 1986-1990. Para los trabajadores africanos de las categorías educativas y ocupacionales más bajas, los salarios reales descendieron a una tasa del 3% anual entre 1975 y 1985¹¹⁹. La tasa oficial de desempleo fue calculada en un

¹¹² MERG, 1993.

¹¹³ *The Economist*, 1995.

¹¹⁴ ISP, 1995, pág. 6.

¹¹⁵ MERG, 1993, pág. 239.

¹¹⁶ Network Wizards, 1996.

¹¹⁷ ISP, 1995, pág. 239.

¹¹⁸ MERG, 1993, pág. 232.

¹¹⁹ MERG, 1993, págs. 149-150.

32,6% por el Servicio Estadístico Central en 1994, pero la ausencia —en comparación con otros países africanos— de oportunidades de obtener ganancias y subsistir de la tierra, y por tanto de una red rural de seguridad, agrava el problema del desempleo. Éste es especialmente serio entre los jóvenes, con un 64% de la población económicamente activa entre las edades de dieciséis y veinticuatro años (en torno a un millón de jóvenes) sin trabajo en 1995.

Así, muchos sudafricanos dependen de la economía informal para subsistir, aunque los cálculos sobre su número varían. El Servicio Central de Estadística estimó en 1990 que 2,7 millones de personas, o el 24% de la mano de obra, trabajaban en la economía informal. Sin embargo, puede que se trate de una infravaloración significativa de la actividad económica informal. Por ejemplo, en una encuesta realizada en 1990 entre los residentes del municipio de Alexandra, uno de los importantes del área de Johannesburgo, el 48% informó que era autónomo, trabajaba en casa o se desplazaba a otro lugar dentro del municipio ¹²⁰. La economía informal de Sudáfrica es fundamentalmente de estricta supervivencia. Aproximadamente un 70% de todas las empresas informales implican venta callejera, sobre todo de comida, ropa y curiosidades ¹²¹. Sólo una estimación del 15-20% supone cierta forma de empresa de manufactura y la subcontratación parece ser mucho menos común en el sector informal en Sudáfrica que en otros lugares. La razón de la baja incidencia de la manufactura en las empresas informales se explica no sólo por las políticas del *apartheid*, que obstaculizaron la urbanización negra y prohibieron a los negros convertirse en empresarios, sino también por el hecho de que fueron privados sistemáticamente del derecho a la educación, la formación y la experiencia esenciales para el desarrollo de un carácter empresarial dinámico, y sobre todo de conocimientos informacionales. La economía sudafricana también presenta elevados niveles de concentración de capital y control oligopólico ¹²².

Sudáfrica tiene una distribución de la renta extremadamente desigual; según algunas medidas, incluso la más desigual del mundo. Presenta un índice Gini de 0,65, en comparación con el 0,61 de Brasil, 0,50 de México y 0,48 de Malasia, e índices de 0,41 o menos de los países industrializados avanzados. El 20% inferior de quienes obtienen ingresos logran sólo un 1,5% de la renta nacional, mientras que el 10% más rico de las familias reciben el 50% de la misma. Se estima que entre el 36% y el 53% de los sudafricanos viven por debajo de la línea de pobreza, que prácticamente se concentra en la población africana y de color: el 95% de los pobres son africanos y el 65% de los africanos son pobres, en comparación con el

33% de la población de color, el 2,5% de los asiáticos y el 0,7% de los blancos ¹²³.

Las diferencias raciales siguen siendo un factor importante en la desigualdad, pese al aumento de la clase media negra. Por ejemplo, la encuesta sobre hogares de octubre de 1994 realizada por el Servicio Central de Estadística reveló que sólo el 2% de los hombres negros estaban empleados en puestos de alta gestión, en comparación con el 11% de los blancos. De estos puestos de alto nivel, el 51% de los hombres negros ganaban más de 2.000 rands (unos 500 dólares estadounidenses) mensuales, en comparación con el 89% de blancos que ganaban más de 2.000 rands mensuales. En torno al 51% de los hombres negros estaban empleados como «obreros básicos» u «operarios y montadores», en comparación con el 36% de los blancos ¹²⁴.

Así, la economía y la sociedad sudafricanas son menos boyantes de lo que parecen en comparación con su entorno continental, constituido por los países más pobres del mundo. No obstante, también hemos de considerar las relaciones de Sudáfrica con sus vecinos. Los estados fronterizos de Sudáfrica sufrieron mucho durante la lucha contra el *apartheid*, ya que Sudáfrica libró una guerra total para controlar la región y castigar a sus países vecinos por su apoyo al Congreso Nacional Africano. Pese a los esfuerzos por desarrollar rutas de transporte alternativas y diversificar sus relaciones comerciales, la mayoría de los estados africanos meridionales siguieron dependiendo mucho de sus relación con Sudáfrica durante los años ochenta. A comienzos de los años noventa, se planteó hasta qué punto Sudáfrica podría convertirse en la «locomotora» para toda la región. Toda África meridional está integrada, vía Sudáfrica, en la mayoría de las rutas de transportes que cruzan Sudáfrica, al tiempo que muchos de los países circundantes aportan buena parte de la mano de obra para sus industrias. Por ejemplo, en 1994, de los 368.463 trabajadores de la minería, el 45% eran extranjeros. Esto representa un descenso desde el pico de 1974, cuando el 77% de todos los mineros eran extranjeros. Las estimaciones sobre el número de personas indocumentadas en Sudáfrica procedentes de los países vecinos varían ampliamente. La Policía sudafricana calcula que representan entre 5,5 y 8 millones de personas. El Consejo de Investigación sobre Ciencias Humanas también llegó a una cifra de entre 5 y 8 millones ¹²⁵.

La desigualdad de la relación entre Sudáfrica y sus vecinos resulta clara. Los 11 países de África meridional poseen juntos una población de 130 millones de habitantes, pero más de 40 millones de ellos viven en Sudáfrica. Ella sola representa el 80% del PNB de toda la región. Como me-

¹²⁰ Informe UDP Greater Alexandra/Sandton, 1990, citado por Benner, 1994.

¹²¹ Riley, 1993.

¹²² Rogerson, 1993; Manning, 1993; Manning y Mashigo, 1994.

¹²³ Gobierno sudafricano, 1996a.

¹²⁴ Gobierno sudafricano, 1996b.

¹²⁵ Gobierno sudafricano, 1996a.

dia, los sudafricanos son 36 veces más ricos que los mozambiqueños. Las exportaciones sudafricanas a la región son ocho veces mayores que el tráfico en la dirección contraria. Sin embargo, hay conversaciones sobre integración regional como un bloque de libre comercio. Se están haciendo esfuerzos para reconstruir en Mozambique tanto los ferrocarriles destruidos por la guerra como los puertos para recibir las exportaciones de Zimbabue, Botswana y Zambia. No obstante, al contemplar la estructura económica diferencial entre Sudáfrica y sus vecinos, dos observaciones adquieren un significado considerable: a) los ingresos por exportación de todas las economías, incluida la sudafricana, dependen en su mayor parte de las materias primas; y b) con la excepción de los minúsculos satélites de Sudáfrica, Botswana y Lesoto, existe poca capacidad industrial que pueda proporcionar una base de exportación para el gran mercado sudafricano. En efecto, los datos del comercio revelan que las empresas sudafricanas asumen la mayor parte de la limitada capacidad del mercado de importaciones de los países vecinos.

Así, en términos estrictamente económicos, apenas hay complementariedad entre Sudáfrica y su entorno africano. Cuando mucho, habrá competencia en algunas industrias clave, como el turismo global. Sudáfrica no posee la base industrial y tecnológica para representar por sí misma un centro de acumulación en una escala lo suficientemente grande como para impulsar el desarrollo a su estela. En efecto, tiene problemas sociales y económicos importantes que requerirán políticas de empleo para sus ciudadanos, con consecuencias potencialmente desastrosas para los inmigrantes de otros países, cuyas remesas de dinero son una fuente crucial de divisa fuerte para las economías vecinas. El problema real de Sudáfrica es cómo evitar quedarse fuera de la dura competencia en la nueva economía global, una vez que su economía está abierta. Así, los programas de cooperación regional pueden contribuir al desarrollo de una infraestructura tecnológica y de transporte en los países vecinos; y algunos excedentes de Sudáfrica aplicados a África meridional (por ejemplo, inversiones en recursos minerales y en turismo) sin duda aliviarían las condiciones de pobreza extrema, como ya sucede en Namibia, Botswana y Mozambique. Sin embargo, la visión de una nueva Sudáfrica convertida en la locomotora de gran parte del continente, mediante su incorporación a múltiples niveles a la economía global (en una versión africana de modelo de «las cigüeñas en vuelo» que tanto les gusta a los estrategas japoneses), no parece realista examinada de cerca. Si bien el destino político de Sudáfrica está ligado a su identidad africana, su senda de desarrollo continúa divergiendo de la de sus vecinos expoliados, a menos que el fin de la fiebre del oro, el retraso en su capacidad tecnológica y las tensiones sociales y étnicas crecientes la empujen al abismo de la exclusión social de la que el Congreso Nacional Africano luchó con tantas fuerzas para escapar.

¿Fuera de África o vuelta a África? Una política y economía independientes

La antropóloga Ida Susser, a su vuelta de un viaje de campo al desierto del Kalahari, en Namibia, en 1996, cuenta que las vidas de los agricultores y los jornaleros prosigue, sobreviviendo en los intersticios del Estado. Su magra subsistencia se cubre al día. No hay signos aparentes de desintegración social y hambruna masiva: existe pobreza, pero no indigencia¹²⁶. Puede que no sean representativos de la diversidad de las economías de subsistencia que aún permiten sobrevivir a una proporción cuantiosa de africanos en todo el continente. No obstante, ¿pueden estas economías de subsistencia y las comunidades tradicionales con las que van asociadas constituir un refugio contra el torbellino de destrucción y desintegración que recorre África? De hecho, un número creciente de voces del mundo intelectual y político de África, o de los que se ocupan de ella, reclaman la reconstrucción de las sociedades africanas a partir de sus propios recursos¹²⁷. Ello no implicaría aferrarse a economías primitivas y sociedades tradicionales, sino empezar a construir desde abajo, logrando el acceso a la modernidad a través de un camino diferente, y rechazando fundamentalmente los valores y objetivos predominantes en el capitalismo global actual. Pueden encontrarse vigorosos argumentos en favor de esta postura en las experiencias actuales de marginación tecnológica/económica de África, el ascenso del Estado predatorio y el fracaso de las políticas de ajuste inspiradas por el FMI/Banco Mundial, tanto en términos económicos como sociales. Un modelo de desarrollo alternativo, que fuera realmente más sostenible desde el punto de vista social y medioambiental, no es una utopía, y existen numerosas propuestas realistas y técnicamente sólidas de modelos de desarrollo independientes en diversos países, así como de estrategias para la cooperación regional en África. En la mayoría de los casos, presuponen la desvinculación parcial de las economías africanas de las redes globales de acumulación de capital, dadas las consecuencias de las actuales relaciones asimétricas, presentadas en este capítulo. Sin embargo, existe un obstáculo fundamental para llevar a cabo estrategias independientes: los intereses y valores de la mayoría de las elites políticas africanas y sus redes de patronazgo. Ya he expuesto cómo y por qué lo que es una tragedia humana para la mayoría de los africanos continúa representado una fuente de riquezas y privilegios para las elites. Este sistema político pervertido ha sido producido históricamente y es mantenido estructuralmente por las potencias europeas/americana y por la incorporación fragmentada de África a las redes capitalistas globales. Es precisamente esta articulación selectiva de elites y activos va-

¹²⁶ Susser, comunicación personal, 1996.

¹²⁷ Davidson, 1992, 1994; Aina, 1993; Wa Mutharika, 1995.

into con la exclusión social de la mayor parte de la gente y la devaluación económica de la mayoría de los recursos naturales, el rasgo específico de la última expresión de la tragedia africana.

Así, la desvinculación de África en sus propios términos supondría una revolución en el sentido político más antiguo de esta palabra, un acontecimiento improbable en el futuro predecible, considerando la fragmentación étnica de la población y la experiencia devastadora de la gente con la mayoría de sus dirigentes y salvadores. No obstante, los días están contados, si recordamos la experiencia histórica según la cual no existe opresión que no sea enfrentada con resistencia. En cuanto a los resultados sociales y políticos de esta resistencia, las únicas valoraciones posibles son la incertidumbre y la experimentación, ya que el proceso de cambio ha de avanzar a través de la experiencia colectiva de la cólera, el conflicto, la lucha, la esperanza, el fracaso y el compromiso.

El Subempleo y la Economía Informal

EL NUEVO DILEMA ESTADOUNIDENSE: DESIGUALDAD, POBREZA URBANA Y EXCLUSIÓN SOCIAL EN LA ERA DE LA INFORMACIÓN

Los Estados Unidos representan la economía mayor y más avanzada tecnológicamente del mundo. Es la sociedad que primero ha experimentado las transformaciones estructurales y organizativas características de la sociedad red, en los albores de la era de la información, pero también es una sociedad que ha mostrado, en las dos últimas décadas, un aumento sustancial de la desigualdad social, la polarización, la pobreza y la miseria. Sin duda, es una sociedad muy específica, con un modelo histórico de discriminación racial, una forma urbana peculiar —el gueto— y una resistencia ideológica y política profundamente arraigada a la regulación gubernamental y al Estado de bienestar. Sin embargo, su experiencia con la desigualdad y la exclusión social en el estadio formativo de la sociedad red puede ser un signo de los tiempos por venir a otras zonas del mundo también, y en particular a Europa, por dos razones principales. En primer lugar, la ideología y política dominantes en la mayoría de los países capitalistas hacen hincapié en la desregulación de los mercados y la flexibilidad de gestión, en una especie de «recapitalización del capitalismo» que repite de cerca muchas de las decisiones estratégicas, políticas y gestoras aplicadas en los Estados Unidos en los años ochenta y noventa¹²⁸. En segundo lugar, y quizás lo más decisivo, la creciente integración de capital, mercados y empresas en una economía global común hace extremadamente difícil para algunos países separarse mucho del contexto institucional/macroeconómico de otras regiones, sobre todo si una de esas «otras regiones» es tan grande e importante para la economía global como los

Estados Unidos. Para que las empresas y los mercados de capital y de trabajo europeos o japoneses operen con reglas diferentes y con costes de producción más elevados que las radicadas en los Estados Unidos, ha de cumplirse una de las dos condiciones siguientes: sus mercados, incluidos los de capital y servicios, tienen que estar protegidos o, en otro caso, la productividad tiene que ser más alta que en los Estados Unidos. Pero sabemos que la productividad laboral estadounidense, aunque ha crecido muy despacio en las dos últimas décadas, sigue siendo la más alta del mundo en términos comparativos. En cuanto a la protección de mercados, aunque continúa siendo el caso de Japón, los nuevos pactos comerciales y la creciente movilidad del capital están preparando el camino para un igualamiento relativo de las condiciones laborales en todos los países de la OCDE. Así, aunque cada sociedad afrontará sus problemas según su estructura social y proceso político, lo que sucede en los Estados Unidos con respecto a la desigualdad, la pobreza y la exclusión social puede considerarse un resultado estructural probable de las tendencias intrínsecas del capitalismo informacional cuando las fuerzas de mercado siguen estando en buena medida incontroladas. En efecto, los estudios comparativos muestran tendencias similares (pero diferentes niveles) en el aumento de la pobreza en los Estados Unidos y en Europa Occidental, sobre todo en el Reino Unido. Aunque la existencia de una marcada desigualdad entre los niveles superiores e inferiores de la sociedad es una tendencia universal, es particularmente flagrante en los países capitalistas avanzados¹²⁹. Para fundamentar la discusión sobre las implicaciones sociales del capitalismo informacional en las sociedades avanzadas, proseguiré con una investigación empírica, tan sucinta como sea posible, sobre la evolución de la desigualdad, la pobreza y la exclusión social en los Estados Unidos durante las dos últimas décadas, valorando estas tendencias dentro del marco de categorías propuesto al inicio de este capítulo.

Los Estados Unidos duales

En los años noventa, el capitalismo estadounidense parece haber logrado convertirse en un sistema muy rentable en las condiciones de reestructuración, informacionalismo y globalización¹³⁰. Las tasas de beneficios después de impuestos en los puntos máximos de los ciclos económicos ascendieron del 4,7% en 1973 al 5,1% en 1979, se estabiliza-

¹²⁹ Funken y Cooper, 1995; Hutton, 1996.

¹³⁰ La principal fuente de datos para esta sección sobre «los Estados Unidos duales» es el excelente estudio anual de Mishel *et al.*, 1996, que proporciona su propia elaboración de estadísticas fiables. A menos que se indique lo contrario, los datos citados en el texto provienen de esta fuente.

¹²⁸ Brown y Crompton, 1994; Hutton, 1996.

ron en los años ochenta y ascendieron al 7% en 1995. Los valores bursátiles alcanzaron, en 1997, su nivel histórico más elevado. Aunque suben y bajan, a menos que haya un derrumbamiento catastrófico de los mercados financieros (que siempre es posible), la meseta media del índice Dow Jones parece establecerse a un nivel cada vez más alto. No sólo tiene recompensas el capital, sino que a los gestores capitalistas también les está yendo bien. Contado en dólares de 1995, el sueldo medio total de los cargos de dirección en las mayores empresas estadounidenses ascendió de 1.269.000 dólares anuales en 1973 a 3.180.000 en 1989, y a 4.367.000 en 1995. La relación entre el sueldo total de los cargos de dirección y el sueldo total de los trabajadores pasó de 44,8 veces más en 1973 a 172,5 veces más en 1995.

Al mismo tiempo, la renta media familiar se estancó en los años setenta y ochenta, y descendió en la primera mitad de los noventa (véase la figura 2.5). Ello se debe particularmente a la disminución de las ganancias medias reales semanales de los trabajadores de producción y no supervisores, que pasó de 479,44 dólares en 1973 a 395,37 en 1995. En efecto, la mayoría de las familias pudieron salir adelante siempre que dos de sus miembros contribuyeran al presupuesto del hogar, ya que la aportación porcentual media de las esposas que trabajan aumentó del 26% aproximado de la renta familiar en 1979 al 32% en 1992, de tal modo que la estructura del hogar se convierte en una importante fuente de diferencia en la renta entre las familias. El descenso de los salarios por horas para los hombres se concentró sobre todo entre los trabajadores peor retribuidos, mientras que los mejor pagados (el percentil superior) fueron el único grupo que no experimentó una disminución (figura 2.6a). No obstante, incluso los grupos de trabajadores con mayor nivel educativo han experimentado, como media, un descenso en los salarios reales: los hombres con educación universitaria y de uno a cinco años de experiencia vieron descender sus salarios por hora en un 10,7% en 1979-1995. En este periodo sólo ha ascendido el sueldo de las mujeres con educación universitaria, de forma sustancial el grupo con experiencia, pero, como media, siguen estando por debajo del nivel de sus equivalentes masculinos (figura 2.6b).

El descenso medio de la renta ha afectado de modo diferente a los estratos superior, medio e inferior. La desigualdad social, medida por el índice Gini, ascendió de 0,399 en 1967 a 0,450 en 1995. Es más, la desigualdad se ha polarizado: en 1973-1995 las familias más ricas aumentaron su renta media anual más deprisa, mientras que las rentas de las más pobres descendieron (véase la figura 2.7). Según los cálculos de Wolf¹³¹, existe una concentración y polarización similares en la distribución de la riqueza y en su evolución en 1983-1992. Así, contando en dólares de 1992, la riqueza media del 1% superior de la distribución era de 7.925.000 dólares.

¹³¹ Wolf, 1996.

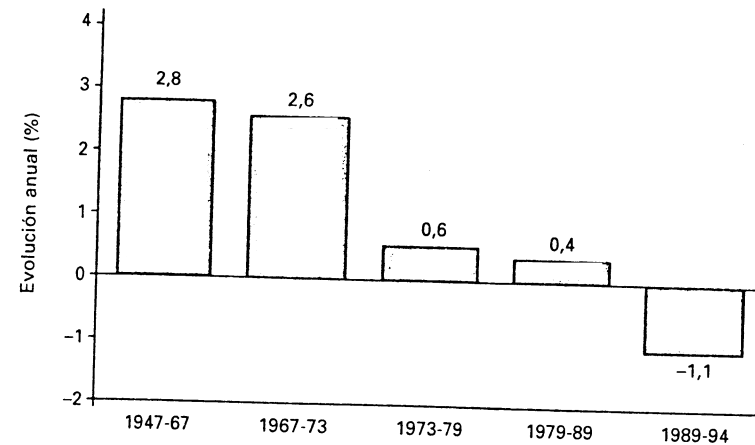


FIGURA 2.5 Evolución anual de la renta familiar media, 1947-1994.

Fuente: Oficina del Censo de los Estados Unidos, 1996, elaborado por Mishel *et al.*, 1996, pág. 44.

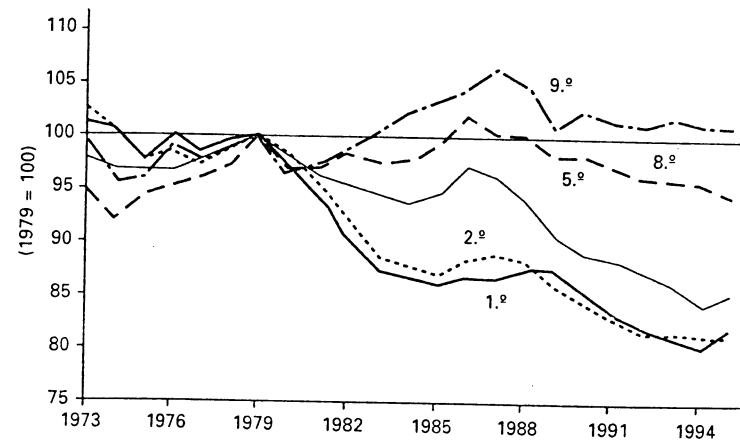


FIGURA 2.6a Salarios por hora de los hombres por percentil salarial, 1973-1995.

Fuente: Mishel *et al.*, 1996, pág. 143.

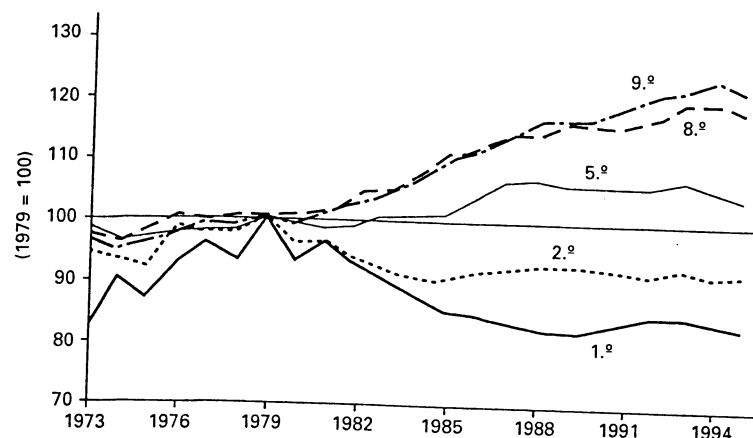


FIGURA 2.6b Salarios por hora de las mujeres por percentil salarial, 1973-1995.

Fuente: Mishel *et al.*, 1996, pág. 145.

El 1% más rico aumentó su riqueza en un 28,3% en 1983-1992, mientras que los activos del 40% inferior de las familias estadounidenses descendieron un 49,7% durante el mismo periodo. Así que no sólo se da una desigualdad creciente, sino también una polarización creciente. La pobreza también se ha extendido. El porcentaje de personas cuya renta está por debajo de la línea de pobreza aumentó del 11,1% en 1973 al 14,5% en 1994: es decir, más de 38 millones de estadounidenses, dos tercios de los cuales son blancos, incluida una proporción sustancial en las zonas rurales. La miseria, o pobreza extrema, se ha extendido aún más deprisa. Definiendo esta categoría como aquellas personas pobres con rentas por debajo del 50% del nivel de pobreza (en 1994, 7.571 dólares de renta anual para una familia de cuatro miembros), suponían casi el 30% de todos los pobres en 1975 y alcanzaron el 40,5% en 1994, lo que viene a ser cerca de 15,5 millones de estadounidenses.

Las causas de la desigualdad, polarización, pobreza y miseria crecientes en los Estados Unidos informacionales son objeto de un violento debate y no pretendo saldar el asunto en unos cuantos párrafos. Sin embargo, puedo sugerir algunas hipótesis relacionadas con la principal línea argumental de este libro. Las interpretaciones tradicionales, desde las neoclásicas hasta las marxista ortodoxas, no parecen tener en cuenta el volumen y el ritmo del fenómeno. La tesis del «desajuste de capacidades», según la cual la desigualdad es un fenómeno a corto plazo, relacionado con una prima en la renta para los conocimientos, que desaparecerá con el

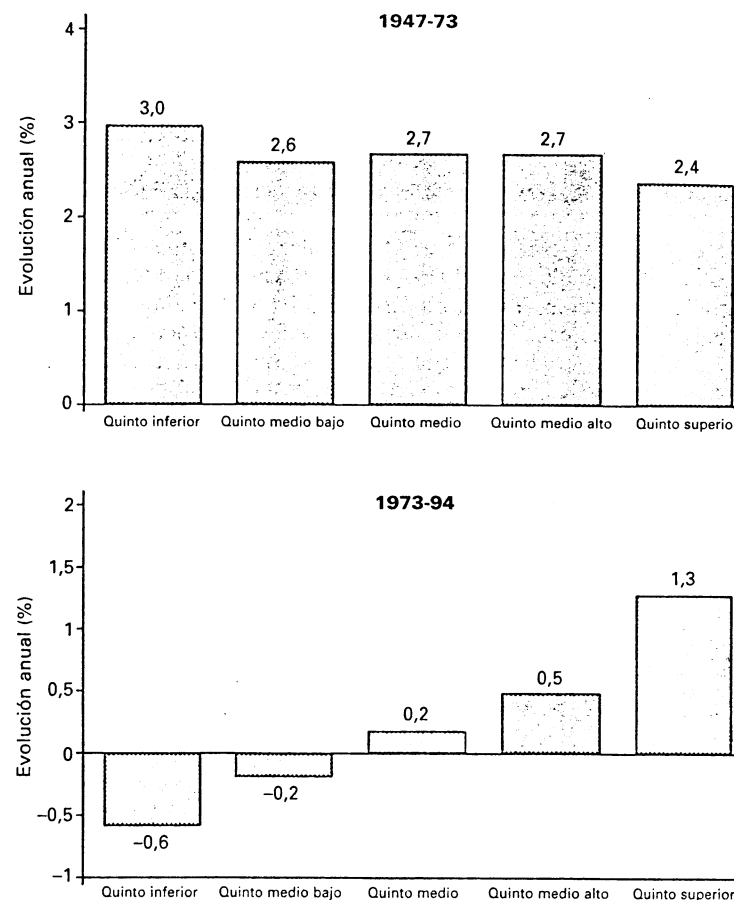


FIGURA 2.7 Evolución media anual en la renta familiar, 1974-1994.

Fuente: Mishel *et al.*, 1996, pág. 55.

tiempo, cuando haya más personas preparadas para la tecnología actual, ha sido refutada empíricamente por diversos expertos, como Morris *et al.*, que, apoyándose en su trabajo estadístico respaldan la hipótesis que relaciona la polarización con el modelo de crecimiento ocupacional que ca-

racteriza a la economía con uso intensivo de servicios/tecnología¹³². En cuanto al planteamiento marxista ortodoxo de la explotación del capital, aún tiene que explicar por qué el capitalismo en los años noventa genera más desigualdad que en los años cincuenta o sesenta, y por qué los productores de valor más bajos, los trabajadores no cualificados, son quienes han experimentado el descenso más pronunciado en sus salarios reales.

Para abreviar, creo que los datos empíricos apoyan una interpretación que vincula el aumento de la desigualdad y la pobreza en los Estados Unidos con cuatro procesos interrelacionados: a) desindustrialización, como consecuencia de la globalización de la producción industrial, el trabajo y los mercados; b) individualización e interconexión del proceso laboral, inducidas por la informacionalización; c) incorporación de las mujeres al trabajo remunerado en la economía informacional, en condiciones de discriminación patriarcal; y d) crisis de la familia patriarcal. A estos procesos estructurales debo añadir los factores sociopolíticos que, al asegurar el dominio de las fuerzas del mercado sin restricciones, acentúan la lógica de la desigualdad. Sin embargo, la generalización de estas políticas e ideologías procapitalistas, en contextos institucionales y culturas políticas muy diferentes en todo el mundo, me hace pensar que las tendencias estructurales mencionadas anteriormente ejercen una tremenda presión en esta dirección, a menos que sean frenadas por las fuerzas que emerjan de la nueva sociedad civil todavía en formación¹³³.

¿Cómo operan estos mecanismos para inducir una desigualdad y pobreza crecientes? La desindustrialización, como resultado del traslado (no desaparición) de la producción industrial a otras regiones del mundo, elimina puestos de trabajo en la manufactura, el tipo de trabajo semicualificado con un sueldo decente que constituía la espina dorsal de los Estados Unidos trabajadores. El tema clave ha sido el desmantelamiento de la base económica y organizativa del sindicalismo, con lo que se ha debilitado a los sindicatos y se ha privado a los trabajadores de su instrumento de defensa colectiva. Después de todo, fue la existencia de sindicatos fuertes lo que explica por qué los puestos de trabajo con niveles equivalentes de cualificación estaban mejor pagados en la industria que en los servicios.

El segundo mecanismo, la individualización del trabajo, y la transformación concomitante de las empresas bajo la forma de la empresa red, es el factor más importante de la creciente desigualdad (véase el vol. I, caps. 3 y 4). Ello es así, por una parte, porque los trabajadores, como grupo, se hallan en condiciones laborales muy específicas para cada uno de ellos, por lo que cada uno se enfrenta en solitario a su suerte individual. Por la otra, el proceso de negociación individualizado entre empleadores y trabajadores lleva a una diversidad extraordinaria de acuerdos laborales y

prima de forma decisiva a los trabajadores que poseen conocimientos únicos, pero hace a muchos otros fácilmente reemplazables. Es más, al negar los modelos de carreras para toda la vida, el trabajador solicitado de hoy puede convertirse en el desechado de mañana, de tal modo que, en general, sólo aquellos que están firmemente en lo alto de la escala durante un tiempo suficiente pueden acumular activos. Esta minoría privilegiada suele tener un alto grado de educación. Pero no cabe deducir que la educación proporcionará la solución, ya sea para los individuos o para la igualdad social. Es una condición necesaria, pero no suficiente, para prosperar en la economía informacional. Los datos muestran que también se han estancado los salarios reales de los licenciados universitarios varones en la última década. Los recompensados constituyen un grupo diferente, difícil de situar en las categorías estadísticas tradicionales. Son aquellos trabajadores que, por la razón que sea, proporcionan una ventaja a la empresa en su campo específico de actividad: a veces tiene más que ver con la creación de imagen que con la sustancia. Esta incorporación de valor añadido provoca una disparidad creciente entre unos pocos trabajadores/colaboradores/consultores muy bien pagados y una masa creciente de individuos que, al estar aislados, suelen tener que aceptar el mínimo denominador común de lo que el mercado les ofrece. Tal disparidad provoca una distribución cada vez más sesgada de rentas y activos.

La incorporación masiva de la mujer a la economía informacional ha contribuido decisivamente a que ésta funcionara de forma eficiente a un coste muy inferior. Aunque los salarios de las mujeres con educación han ascendido de forma significativa en los Estados Unidos (sobre todo los de las mujeres blancas), como media, siguen suponiendo en torno al 66% del que reciben sus equivalentes masculinos, por lo que la proporción general de los salarios sobre el PNB total ha descendido. Esto no significa que las mujeres sean las beneficiadas entre los trabajadores en la economía informacional. En efecto, la crisis de la familia patriarcal (en parte relacionada con la creciente autonomía económica de las mujeres) ha tenido efectos punitivos para la mayoría de las personas, pero sobre todo para las mujeres y las madres solas. Los estudios de Eggebeen y Lichter, Rodgers y Lerman muestran la estrecha relación que existe entre la estructura familiar cambiante y la creciente pobreza de las mujeres y sus hijos¹³⁴. Lerman estima que la tendencia a pasar del matrimonio a los hogares monoparentales supuso casi la mitad del incremento de la desigualdad en la renta de los niños y todo el aumento de las tasas de pobreza infantil entre 1971 y 1989¹³⁵.

La tasa de pobreza de las personas que no viven en familia aumentó un 2,2% en 1989-1994 para alcanzar el 21,5% de este grupo, que repre-

¹³² Morris *et al.*, 1994.

¹³³ Brown y Crompton, 1994; Navarro, 1997.

¹³⁴ Eggebeen y Lichter, 1991; Lerman, 1996; Rodgers, 1996.

¹³⁵ Lerman, 1996.

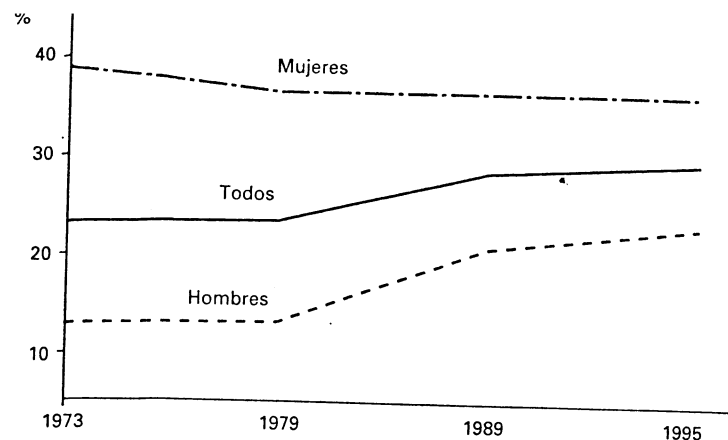


FIGURA 2.8 Porcentaje de trabajadores que ganan salarios de nivel de pobreza, 1973-1995.

Fuente: Mishel et al., 1996, pág. 153.

senta el 14,5% de todas las personas. En cuanto a las familias cuya cabeza de familia es una mujer, su tasa de pobreza también aumentó un 2,2% en el mismo periodo, para alcanzar, en 1994, el 38,6% del total de familias cuya cabeza de familia es una mujer. Como resultado, entre 1973 y 1993, el número de niños blancos que viven en la pobreza aumentó un 52,6%, el de los niños hispanos, un 116%, y el de los niños negros, un 26,9%¹³⁶. En general, el 21,8% de los niños estadounidenses estaban viviendo en la pobreza en 1994, mientras que la proporción para los niños negros era del 43,8%.

Lo que caracteriza a la denominada «nueva pobreza» es que afecta generalmente a personas y familias trabajadoras, que simplemente no pueden mantenerse con lo que ganan. Como muestra la figura 2.8, la proporción de trabajadores que ganan salarios de nivel de pobreza aumentó sustancialmente para los hombres, entre 1973 y 1975, mientras que descendió para las mujeres, de tal modo que, en 1995, casi el 30% de los trabajadores estadounidenses estaba ganando salarios de nivel de pobreza. Uno de los rostros más impresionantes de esta nueva pobreza es la carencia de hogar, situación que se disparó en los años ochenta en las ciudades estadounidenses y sigue en un nivel elevado en los años noventa. Los cálculos sobre la población sin techo varían mucho. El informe de 1994 del gobierno de Clinton «Prioridad: un hogar» estimaba que el número de per-

sonas sin techo en la segunda mitad de los años ochenta estaba entre los 5 y 9 millones, y que en torno al 7% de los estadounidenses adultos habían carecido de techo en algún momento de su vida. Esta valoración probablemente sea exagerada, pero la cuestión más importante es que una gran parte, y el segmento de crecimiento más rápido, de la población sin techo comprende a familias con niños. En efecto, representan la mayoría en algunas ciudades, como Nueva York, donde, a comienzos de los años noventa, las familias constituían en torno a tres cuartos de los sin techo¹³⁷. El problema es que una vez que la pobreza se convierte en miseria y exclusión social —cuando se vive en la calle—, se instala el estigma, y la destrucción de la personalidad y las redes sociales profundiza la situación de penuria¹³⁸. Así es cómo el conjunto de relaciones entre las tendencias dominantes del capitalismo informacional, la desigualdad y la pobreza acaban conduciendo al proceso de exclusión social, encarnado en la miseria de la vida en los guetos de las ciudades estadounidenses.

El gueto del centro de las ciudades como sistema de exclusión social

Los daños cotidianos a la vida en el gueto constituyen uno de los problemas sociales más antiguos y agudos de los Estados Unidos. Durante décadas, la crisis social urbana, encarnada en los guetos del centro de las ciudades segregados por raza y clase, ha sido objeto de un conjunto de políticas públicas, así como de ardientes debates políticos, además de aportar el campo a una prestigiosa tradición de investigación de la sociología urbana¹³⁹. Pero, en este fin de milenio, los guetos, sobre todo los negros, pero también algunos latinos, como el del este de Los Angeles, concentran las expresiones más graves de desigualdad, discriminación, miseria humana y crisis social, precisamente en el momento del auge del informacionalismo en los Estados Unidos. En efecto, cabe sostener que las condiciones sociales, económicas y de vivienda en la mayoría de los guetos han empeorado considerablemente en las tres últimas décadas, pese (¿o debido?) al esfuerzo sostenido de los programas sociales urbanos y las políticas de asistencia social¹⁴⁰. Propongo la hipótesis, junto con William J. Wilson y otros sociólogos¹⁴¹, de que existe una relación sistémica entre las transformaciones estructurales que he analizado como características de la nueva sociedad red y el abandono creciente del gueto: la constitución de una economía informacional/global, en las condiciones

¹³⁷ Da Costa Núñez, 1996, págs. 3-8.

¹³⁸ Susser, 1996.

¹³⁹ Drake y Cayton, 1945.

¹⁴⁰ Jones, 1992; Massey y Denton, 1993; Gans, 1995; Van Kempen y Marcuse, 1996.

¹⁴¹ Wilson, 1987, 1996; Wacquant, 1994, 1996; Susser, 1996.

¹³⁶ Cook y Brown, 1994.

de reestructuración del capitalismo; la crisis del Estado-nación, con una de sus principales manifestaciones en la crisis del Estado de bienestar; la desaparición de la familia patriarcal sin ser reemplazada por una forma alternativa de convivencia y socialización; el surgimiento de una economía criminal global pero descentralizada, que penetra en la sociedad y las instituciones a todos los niveles y domina ciertos territorios desde los que opera; y el proceso de alienación política y atrincheramiento comunal entre grandes segmentos de la población que son pobres y se sienten despojados de sus derechos. La discriminación racial y la segregación espacial siguen siendo importantes factores en la formación/reforzamiento de los guetos como sistemas de exclusión social. Pero sus efectos adquieren un nuevo significado y cada vez se vuelven más devastadores en las condiciones del informacionalismo, por las razones que trataré de explicar en los párrafos siguientes.

Para hacerlo, me basaré en el excelente análisis empírico propuesto por William J. Wilson en su libro de 1996 *When Work Disappears*. Sin embargo, aunque su interpretación me parece convincente en su tesis fundamental, la reformularé en mis propios términos, tanto para vincularla con la teoría presentada en esta obra, como para evitar hacer responsable a Wilson de mi interpretación de sus resultados. También utilizaré otras fuentes cuando sea necesario.

La formación de grandes guetos en el centro de las ciudades de los Estados Unidos metropolitanos es el resultado de una serie de procesos bien conocidos¹⁴². La mecanización de la agricultura del sur y la movilización de la mano de obra industrial, durante la Segunda Guerra Mundial y después de ella, condujo a una emigración masiva de jornaleros negros que se concentraron en los barrios que quedaron vacíos por el proceso de suburbanización estimulado por las políticas de vivienda y transporte federales. El desplazamiento masivo provocado por el programa federal de renovación urbana para mantener las empresas y los centros culturales en los núcleos metropolitanos aumentó aún más la concentración de negros y otras minorías en los barrios más degradados. La localización de los proyectos de vivienda social contribuyó a la segregación. El sistema de alquiler de los barrios bajos y el abandono residencial aceleraron el proceso de huida de las zonas pobres del centro urbano de todo aquel que tuviera la oportunidad. La organización de la escolarización según el lugar de residencia, en un sistema descentralizado que divide las ciudades de los suburbios, concentró a los niños desfavorecidos en un sistema de escuelas públicas escaso de fondos y de personal que pronto se deterioró. La pervisión de la tradición jeffersoniana de autogobierno local llevó a la disparidad fiscal entre necesidades y recursos, pues los suburbios disfrutaban

de mayores recursos y las ciudades sufren mayores necesidades. Éste es el modelo de formación del clásico gueto estadounidense, cuyas desigualdades sociales desataron revueltas sociales y protestas políticas en los años sesenta. Las políticas sociales que respondieron a la presión popular redujeron la discriminación institucional, dieron algún poder a las elites políticas afroamericanas y contribuyeron a la movilidad ascendente individual para los afroamericanos con mayor educación, la mayoría de los cuales se mudaron fuera del centro de las ciudades. Sin embargo, los residentes de los guetos vieron deteriorarse dramáticamente sus condiciones de vida durante el cuarto de siglo siguiente. ¿Por qué?

Wilson sustenta su interpretación, y estoy de acuerdo, en la transformación del trabajo y el empleo en las condiciones de informacionalización y globalización de la economía. No es que las nuevas tecnologías induzcan el desempleo: en el volumen I, capítulo 4, mostré que tanto los datos empíricos como los planteamientos analíticos desmienten el supuesto simplista de que las máquinas estén acabando paulatinamente con el trabajo y los trabajadores a gran escala. En efecto, en todo el mundo hay una expansión sin precedentes del trabajo remunerado mediante la incorporación masiva de las mujeres a la mano de obra y el desplazamiento de los trabajadores agrícolas hacia la industria, los servicios y la economía informacional urbana. Es precisamente esta globalización de la manufactura y el traslado de la producción a zonas de costes más bajos lo que contribuye principalmente a la eliminación de los trabajos que son más costosos de realizar en los Estados Unidos, pero no lo suficientemente cualificados como para requerir su localización en un medio altamente industrializado. La informacionalización estimula el aumento de puestos de trabajo más cualificados en los Estados Unidos, mientras que la globalización lleva los puestos de trabajo poco cualificados de la industria a los países de industrialización reciente¹⁴³. Así, en los Estados Unidos, se ha producido una reducción sustancial de puestos de trabajo en la industria, y sobre todo de puestos de trabajo de baja cualificación, precisamente el tipo de trabajos que llevó a los inmigrantes negros a las zonas urbanas y constituyó el núcleo estable de su empleo. Muchos de los nuevos puestos de trabajo de la economía informacional requieren un nivel educativo y unas capacidades verbales/relacionales que las escuelas públicas de los guetos rara vez proporcionan. Además, la nueva industria y una proporción creciente de puestos de trabajo en los servicios se han trasladado a los suburbios, disminuyendo su accesibilidad para los residentes del centro de las ciudades. Así, hay un desajuste creciente entre el perfil de muchos nuevos puestos de trabajo y el perfil de los negros pobres que viven en el gueto¹⁴⁴.

¹⁴² Castells, 1977, págs. 379-427.

¹⁴³ Carnoy *et al.*, 1997.

¹⁴⁴ Kasarda, 1990, 1995.

No obstante, hay otras fuentes de puestos de trabajo poco remunerados, sobre todo en los servicios sociales y en el sector público. Gracias a las políticas de discriminación positiva, éstas son las principales oportunidades laborales para las mujeres de los guetos, incluidas las negras¹⁴⁵. Sin embargo, es menos probable que los hombres negros con bajo nivel educativo obtengan estos puestos de trabajo. Además, la disminución del empleo público, que ha seguido al recorte de los servicios sociales en las dos últimas décadas, ha reducido la disponibilidad de puestos de trabajo públicos y aumentado los requisitos de educación de los aspirantes.

También hay trabajos humildes de baja cualificación (por ejemplo, actividades de limpieza y alimentación, así como servicios informales de construcción, reparación y mantenimiento). Por qué los hombres negros no obtienen fácilmente estos trabajos está menos claro en el análisis de Wilson. En mi opinión, la discriminación racial podría ser una causa. Pero Wilson no encuentra datos que lo apoyen, destacando en su lugar, por ejemplo, que los empleadores negros también son reacios a contratar hombres negros de los guetos. Alude a dos factores posibles. Por una parte, los resultados comparativamente mucho mejores de los inmigrantes mexicanos en el mercado laboral de actividades de servicios de baja cualificación parecen ser fruto de su disposición, y de la de otros grupos de inmigrantes, a aceptar un salario bajo y un trabajo duro en las condiciones discriminatorias que se les impone, debido a su vulnerabilidad, a menudo ligada con su condición de indocumentados. Así, parecería que las condiciones laborales y salariales a que aspiran muchos negros pobres, y que frecuentemente conducen a quejas y descontento mientras desempeñan un trabajo, son contraproducentes para la percepción de sus posibles empleadores, al inducir la idea de que los negros de los guetos son «trabajadores difíciles». Es más, los nuevos puestos de trabajo en los servicios suelen requerir una capacidad de relación de la que parecen carecer los negros pobres, sobre todo los hombres, lo que reduce sus posibilidades de empleo. Yo consideraría que, el racismo generalizado de la población, particularmente con los negros, es un factor importante, si no el único, de la mayor dificultad que plantea la relación con un empleado negro fuera de un contexto de clientela negra mayoritaria¹⁴⁶. Así, aunque puede que sea cierto que, debido a su deterioro, las escuelas no preparan a la mano de obra de baja cualificación para actividades relacionales e informacionales en la nueva economía de servicios, este nuevo obstáculo puede interactuar con una fuente más antigua de exclusión, a saber, las barreras raciales que sesgan la interacción social. También añadiría que la crisis de la vida familiar y la inestabilidad de los modelos de vida y trabajo en el gueto interactúan fuertemente con la dificultad de los hombres negros, sobre

¹⁴⁵ Carnoy, 1994.

¹⁴⁶ West, 1993.

todo los jóvenes, para encajar en el modelo de aceptabilidad social y ética laboral que sigue subyacente en las decisiones de contratación en muchas empresas. Por último, la pobreza y la crisis familiar en el gueto negro conducen a un deterioro de las redes sociales, lo que disminuye las posibilidades de encontrar trabajo a través de los contactos personales. Como sostiene Wilson, y Alejandro Portes y sus colaboradores han demostrado¹⁴⁷, esta situación contrasta marcadamente con la experiencia de los inmigrantes/minorías mexicanas y latinas, cuya estructura familiar más fuerte y amplias redes sociales proporcionan un apoyo considerable en las referencias e información laborales.

Como resultado de estas tendencias que se refuerzan mutuamente, en las zonas de los guetos negros está desapareciendo el trabajo formal, sobre todo para los hombres, e incluso más para los jóvenes. Wilson resalta que en estas zonas, además de tener tasas de desempleo más elevadas, sobre todo entre la juventud, hay un número considerable de adultos que han quedado fuera de la mano de obra y ni siquiera buscan trabajo. Cita los resultados de sus estudios sobre Woodlawn y Oakland (dos barrios pobres del South Side de Chicago) donde, en 1990, sólo el 37% y el 23% respectivamente de los adultos estaban trabajando en una semana determinada¹⁴⁸. Además, la mayoría de los hombres pobres también están excluidos de los programas del Estado de bienestar urbano¹⁴⁹.

No se deduce de ello que la mayoría de los adultos estén inactivos o no tengan acceso a fuentes de ingresos. La economía informal, y sobre todo la economía criminal, se han generalizado en muchos barrios pobres, que se convierten en el taller de esas actividades e influyen cada vez más en los hábitos y la cultura de segmentos de su población. La explosión del tráfico y consumo de crack y cocaína en los guetos negros en los años ochenta representó un punto crítico para muchas comunidades¹⁵⁰. Las bandas se convirtieron en importantes formas de organización y modelos de conducta de la juventud¹⁵¹. Al mismo tiempo, las armas son herramientas de trabajo, signos de autoestima y motivos de respeto ante los compañeros¹⁵². La presencia generalizada de las armas tiene un efecto multiplicador, ya que todos se apresuran a autodefenderse, después de que la policía renunciara a imponer la ley seriamente en diversos barrios pobres¹⁵³. Las transacciones económicas en estas zonas del centro de las ciudades casi siempre están marcadas por la economía criminal, como fuente de trabajo e ingresos, como actividad generadora de demanda y

¹⁴⁷ Portes, 1995; Wilson, 1996.

¹⁴⁸ Wilson, 1996, pág. 23.

¹⁴⁹ Susser, 1993.

¹⁵⁰ Bourgois y Dunlap, 1993; Bourgois, 1995.

¹⁵¹ Sánchez Jankowski, 1991.

¹⁵² Wilson, 1996.

¹⁵³ Susser, 1995.

cc dad operativa de protección/tributación en la economía informal. La competencia económica suele practicarse mediante la violencia, destruyendo aún más la vida comunitaria y propiciando que, aparte de con las iglesias de base comunitaria, las redes sociales supervivientes se identifiquen cada vez más con las bandas.

La crisis del gueto va más allá de la cuestión desempleo formal frente a empleo informal/criminal. Afecta a los modelos de formación de la familia en el contexto de la crisis del patriarcado que analizo en el volumen II, capítulo 4. La tendencia creciente a la paternidad individual y extramatrimonial no está de ningún modo vinculada con la pobreza o la cultura afroamericana. De hecho, en 1993, en los Estados Unidos, el 27% de los niños menores de dieciocho años vivían con un solo progenitor: el 21% de los niños blancos, el 32% de los niños hispanos y el 57% de los niños negros. Entre 1980 y 1992 la tasa de nacimientos fuera del matrimonio aumentó un 9% para los negros, pero un asombroso 94% para los blancos¹⁵⁴. Este aumento diferencial se debe, en parte, a la incidencia tradicionalmente alta de los nacimientos extramatrimoniales entre los afroamericanos. En efecto, la crisis de la familia negra ha sido un argumento decisivo de los sociólogos y los diseñadores de las políticas sociales durante largo tiempo. Pero también cabría sostener que, en lugar de considerarlo un síntoma de desviación social, podría reflejar un esfuerzo pionero de las mujeres negras por asumir el control de sus propias vidas, sin menudigar la responsabilidad de los hombres. Sean cuales fueren las razones históricas/culturales de la debilidad de la familia patriarcal entre los afroamericanos urbanos, este modelo, considerado en una perspectiva histórica, parece ser un precursor de los tiempos venideros para muchos estadounidenses, así como para mucha gente del mundo (véase el volumen II, capítulo 4).

Diversos factores, identificados por Wilson, parecen concurrir a que la mayoría de las familias en los barrios negros pobres estén centradas en torno a una mujer sola con niños. En primer lugar, está la falta de oportunidades de empleo para los jóvenes negros, lo que conlleva unos ingresos inciertos y, de este modo, una disminución de su capacidad para establecer compromisos. También añadiría que, dada las posibilidades que tienen los jóvenes del gueto de ser encarcelados o heridos o incluso de morir prematuramente, en algunos casos realmente cabría considerar una actitud responsable el no establecer una familia cuyo cuidado futuro es cuando menos incierto. En segundo lugar, Wilson documenta, basándose en los estudios etnográficos de su equipo, un extraordinario grado de desconfianza e incluso hostilidad entre los hombres y mujeres jóvenes de los barrios negros estudiados. Mi única advertencia sobre esta importante observación es que estudios similares entre los blancos de clase media de

¹⁵⁴ Wilson, 1996, pág. 87.

las grandes áreas metropolitanas podrían tener resultados no demasiado distintos. Sin embargo, la diferencia estriba en la actitud coherente de muchas mujeres afroamericanas al decidir no casarse y tener hijos fuera del matrimonio. Esta decisión —sugiere Wilson, de acuerdo con el estudio clásico de Drake y Cayton sobre el gueto negro¹⁵⁵— quizás esté relacionada con la falta de recompensas económicas y esperanzas de movilidad social vinculadas con el matrimonio, en contraste con los modelos de matrimonio en la clase media blanca. Sin beneficios económicos y sociales aparentes del matrimonio, y con una antigua desconfianza hacia el compromiso de los hombres, las jóvenes negras pobres cuentan con pocos incentivos para casarse y tener que resolver los problemas de los hombres además de los suyos. Así, mientras que en 1993 el 9% de los niños estadounidenses vivían con un progenitor que nunca se había casado, la proporción de niños negros era del 31%, pero era aún mayor entre los negros pobres. Según los datos de Wilson, en los barrios del centro de Chicago, casi un 60% de los adultos negros entre los dieciocho y los cuarenta y cuatro años nunca se había casado y entre los padres negros que vivían en zonas de extrema pobreza, sólo el 15,6% estaban casados¹⁵⁶. ¿Por qué las mujeres negras, y sobre todo las muy jóvenes, siguen decidiendo tener hijos? Parece ser, fundamentalmente, una cuestión de autoestima, de obtener respeto, de convertirse en alguien en su entorno social, además de tener a alguien propio y una meta tangible en la vida. Aunque la mayoría de los embarazos adolescentes son producto del amor/sexo sin mayor reflexión, la decisión de conservar al bebé suele asociarse con la asunción de la condición de mujer, en contraste con las escasas posibilidades de recibir educación o conseguir un trabajo gratificante en las condiciones de vida del gueto¹⁵⁷. Parece haber pocos datos que apoyen el argumento conservador según el cual las ayudas sociales para las madres solteras y sus hijos ofrecen un incentivo para la maternidad sin pareja¹⁵⁸. Sin embargo, una vez que las mujeres tienen hijos por su cuenta, fundamentalmente por razones personales, cada vez les resulta más difícil salir de la trampa de la asistencia social¹⁵⁹, porque el tipo de trabajo al que tienen acceso está tan mal pagado que no pueden afrontar el coste del cuidado infantil, el transporte, la vivienda y la salud (en general no cubierta por la mayoría de sus empleadores) con su salario. Así, a pesar de lo difícil que resulta sobrevivir con la asistencia social, se convierte en una opción mejor que trabajar, sobre todo cuando se tiene en cuenta la asistencia médica de los niños. Es probable que los

¹⁵⁵ Drake y Cayton, 1945.

¹⁵⁶ Wilson, 1996, pág. 89.

¹⁵⁷ Plotnick, 1990.

¹⁵⁸ Wilson, 1996, págs. 94 y 95.

¹⁵⁹ Susser y Kreniski, 1987.

drásticos recortes en la asistencia social para las madres solteras autorizados en enero de 1997 tengan efectos devastadores sobre las mujeres pobres y sus hijos, lo que provocará un deterioro mayor de la vida social en los barrios pobres hasta bien entrado el siglo XXI.

Con muchos hombres jóvenes sin trabajo ni familia, a quienes frecuentemente no quedan más oportunidades que las de la economía criminal, la ética del trabajo y las pautas del empleo difícilmente cumplen las expectativas de los presuntos empleadores, lo que proporciona la base material para reforzar los prejuicios sobre el empleo de hombres negros de los guetos y, en último término, sentencia su destino. Así, para los hombres negros, existe un vínculo entre desempleo y pobreza, pero son la discriminación racial y su ira contra esta discriminación las que especifican este vínculo.

La estructura espacial interactúa de forma decisiva con los procesos económicos, sociales y culturales que he descrito. La segregación urbana se refuerza por la creciente separación entre la lógica del espacio de los flujos y la lógica del espacio de los lugares que he identificado como características de la sociedad red (vol. I, cap. 6). El gueto como lugar cada vez está más confinado en su pobreza y marginalidad¹⁶⁰. Un factor decisivo en este sentido ha sido la movilidad ascendente de una proporción significativa de familias negras urbanas que, ayudadas por la política, la educación, los programas de discriminación positiva y su propio esfuerzo, se han ganado su lugar en la sociedad mayoritaria. En su gran mayoría, dejaron el centro de las ciudades para salvar a sus hijos de un sistema que estaba reproduciendo la exclusión y el estigma sociales. Pero, al salvarse individualmente, dejaron atrás, atrapados en las estructuras desmoronadas del gueto, a la mayoría del tercio de negros pobres (y a más del 40% de los niños negros) que forman ahora el segmento más necesitado de la población estadounidense. Además, el surgimiento del espacio de los flujos, que utiliza las telecomunicaciones y el transporte para enlazar lugares valiosos en un patrón no continuo, ha permitido la reconfiguración de áreas metropolitanas en torno a conexiones selectivas de actividades localizadas estratégicamente, sorteando las zonas indeseables, abandonadas a sí mismas. Primero la suburbanización, después el crecimiento extraurbano y la formación de los nodos periféricos de la «ciudad borde» (véase el volumen I, cap. 6), permitieron al mundo metropolitano privar a los guetos de su función y significado, separando espacio y sociedad de acuerdo con patrones de dualismo urbano y exclusión social¹⁶¹. El confinamiento espacial de los negros pobres reprodujo su exclusión creciente del mercado laboral formal, disminuyó sus oportunidades educativas, arruinó sus viviendas y entorno urbano, dejó sus barrios bajo la

¹⁶⁰ Wacquant, 1996.

¹⁶¹ Mollenkopf y Castells, 1991.

amenaza de las bandas criminales y, debido a su asociación simbólica con el crimen, la violencia y las drogas, deslegitimó sus opciones políticas. Los guetos del centro de las ciudades estadounidenses, y sobre todo el gueto negro, se han convertido en parte del infierno terrenal construido para castigar a las clases peligrosas de los pobres indignos. Y debido a que una gran proporción de niños negros están creciendo en esos barrios, los Estados Unidos están reproduciendo de forma sistemática su modelo más profundo de exclusión social, hostilidad interracial y violencia interpersonal.

Cuando la clase marginada va al infierno

La expresión última de la exclusión social es el confinamiento físico e institucional de un segmento de la sociedad en la cárcel o bajo la supervisión del sistema de justicia, en libertad vigilada o condicional. Los Estados Unidos poseen la dudosa distinción de ser el país con el porcentaje más elevado de población reclusa del mundo. El aumento más rápido de las tasas de encarcelamiento se dio desde 1980, un marcado incremento frente a las tendencias históricas (véase la figura 2.9). El 1 de enero de 1996, había al menos 1,6 millones de internos en prisiones y cárceles (locales, estatales y federales) y otros 3,8 millones más de personas en libertad bajo palabra y condicional, dando un total de 5,4 millones, lo que representaba el 2,8% del total de adultos, bajo supervisión correccional. Este número casi se ha triplicado desde 1980, aumentando a una tasa media anual del 7,4% (véase la figura 2.10). La proporción de internos en relación con la población general en 1996 era de 600 internos por 100.000 residentes en los Estados Unidos, una tasa que casi se ha duplicado en diez años. Las prisiones federales en 1996 operaban un 26% por encima de su capacidad y las estatales, entre un 14 y un 25% por encima de su capacidad¹⁶².

Esta población penal presenta un sesgo social y étnico: en 1991, el 53% de los internos eran negros y el 46%, blancos, aumentando la proporción de negros en los años noventa. Los hispanos constituyen el 13% de la población de las prisiones y el 14% de la de las cárceles. Los negros también suponen el 40% de los internos del Corredor de la Muerte. La relación entre las tasas de encarcelamiento de negros y blancos en 1990 era de 6,44. Los datos muestran que ello se debe en buena medida a la discriminación en las sentencias y al encarcelamiento preventivo más que a la frecuencia o las características de los delitos cometidos¹⁶³. En lo que

¹⁶² Departamento de Justicia, 1996; Gilliard y Beck, 1996.

¹⁶³ Tonry, 1995.

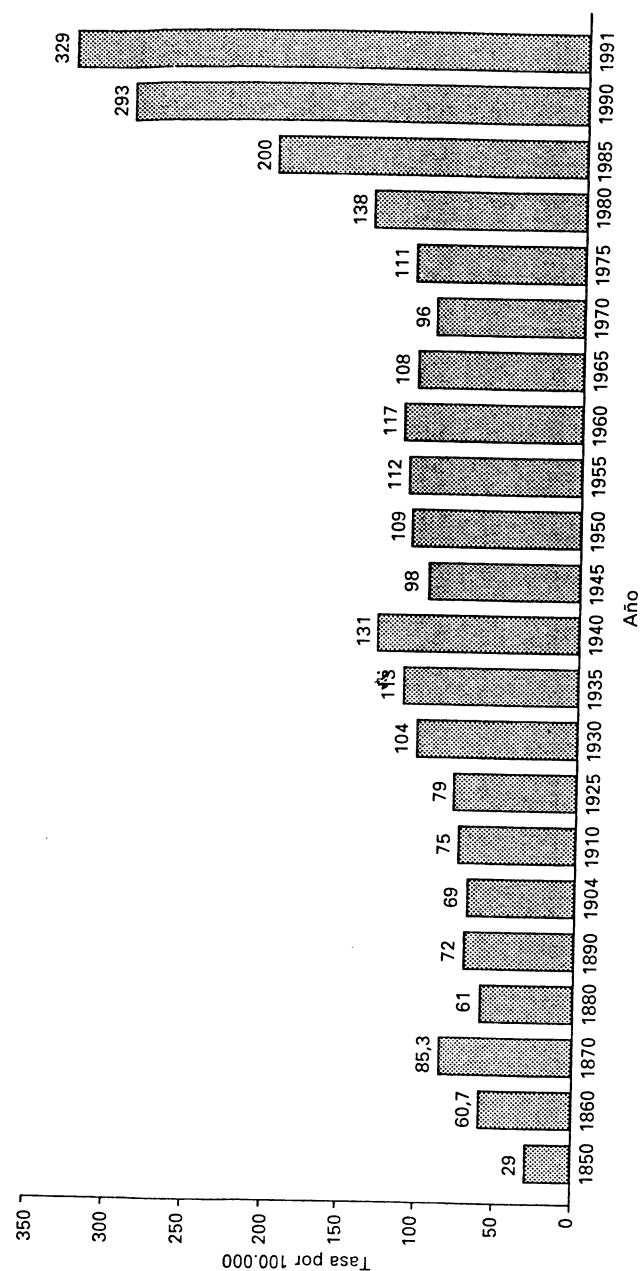


FIGURA 2.9 Tasas de encarcelamiento en Estados Unidos, 1850-1991.

Fuentes: Margaret Werner Cahalan, *Historical Corrections Statistics, 1850-1984*, Rockville, MD, Westat, 1986; Oficina de Estadística de Justicia, *Sourcebook of Criminal Justice Statistics, 1991*, Washington, DC, Departamento de Justicia de los Estados Unidos, 1992; Oficina de Estadística de Justicia, *Prisoners in 1991*, Washington, DC, Departamento de Justicia de los Estados Unidos, 1992, elaborada por Gilliard y Beck, 1996.

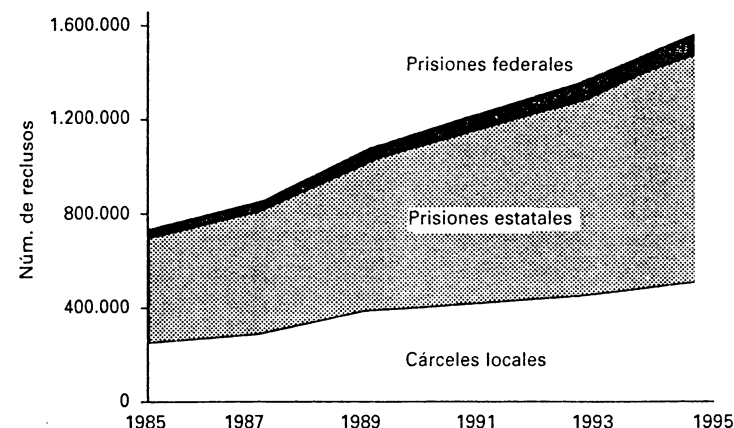


FIGURA 2.10 Número de internos en las prisiones estatales, federales o locales de los Estados Unidos, 1985-1995 (las cifras incluyen a los reclusos de las prisiones, así como a los que se hallan en cárceles locales debido a la sobrepoblación de las prisiones y a los presos bajo vigilancia en otros lugares, como centros de tratamiento. Los recuentos de 1994 y 1995 excluyen a las personas bajo vigilancia fuera de la cárcel. Total de personas en situación de privación de libertad bajo jurisdicción estatal, federal o local por 100.000 residentes estadounidenses).

Fuente: Boletín de la Oficina de Estadística de Justicia de los Estados Unidos, agosto de 1996.

respecta a los adultos en libertad condicional, en 1995, el 49% eran negros y el 21%, hispanos¹⁶⁴.

Veamos ahora más de cerca la evolución del sistema carcelario en California, el Estado que ostenta la distinción de poseer la mayor población penal de los Estados Unidos¹⁶⁵. El número de encarcelados en el Estado se multiplicó por cuatro entre 1980 y 1991. La tasa total de encarcelamientos a mediados de los años noventa es de 626 por 100.000 habitantes, lo que supone casi el doble de la de Sudáfrica o Rusia. La tasa de encarcelamientos para los blancos era de 215 por 100.000 habitantes, pero para los negros de 1.951 por 100.000. En la California de los años noventa, en torno a 4 de cada 10 jóvenes afroamericanos se encuentran bajo alguna forma de control de la justicia penal. Estas cifras son particularmente sorprendentes cuando se comparan con las de los afroamericanos que reciben educación universitaria. A comienzos de los años noventa, 27.707 es-

¹⁶⁴ Departamento de Justicia, 1996.

¹⁶⁵ Hewitt *et al.*, 1994; Koetting y Schiraldi, 1994; Schiraldi, 1994; Connolly *et al.*, 1996.

tudiantes afroamericanos asistían a una universidad pública en California, mientras que 44.792 estaban en prisión. El Departamento de Correccionales californianos advirtió en 1996 que sus prisiones funcionaban a un 194% de su capacidad y estimaba que para el 2005 tendrían que construirse 24 nuevas prisiones para soportar la tasa de encarcelamiento. Las proyecciones indicaban que la tasa de ocupación alcanzaría el 256% de su capacidad en 1996. El sistema se orientaba enteramente al castigo y la supuesta disuasión. La rehabilitación como meta del encarcelamiento desapareció del Código Penal californiano en 1977¹⁶⁶.

Irwin, Austin, Tonry, Welch y Mergenhagen¹⁶⁷, entre otros, han establecido cuidadosamente el perfil de la población carcelaria, las razones de su encarcelamiento y sus consecuencias sociales. Descubrieron que la mayoría de los delitos no son violentos. En efecto, en 1990, el 28% de los reclusos habían sido encarcelados por violar la libertad condicional, en dos tercios de los casos por violaciones técnicas de la libertad condicional, sin cometer un delito. En cuanto al 68% con sentencia judicial, en torno a un 70% fueron sentenciados por delitos no violentos (robo con allanamiento de morada, posesión o tráfico de drogas, hurto, delitos contra el orden público). En 1993, el 26% de los internos estaban en prisión por delitos relacionados con la droga, en ascenso desde el 8% de 1980, mientras que los porcentajes de los encarcelados por delitos violentos (incluido el robo) descendieron del 57% al 45%¹⁶⁸. En su investigación, Irwin y Austin revelaron que la mayoría de los delitos «eran mucho menos graves que las imágenes populares propiciadas por quienes hacen un tema sensacionalista del delito. [...] Los guetos de nuestras ciudades contienen realmente un número creciente de hombres jóvenes, en su mayoría no blancos, que acaban involucrados en pequeños delitos no profesionales debido a que carecen de vías para llevar una vida convencional satisfactoria»¹⁶⁹. En efecto, el 64% de los internos carecen de una educación secundaria formal y la mayoría «no tienen educación ni preparación (en el delito así como en otras actividades) y son personas extremadamente desorganizadas»¹⁷⁰. Hay un rápido incremento de menores bajo el sistema de justicia penal: 600.000 en 1991, de los cuales 100.000 estaban en prisiones o centros correccionales. Las mujeres sólo representan el 6% de los encarcelados, pero su proporción está subiendo rápidamente, desde el 4% en 1980. El 6% de ellas llegan a la prisión embarazadas. La mayoría de los internos son padres: el 78% de las mujeres y el 64% de los hombres tienen hijos menores de dieciocho años. Esto, aparentemente, constituye

un buen negocio para las compañías telefónicas, ya que los reclusos llaman a cobro revertido para mantenerse en contacto con sus hijos, de tal modo que, según un informe de *The Wall Street Journal*, un solo teléfono de prisión puede rendir hasta 15.000 dólares anuales brutos. Además, las cárceles son lugares peligrosos, infestados de consumo de droga y violencia, controlados por bandas con frecuencia relacionadas con los guardias de la prisión. La salud es un tema importante. Un tercio de los internos de las prisiones estatales participan en programas de tratamiento de la drogadicción y casi un 3% de los mismos son seropositivos o están enfermos de sida. La incidencia de la tuberculosis es cuatro veces mayor que en la población general, y en torno a un cuarto de los internos tiene algún tipo de problema de psiquiatría clínica¹⁷¹.

La sociedad de la prisión reproduce, y acrecienta, la cultura de la delincuencia, de tal modo que las posibilidades de integración social de los que ingresan en prisión disminuyen de forma sustancial, tanto debido al estigma social como a sus secuelas internas. En palabras de Irwin y Austin, «las prisiones se han convertido en verdaderos almacenes humanos, a menudo extremadamente abarrotados, violentos y crueles»¹⁷². Y ello a un coste muy elevado para los contribuyentes: unos 39.000 dólares anuales por interno. Como en el viejo dicho de los criminólogos, cuesta más enviar a un joven a la cárcel que a Yale. En los años noventa, el Estado de California gasta tanto dinero en sus prisiones como en su sistema educativo (en torno al 9% del presupuesto estatal para cada partida).

Diversos estudios han demostrado el escaso impacto del castigo sobre la incidencia real del delito¹⁷³. En palabras de Robert Gangi, director de la Asociación Correccional de Nueva York: «Construir más prisiones para afrontar el delito es como construir más cementerios para afrontar una enfermedad mortal»¹⁷⁴. No obstante, el castigo masivo de la desviación social sí que tiene un efecto considerable, mucho más allá de su valor instrumental como disuasorio del delito: marca las fronteras de la exclusión social culpando a los excluidos de su situación, deslegitimando su rebelión potencial y confinando los problemas sociales en un infierno fabricado. La conversión de una proporción considerable de los hombres jóvenes de la clase marginal en una clase peligrosa muy bien puede ser la expresión más dramática del nuevo dilema estadounidense en la era de la información.

¹⁶⁶ Connolly *et al.*, 1996.

¹⁶⁷ Irwin, 1985; Irwin y Austin, 1994; Tonry, 1995; Welch, 1994, 1995; y Mergenhagen, 1996.

¹⁶⁸ Mergenhagen, 1996.

¹⁶⁹ Irwin y Austin, 1994, págs. 59 y 60.

¹⁷⁰ Irwin y Austin, 1994, pág. 143.

¹⁷¹ Mergenhagen, 1996.

¹⁷² Irwin y Austin, 1994, pág. 144.

¹⁷³ Roberts (ed.), 1994; Lynch y Paterson (eds.), 1995.

¹⁷⁴ Citado por Smolowe, 1994, pág. 55.

GLOBALIZACIÓN, SOBREEXPLOTACIÓN Y EXCLUSIÓN SOCIAL: LA VISIÓN DESDE LOS NIÑOS

Si quedaban algunas dudas sobre el hecho de que la principal cuestión laboral en la era de la información no es el fin del trabajo, sino la condición de los trabajadores, se han disipado definitivamente por la explosión del trabajo infantil mal pagado en la última década. Según el informe publicado por la Oficina Internacional del Trabajo en noviembre de 1996¹⁷⁵, unos 250 millones de niños entre los cinco y los catorce años trabajaban por un salario en los países en vías de desarrollo, de los cuales 120 millones lo hacían a tiempo completo. Estos cálculos, basados en una metodología mejorada —y contando a los niños de cinco a diez años por primera vez—, duplicaron las estimaciones previas. Unos 153 millones de estos niños trabajadores estaban en Asia, 80 millones en África y 17,5 millones en América Latina. Sin embargo, África posee la incidencia más elevada de trabajo infantil, en torno al 40% de los niños entre los cinco y los catorce años. Un estudio de 1995 de la OIT sobre el trabajo infantil en Ghana, India, Indonesia y Senegal determinó que el 25% de los niños entre cinco y catorce años participaban en la actividad económica y que en torno al 33% no estaba escolarizado. La OIT también informa, sin cuantificarlo, de un aumento significativo del trabajo infantil en los países de Europa Oriental y Asia en transición a una economía de mercado¹⁷⁶. Aunque la gran mayoría de los niños trabajadores se encuentran en el mundo en vías de desarrollo, el fenómeno también está en ascenso en los países capitalistas avanzados, sobre todo en los Estados Unidos, donde los locales de comida rápida prosperan basándose en el trabajo adolescente y otros negocios —por ejemplo, la venta comercial de golosinas— le siguen el paso. En 1992, el Departamento de Trabajo registró 19.443 delitos contra las leyes sobre el trabajo infantil, el doble que en 1980. Además del principal culpable, la industria de comida rápida, se informó de otros casos de niños inmigrantes que trabajaban ilegalmente en talleres textiles de Manhattan, obras de construcción en el Bronx o granjas de Tejas, California y Florida. El Instituto Nacional de Seguridad en el Trabajo estima que, cada año, 300 niños mueren y 70.000 resultan heridos en el trabajo. Dumaine, citando a expertos, atribuye el aumento del trabajo infantil en los Estados Unidos al deterioro de las condiciones de vida de la clase obrera y al incremento de la inmigración indocumentada¹⁷⁷. Lavalette encuentra una expansión similar del trabajo infantil en Gran Bretaña. Cita estudios según los cuales, de los niños en edad escolar entre trece y dieciséis años, el 80% de las niñas y el 69% de los niños tenían alguna

¹⁷⁵ OIT, 1996.

¹⁷⁶ OIT, 1996, págs. 7 y 8.

¹⁷⁷ Dumaine, 1993.

forma de empleo; en Birmingham, un estudio de 1.827 niños en edad escolar entre diez y dieciséis años reveló que el 43,7% estaba trabajando de algún modo o había tenido un trabajo hacía poco tiempo¹⁷⁸. Afirma que «los estudios existentes sobre el trabajo infantil a tiempo parcial en las economías avanzadas, aunque no son numerosos, sugieren que el empleo infantil es una actividad generalizada, realizada por una pequeña recompensa y en condiciones laborales precarias»¹⁷⁹. Fuera del alcance de la observación estadística, un gran número de niños, tanto en los países desarrollados como en vías de desarrollo, participan en actividades generadoras de ingresos vinculadas con la economía criminal, sobre todo en el tráfico de drogas, hurtos pequeños y la mendicidad organizada¹⁸⁰. En buena medida, la proliferación de los niños de las calles está ligada a estas actividades. Así, los estudios sobre Brasil, cuyas ciudades, y sobre todo Río de Janeiro, se han citado como el ejemplo más llamativo de miles de niños viviendo en las calles, muestran que, de hecho, la mayoría de ellos vuelven a sus pobres hogares al terminar el día, llevando sus escasas ganancias a la familia. Un estudio de 1989 sobre los niños de la calle de Río determinó que los que viven solos en las calles, sin su familia, suponían nada más el 14,6% del total, entre los cuales el 80% eran adictos a las drogas. Otro 13,6% carecía de techo, pero compartía la vida de la calle con su familia. El 21,4% vivía en el hogar familiar y trabajaba en la calle bajo el control de su familia. La mayoría (el 50,5%) tenía contacto con su familia, pero trabajaba en las calles de forma independiente y ocasionalmente dormía en ellas. No obstante, todas las categorías compartían un alto riesgo de violencia y muerte, a menudo a manos de los «vigilantes» y policías encargados de las «limpiezas callejeras»¹⁸¹. Pedrazzini y Sánchez informan de una situación similar entre los «malandros» de Caracas¹⁸².

Según la OIT, el trabajo infantil está presente en todo un conjunto de actividades, muchas de ellas muy peligrosas¹⁸³. Además del conocido caso del tejido de alfombras, una industria exportadora que en India y Pakistán utiliza el trabajo infantil a gran escala, se informa de niños trabajadores en la industria del latón en la India; en las fábricas de ladrillos de Pakistán; en la pesca de Muro-ami (que supone bucear a grandes profundidades) en el sureste asiático; en las plantaciones envenenadas con pesticidas de Sri Lanka; en los talleres de reparación y las carpinterías llenos de emanaciones tóxicas de Egipto, Filipinas y Turquía; en minas en África, Asia y América Latina; y en millones de hogares, como trabajadores domésticos, frecuentemente expuestos al abuso. Así, unos 5 millones

¹⁷⁸ Lavalette, 1994, págs. 29-31.

¹⁷⁹ Lavalette, 1994, pág. 1.

¹⁸⁰ Hallinan, 1994; Pedrazzini y Sánchez, 1996.

¹⁸¹ Rizzini, 1994.

¹⁸² Pedrazzini y Sánchez, 1996.

¹⁸³ OIT, 1996.

de niños están empleados como trabajadores domésticos en Indonesia y medio millón en Sri Lanka. En Venezuela, el 60% de las niñas trabajadoras entre los diez y los catorce años lo hacen en el servicio doméstico. Una proporción sustancial de trabajadores domésticos infantiles son muy jóvenes: el 24% en Bangladesh y el 26% en Venezuela tenían menos de diez años. Estos trabajadores domésticos tienen jornadas incluso de diez a quince horas diarias y los estudios informan de lo que la OIT describe como «una prueba alarmante de abuso físico, mental y sexual de adolescentes y mujeres jóvenes que trabajan como sirvientas domésticas»¹⁸⁴.

El rápido crecimiento del turismo global, una industria que en la actualidad emplea en torno al 7% de toda la mano de obra global, también es una importante fuente de trabajo infantil en todo el mundo¹⁸⁵. Como es una industria que utiliza mano de obra intensivamente, de actividad estacional e irregular, es muy proclive al empleo de mano de obra flexible y barata, es decir, trabajo infantil. Entre estos trabajos están botones, camareras, doncellas, cobradores en los taxis colectivos, masajistas, recepcionistas, «animadores», recogepeleas, *caddies*, mensajeros, servidores de té y aperitivos, cuidadores de tumbonas y ponys en las playas, etc. El salario es extremadamente bajo: un estudio sobre Acapulco (México) del que informa Black reveló que se empleaba a niños entre siete y doce años como servidores de bebidas sin más paga que las propinas y pequeñas comisiones por bebida servida¹⁸⁶. Esto parece coincidir con los informes de otros países.

En algunos casos, el trabajo infantil está relacionado con actividades horribles. Así, en la Kabul sumida en la pobreza y desgarrada por la guerra, en 1996, muchos niños participaban, para beneficio de sus familias, en el rentable robo y contrabando de huesos humanos. Obtenían los huesos de los cementerios, los mezclaban (para disfrazar su origen) con huesos de perros, vacas y caballos, y los vendían a los intermediarios para mandarlos a Pakistán, donde eran usados para hacer aceite de cocina, jabón, pienso para pollos y botones. Un niño que participara en este comercio obtenía unos 12 dólares mensuales, tres veces el salario de un funcionario civil en el Afganistán dominado por los talibanes¹⁸⁷.

Un tipo particularmente explotador de trabajo infantil es el cautivo. En el informe de 1996 de la OIT se lee: «La esclavitud no ha muerto. Las sociedades se resisten a aceptar que aún la albergan, pero, como puede deducirse de los casos informados a la OIT, numerosos niños están atrapados en la esclavitud en muchas partes del mundo. De todos los niños trabajadores, sin duda éstos son los que se hallan en una situación más

peligrosa»¹⁸⁸. Así, de acuerdo con un estudio de 1994 del Departamento de Trabajo estadounidense:

En India, donde los cálculos conservadores de trabajadores cautivos niños y adultos parten de 3 millones, la esclavitud por deudas se produce cuando una persona que necesita un préstamo y no tiene garantía que ofrecer empeña su trabajo o el de alguien bajo su control como tal garantía [...] Hay cada vez más informes sobre niños trabajadores cautivos tanto en el sector de servicios como en el de la manufactura en India [...] En algunos países, los reclutadores peinan el campo pagando a los padres para que envíen a sus hijos a trabajar en las fábricas. Por ejemplo, en Tailandia, muchos niños trabajadores provienen de las zonas más pobres de las regiones nororientales, que han sido vendidos por sus padres o son parte de un acuerdo de esclavitud por deudas. Con frecuencia, «agencias de empleo» carentes de escrúpulos negocian la transacción y envían a los niños a industrias como la del pelado de gambas o la prostitución. En Filipinas, en dos redadas distintas de una fábrica de conservas de sardinas se encontró a niños de once años llenando latas con lonjas de pescado para pagar la deuda contraída con el reclutador de mano de obra¹⁸⁹.

El informe está lleno de estudios particulares de diversos países que documentan el cautiverio infantil. Otro informe del Departamento de Trabajo de los Estados Unidos proporciona amplias pruebas del empleo de trabajo infantil forzado y cautivo en la agricultura comercial, así como las dañinas consecuencias de su exposición a edad tan temprana a fertilizantes y pesticidas químicos¹⁹⁰.

¿Por qué este auge en el trabajo infantil? En primer lugar, es el resultado de la profundización simultánea de la pobreza y la globalización de la actividad económica. La crisis de las economías de subsistencia y el empobrecimiento de grandes segmentos de la población, según se ha documentado anteriormente, fuerzan a las familias y a sus hijos a todo tipo de estrategias de supervivencia: no hay tiempo para ir a la escuela, la familia necesita tantos ingresos como sea posible, y los necesita ahora mismo. Las familias, empujadas por la necesidad, a veces ofrecen a sus hijos para el trabajo cautivo o los envían a las calles. Los estudios han determinado la influencia de las familias de gran tamaño en el trabajo infantil: cuanto mayor es el número de hijos, más posibilidades hay de que se seleccione a unos para ir a la escuela y a otros para ir a las calles. Sin embargo, los mismos estudios también muestran que el efecto del tamaño de la familia sobre el trabajo infantil se reduce marcadamente en países o regiones con políticas de asistencia social más desarrolladas¹⁹¹.

¹⁸⁴ OIT, 1996, pág. 15.

¹⁸⁵ Black, 1995.

¹⁸⁶ Black, 1995.

¹⁸⁷ *The New York Times Magazine*, 12 de enero de 1997, págs. 30-32.

¹⁸⁸ OIT, 1996, pág. 15.

¹⁸⁹ Departamento de Trabajo estadounidense, 1994, pág. 19.

¹⁹⁰ Departamento de Trabajo estadounidense, 1995.

¹⁹¹ Grootaert y Kanbur, 1995.

Por otra parte, la globalización de las actividades económicas proporciona la oportunidad de obtener ganancias sustanciales empleando a los niños, contando con la diferencia entre el coste de un niño trabajador en los países en vías de desarrollo y el precio de los bienes y servicios en los mercados prósperos. Éste es claramente el caso en la industria turística internacional. Los lujosos servicios que los turistas de renta media se pueden permitir en muchos «paraísos tropicales» se basan en buena medida en la sobreexplotación de la mano de obra local, incluidos muchos niños, como ha documentado Black¹⁹². No obstante, el informe de 1996 de la OIT sostiene que los costes laborales no son necesariamente los principales determinantes para contratar niños. En India, por ejemplo, parece que el ahorro derivado de contratar mano de obra infantil sólo representa el 5% del precio final de los brazaletes y entre un 5 y un 10% de las alfombras. Entonces, ¿por qué contratar niños? Según el informe, «la respuesta se encuentra en *dónde* se producen las ganancias de contratar mano de obra infantil. En la fabricación de las alfombras, por ejemplo, son los propietarios de los telares que supervisan el tejido quienes se benefician directamente. Muy numerosos, suelen ser pequeños contratistas pobres que trabajan con un margen de beneficio muy reducido y que pueden hasta duplicar su escasa renta utilizando niños trabajadores»¹⁹³. Así pues, *es la interconexión entre los pequeños productores y las grandes empresas que exportan a los mercados prósperos, a menudo con la intermediación de comerciantes al por mayor y grandes almacenes de estos mercados, lo que explica tanto la flexibilidad como la rentabilidad de la industria*. Un estudio de 1994 del Departamento de Trabajo de los Estados Unidos también reveló que, aunque la mayoría de los niños no trabajaban directamente en empresas orientadas a la exportación, la expansión de las redes de subcontratación y de la producción en el hogar en muchos países estaba incorporando a los niños a las industrias de exportación. Por ejemplo, un estudio de una muestra de costureras de la industria textil en América Latina reveló que el 80% eran mujeres que trabajaban en casa. De ellas, el 34% tenía la ayuda de sus hijos y, de las que trabajaban 50 horas semanales, el 40% tenía a sus hijos como ayudantes. En otro ejemplo, la mayoría de los trabajadores de las maquiladoras de México orientadas a la exportación son mujeres jóvenes, de catorce a veinte años; se piensa que entre ellas también hay algunas menores de catorce años¹⁹⁴.

Sin embargo, el factor más importante del empleo de niños parece ser su *indefensión*, que conduce a una imposición relativamente fácil de una paga mínima y atroces condiciones laborales. Como afirma el informe de la OIT:

¹⁹² Balck, 1995.

¹⁹³ OIT, 1996, pág. 19.

¹⁹⁴ Departamento de Trabajo estadounidense, 1994, pág. 19.

Puesto que los niños no poseen una cualificación irremplazable y con frecuencia no son mucho menos costosos que los adultos, parece que una importante explicación para contratarlos no es económica. Hay muchas razones no monetarias, pero la más importante parece ser el hecho de que los niños son menos conscientes de sus derechos, menos problemáticos y están más dispuestos a aceptar órdenes y a realizar un trabajo monótono sin quejarse, son más fiables, menos proclives al robo y es menos probable que se ausenten del trabajo. La tasa de absentismo inferior de los niños es especialmente valiosa para los empleadores de industrias del sector informal donde los trabajadores se emplean día a día eventualmente, por lo que ha de encontrarse un contingente completo de trabajadores cada día¹⁹⁵.

Los niños como mano de obra lista para usar y tirar es la última frontera de la sobreexplotación en el capitalismo global interconectado. ¿O no lo es?

La explotación sexual de los niños

Sin duda, mi pregunta es retórica. Hay cosas mucho peores en la situación actual de muchos niños: se han convertido en artículos sexuales en una industria a gran escala, organizada internacionalmente mediante el uso de tecnología avanzada y aprovechando la globalización del turismo y las imágenes. El Congreso Mundial contra la Explotación Sexual de los Niños, que se celebró en Estocolmo del 27 al 31 de agosto de 1996, reunió un conjunto impresionante de documentos que proporcionaban pruebas de la extensión de esta explotación, de su rápida difusión y de las causas subyacentes en el fenómeno¹⁹⁶. Las estadísticas no pueden ser precisas en este tema, pero los cálculos empíricos fiables señalan la importancia del problema y su rápido crecimiento, asociado con frecuencia a la globalización del turismo y a la búsqueda perversa de disfrute sexual más allá del consumo sexual normalizado¹⁹⁷. En Tailandia, centro de la industria del sexo global, el Centro para la Protección de los Derechos de los Niños, una prestigiosa organización no gubernamental, calcula que hay 800.000 niños en la prostitución, la mayoría infectados con el VIH. En efecto, la virginidad es una mercancía bien pagada y las relaciones sexuales sin preservativo se cotizan mucho. Un estudio de 1991 de *India Today* estableció el número de prostitutas infantiles en India entre 400.000 y 500.000. En Sri Lanka, los cálculos son de unas 20.000. En la diminuta República Dominicana, más de 25.000 menores se dedican a la prostitución. Otro estudio contabilizó 3.000 menores prostituyéndose en Bogotá. Beyer calcula que Brasil tiene unos 200.000 adolescentes en la prostitución y Perú en

¹⁹⁵ OIT, 1996, pág. 20.

¹⁹⁶ Congreso Mundial, 1996.

¹⁹⁷ *Christian Science Monitor*, 1996.

to... medio millón¹⁹⁸. Pero el problema no se restringe de ningún modo a los países en vías de desarrollo. El Consejo de Europa calculó que en París, en 1988, 5.000 niños y 3.000 niñas trabajaban prostituyéndose en las calles; la Internacional para la Defensa del Niño evaluó en 1.000 el número de niños prostituidos en los Países Bajos en 1990; y un estudio de 1996 presentado al Congreso Mundial indicaba un aumento sustancial de la prostitución infantil entre los niños rusos, polacos, rumanos, húngaros y checos¹⁹⁹. En Bélgica, una de las mayores manifestaciones políticas tuvo lugar en Bruselas el 20 de octubre de 1996 para protestar contra la ocultación gubernamental de las implicaciones del asesinato de cuatro niñas, aparentemente vinculado con un círculo de prostitución infantil en el que pueden estar implicados destacados políticos²⁰⁰.

Uno de los mercados de crecimiento más rápido para la prostitución infantil se encuentra en los Estados Unidos y Canadá, donde, en 1996, había entre 100.000 y 300.000 niños prostituidos, según los cálculos²⁰¹. Algunas zonas del país están en el punto de mira. Por ejemplo, a los proxenetas de Nueva York les gusta reclutar a sus esclavos sexuales en Kansas y Florida. Trasladan a los niños de ciudad en ciudad para mantenerlos en entornos desconocidos; los tienen encerrados y no les dan dinero. ¿Cómo llegan los niños a esta situación? Según un informe del Departamento de Trabajo, las razones pueden variar:

Padres que venden a sabiendas a sus hijos a los reclutadores para aumentar la renta familiar, reclutadores que hacen falsas promesas, niños raptados o que huyen y son atraídos a la prostitución para sobrevivir en las calles... No importa cuál sea la causa, el resultado es el mismo. Una industria grande y rentable está deseosa de explotar sexualmente a los niños para satisfacer la demanda de prostitución infantil. Los niños suelen quedar aterrados de por vida, que puede ser corta, ya que los peligros ocupacionales como el sida y otras enfermedades de transmisión sexual o el maltrato físico brutal suelen matarlos²⁰².

Relacionada con la prostitución, pero como un segmento distinto de la floreciente industria del sexo, está la pornografía infantil. La tecnología es un factor importante para impulsar esta industria. Cámaras y reproductores de vídeos, mesas de edición caseras, gráficos por ordenador, todos ellos han trasladado la industria porno infantil al hogar, dificultando la tarea de la policía. Internet han abierto nuevos canales de información para quienes buscan acceso a los niños para obtener sexo. En algunos casos, han sido pedófilos encarcelados quienes han operado desde la

¹⁹⁸ Beyer, 1996.

¹⁹⁹ Congreso Mundial, 1996.

²⁰⁰ *The Economist*, 1996b: Trueheart, 1996.

²⁰¹ Clayton, 1996; Flores, 1996.

²⁰² Departamento de Trabajo estadounidense, 1995, pág. 11.

prisión los sistemas de información informáticos. Así, un pueblo empobrecido y desindustrializado del norte de Minnesota descubrió que sus niños eran el blanco específico en los registros confiscados por la policía a una red de pedofilia que los internos pusieron en funcionamiento desde la cárcel. Como las imágenes pornográficas y los videoclips pueden cargarse y descargarse de forma casi anónima, se ha desarrollado una red global de pornografía infantil, de un modo completamente descentralizado y con pocas posibilidades de hacerse cumplir la ley²⁰³. En efecto, la pornografía infantil en línea es un importante argumento para establecer la censura en Internet. Es más fácil culpar al mensajero que cuestionar las fuentes del mensaje; es decir, preguntar por qué nuestra sociedad informacional participa en esta actividad a escala tan grande. Los principales productores y distribuidores de pornografía infantil (muchos de la cual versa sobre niños y no sobre niñas) son empresas legales localizadas en entornos permisivos en sociedades de alta tecnología, como Japón, Dinamarca, Holanda y Suecia²⁰⁴.

Diversos análisis sobre las razones de este auge sorprendente de la industria global de sexo infantil (distinto del tradicional abuso sexual de los niños a lo largo de la historia) convergen hacia un conjunto de factores. Primero está la globalización de los mercados de todo y desde cualquier sitio a cualquier otro, ya sea viajes sexuales organizados o distribución audiovisual de material pornográfico por todo el mundo. El anonimato, garantizado por el hogar electrónico o por el viaje exótico, ayuda a romper la barrera del temor a las masas de pervertidos que viven entre nosotros. La escapada a otra transgresión para encontrar excitación sexual en una sociedad de sexualidad normalizada (véase el volumen II, cap. 4) alimenta la demanda de nuevas emociones, sobre todo entre los segmentos adinerados de los profesionales aburridos.

Del lado de la oferta, la pobreza y la crisis de la familia proporcionan la materia prima. La vinculación entre la oferta y la demanda suelen realizarla las redes criminales globales que controlan gran parte de la prostitución de todo el mundo y siempre están esforzándose por encontrar nuevas líneas de producto y mercados más rentables. De forma específica, las redes de prostitución infantil del sureste asiático compran niños en las zonas rurales más pobres de Tailandia, Camboya, Filipinas y otros países, para alimentar sus redes de distribución en Asia, orientadas sobre todo a los centros turísticos internacionales y Japón, en cooperación con los *yakuzas*. Bangkok, Manila y Osaka son lugares internacionalmente famosos para la prostitución infantil. Por último, como afirmó el documento del Congreso Mundial de 1996, el interés de los medios de comunicación en la pornografía y prostitución infantiles puede alimentar la demanda de

²⁰³ Congreso Mundial, 1996.

²⁰⁴ Healy, 1996.

forma no intencionada, y el fácil acceso a la información abre rutas de suministro y aumenta la demanda.

Así, la sociedad red se devora a sí misma, a medida que consume/destruye un número suficientes de sus propios niños como para perder el sentido de la continuidad de la vida a través de las generaciones, negando de este modo el futuro de los humanos como especie humana.

La muerte de los niños: las matanzas de las guerras y los niños soldados

Todavía hay algo más de lo que hablar en esta negación de nosotros mismos. En este fin de milenio, en países de todo el mundo, sobre todo (pero de ningún modo solamente) en la región más devastada, África, millones de niños han muerto o están muriendo por la guerra. Y decenas de miles se han transformado o se están transformando en animales combatientes/moribundos para alimentar las lentas guerras sangrientas y sin sentido que asuelan el planeta. Según el informe de 1996 de UNICEF sobre el *State of the World's Children*²⁰⁵, dedicado fundamentalmente al impacto de la guerra sobre los niños, durante la última década, como efecto directo de ésta, en este mundo posterior a la guerra fría, dos millones de niños resultaron muertos, entre cuatro y cinco millones quedaron inválidos, más de un millón quedaron huérfanos o separados de sus padres, 12 millones perdieron su hogar y más de 10 millones sufrieron traumas psicológicos. La proporción creciente de niños entre las víctimas de la guerra se debe al carácter de estas nuevas guerras olvidadas, una vez que el mundo rico decidió vivir en paz (véase el volumen I, capítulo 7). Como afirma el informe de UNICEF:

Son mucho más complejas que las batallas tradicionales entre ejércitos contendientes: se trata de guerras entre militares y civiles, o entre grupos rivales de civiles armados. Hay tantas probabilidades de que la lucha se desarrolle en las aldeas y las calles de las afueras como en cualquier otro lugar. En este caso, el enemigo está por todas partes y las distinciones entre combatientes y no combatientes se funden en las sospechas y las confrontaciones de la lucha diaria²⁰⁶.

Pero también se lleva cada vez a más niños como soldados a esas guerras. Cohn y Goodwin han investigado este tema en profundidad²⁰⁷ y documentan hasta qué punto cientos de miles de niños han sido reclutados en los ejércitos regulares de los estados (como en Irán o Bosnia), en la milicia rebelde y en bandas de delincuentes. En algunos casos, simplemente se mandó a los niños a morir en los campos de minas. En otros,

²⁰⁵ Bellamy, 1996.

²⁰⁶ Bellamy, 1996, pág. 14.

²⁰⁷ Cohn y Goodwin, 1994.

como en las guerrillas antigubernamentales de la RENAMO de Mozambique o los Jemeros Rojos de Camboya, se torturaba a los niños durante un periodo para hacerlos guerreros feroces, si bien traumatizados psíquicamente. En todos los casos, los niños se unen o son obligados a unirse a estos valientes dirigentes militares a falta de otras alternativas. La pobreza, el desplazamiento, la separación de sus familias, la manipulación ideológica o religiosa, todo desempeña un papel²⁰⁸. En algunos casos, como entre los rebeldes del Zaire oriental en 1996, se hacía creer a los niños que tenían poderes mágicos y que no podían morir. En otros, el sentimiento de poder, de suscitar miedo, de «convertirse en un hombre» o un guerrero, son impulsos poderosos para atraerlos. En todos los casos, los niños parecen ser luchadores feroces, dispuestos a matar, dispuestos a morir, sin darse mucha cuenta de la frontera real entre guerra y juego, vida y muerte. Con la extraordinaria potencia de fuego en armas ligeras y transportables que proporciona la nueva tecnología bélica, estos ejércitos de niños son capaces de infligir bajas tremendas. Mutuamente. En cuanto a los supervivientes, en palabras de Cohn y Goodwin, «los niños que han participado en hostilidades suelen quedar marcados de por vida, mental, moral y físicamente»²⁰⁹.

Por qué se destruye a los niños

¿Y qué tiene que ver el capitalismo informacional con este horror? Después de todo, ¿no se ha abusado de los niños a lo largo de toda la historia? Sí y no. Es cierto que los niños han sido víctimas durante toda la historia, a menudo de sus propias familias; que han sido sometidos a abusos físicos, psicológicos y sexuales por los distintos poderes que ha habido en todos los periodos históricos; y que el ascenso de la era industrial también presenció el empleo masivo de trabajo infantil en minas y fábricas, con frecuencia en condiciones cercanas al cautiverio. Y, como los niños son personas, la forma en que las sociedades han tratado a la infancia inflige heridas morales duraderas en la condición humana. Pero hay algo nuevo en estos albores de la era de la información: existe un vínculo sistémico entre las características *actuales*, incontroladas, del capitalismo informacional y la destrucción de las vidas de un gran segmento de los niños del mundo.

Lo nuevo es que estamos presenciando una inversión dramática de las conquistas sociales y los derechos de los niños obtenidos por las reformas sociales en las sociedades industriales maduras a raíz de la desregulación a gran escala y el soslayamiento de los gobiernos por parte de las redes

²⁰⁸ Drogin, 1995.

²⁰⁹ Cohn y Goodwin, 1994, pág. 4.

globales. Lo nuevo es la desintegración de las sociedades tradicionales en todo el mundo, que deja a los niños indefensos en la tierra de nadie de los barrios bajos de las megaciudades. Lo nuevo son los niños de Pakistán tejendo alfombras para la exportación mundial a través de las redes de proveedores de los grandes almacenes de los mercados opulentos. Lo nuevo es el turismo global masivo organizado en torno a la pedofilia. Lo nuevo es la pornografía electrónica en la red a escala mundial. Lo nuevo es la desintegración del patriarcado, sin que sea reemplazado por un sistema de protección infantil a cargo de nuevas familias o del Estado. Y lo nuevo es el debilitamiento de las instituciones de apoyo a los derechos de los niños, como los sindicatos o la política de reforma social, para ser reemplazados por admoniciones morales sobre los valores familiares que con frecuencia culpan a las propias víctimas de su situación.

Además, el capitalismo informacional no es una entidad. Es una estructura social específica, con sus reglas y su dinámica, que, mediante los procesos documentados en este capítulo, se relacionan sistémicamente con la sobreexplotación y el abuso de los niños, a menos que unas políticas y estrategias deliberadas combatan estas tendencias.

En las raíces de la explotación infantil están los mecanismos generadores de pobreza y exclusión social en todo el mundo, del África Subsahariana a los Estados Unidos. Con los niños en la pobreza y con países, regiones y barrios enteros excluidos de los circuitos importantes de riqueza, poder e información, el desmoronamiento de las estructuras familiares rompe la última barrera de defensa de los niños. En algunos países, como el Zaire, Camboya o Venezuela, las familias se hallan sumidas en la miseria, tanto en las zonas rurales como en los poblados de chabolas, de tal modo que los niños son vendidos para sobrevivir, son enviados a las calles para que ayuden o terminan escapándose del infierno de sus hogares para caer en el infierno de su no existencia. En otras sociedades la crisis histórica del patriarcado destruye la familia nuclear tradicional sin reemplazarla, haciendo que las mujeres y los niños paguen por ello. Éste es el motivo por el cual casi el 22% de los niños estadounidenses viven en la pobreza, la mayor tasa de pobreza infantil en el mundo industrializado. Éste es el motivo por el cual, de acuerdo con los análisis documentados de Rodgers y Lerman, existe una estrecha relación entre el cambio de la estructura familiar y el aumento de mujeres y niños pobres en los Estados Unidos²¹⁰. Quien desafía al patriarcado lo hace a su propio riesgo, y al de sus hijos. Un informe de 1996 del Departamento de Salud y Servicios Humanos de los Estados Unidos estimó que el abuso y el abandono de los niños en los Estados Unidos se había duplicado entre 1986 y 1993, ascendiendo de 1,4 millones de niños afectados a más de 2,8 millones en 1993. El número de niños que sufrieron malos tratos graves se multiplicó por cuatro, de

²¹⁰ Lerman, 1996; Rodgers, 1996.

143.000 a 570.000. Los niños procedentes de las familias de rentas más bajas tenían 18 veces más posibilidades de sufrir abusos sexuales, casi 56 veces más de carecer de la educación mínima y 22 veces más de sufrir heridas graves por maltrato. Mientras tanto, el porcentaje de casos investigados descendió marcadamente²¹¹.

La oferta de niños que proporciona este debilitamiento de la estructura familiar y esta infancia empobrecida es cubierta, del lado de la demanda, por los procesos de globalización, la interconexión empresarial, la criminalización de un segmento de la economía y las tecnologías de comunicación avanzadas, a los que me he referido de forma específica en los análisis presentados anteriormente. A los factores de la oferta y de la demanda debemos añadir —como fuentes de la sobreexplotación, la exclusión y la destrucción de los niños— la desintegración de los estados y las sociedades y el desarraigo masivo de poblaciones enteras por la guerra, las hambrunas, las epidemias y el bandidaje.

Hay algo más en la cultura fragmentada de nuestras sociedades que contribuye a la destrucción de las vidas de los niños, e incluso la racionaliza. Entre ellos mismos se ha difundido lo que Pedrazzini y Sánchez, basándose en su trabajo de campo en las calles de Caracas, han denominado «la cultura de la urgencia»²¹². Es la idea de que no hay futuro ni raíces, sólo el presente. Y el presente está compuesto por instantes, de cada instante. Así que la vida ha de vivirse como si cada instante fuera el último, sin ninguna referencia más que la satisfacción explosiva de un hiperconsumo individualizado. Este reto constante e intrépido de explorar la vida más allá del desamparo presente mantiene en marcha a los niños desposeídos: durante un corto espacio de tiempo, hasta que se enfrentan a la destrucción total.

De la parte de la sociedad en general, el desmoronamiento de las instituciones sociales tras la fachada de fórmulas repetitivas de las virtudes de una familia tradicional que, en general, ha dejado de existir, deja a los individuos, y en particular a los hombres, solos con sus deseos de transgresión, con sus ansias de poder, con su búsqueda interminable de consumo, caracterizado por un modelo de gratificación inmediata. ¿Por qué, entonces, no aprovecharse de los miembros más indefensos de la sociedad?

Y de la parte de la economía, cuando son posibles los mercados globales de todo de cualquier lugar a cualquier otro, el impulso último a convertirlo todo en mercancía, el que afecta a nuestra propia especie, no parece contradecir la regla más estricta: que la lógica de mercado sea la única guía de las relaciones entre la gente, soslayando los valores y las instituciones de la sociedad. No estoy proponiendo de ningún modo la

²¹¹ Sedlak y Broadhurst, 1996.

²¹² Pedrazzini y Sánchez, 1996.

idea de que el capitalismo informacional esté compuesto por una multitud de proxenetas y explotadores de niños. Las elites capitalistas conservadoras defienden sin duda los valores familiares y hay grandes empresas que financian y respaldan causas en defensa de los niños. Sin embargo, existe un vínculo estructural entre la lógica del mercado imperante sin freno alguno en una economía interconectada y global, fortalecida por las tecnologías avanzadas de la información, y los fenómenos que he descrito en este capítulo. En efecto, es frecuente encontrar en el campo del desarrollo económico opiniones de expertos que aceptan y apoyan la extensión del trabajo infantil como una respuesta racional del mercado que, en ciertas condiciones, proporcionará beneficios a países y familias. La principal razón por la que se destruye a los niños es porque, en la era de la información, las tendencias sociales se ven extraordinariamente amplificadas por la nueva capacidad tecnológica/organizativa de la sociedad, mientras que las redes globales de información y capital soslayan las instituciones de control social. Y como todos estamos habitados a la vez por los ángeles y los demonios de humanidad, cuando quiera y donde quiera que domine nuestro lado oscuro, desencadena la liberación de un poder destructivo sin precedentes.

CONCLUSIÓN: LOS AGUJEROS NEGROS DEL CAPITALISMO INFORMACIONAL

He tratado de mostrar en este capítulo el complejo conjunto de vinculaciones que existen entre las características del capitalismo informacional y el aumento de la desigualdad, la polarización social, la pobreza y la miseria en la mayor parte del mundo. El informacionalismo crea una aguda divisoria entre pueblos y localidades valiosos y sin valor. La globalización avanza de forma selectiva, incluyendo y excluyendo a segmentos de economías y sociedades dentro y fuera de las redes de información, riqueza y poder que caracterizan al nuevo sistema dominante. La individualización del trabajo deja solo a cada uno de los trabajadores para negociar su destino frente a unas fuerzas del mercado en cambio constante. La crisis del Estado-nación y de las instituciones de la sociedad civil construidas a su alrededor durante la era industrial socava la capacidad institucional para corregir el desequilibrio social derivado de la lógica del mercado sin restricciones. En el límite, como en algunos estados africanos o latinoamericanos, el Estado, vacío de su representatividad, se convierte en predador de su propio pueblo. Las nuevas tecnologías de la información conducen este torbellino global de acumulación de riqueza y difusión de pobreza.

Pero en este proceso de reestructuración social hay más que desigualdad y pobreza. También hay exclusión de pueblos y territorios que, desde

la perspectiva de los intereses dominantes en el capitalismo informacional global, pasan a una posición de irrelevancia estructural. Este amplio y multiforme proceso de exclusión social lleva a la formación de lo que denominó, tomándome la libertad de utilizar una metáfora cósmica, *los agujeros negros del capitalismo informacional*. Son las regiones de la sociedad desde las que, hablando estadísticamente, es imposible escapar al dolor y la destrucción infligidos sobre la condición humana de quienes, de un modo u otro, entran en estos paisajes sociales. A menos que haya un cambio en las leyes que gobiernan el universo del capitalismo informacional, ya que, a diferencia de las fuerzas cósmicas, la acción humana deliberada puede cambiar las reglas de la estructura social, incluidas las que inducen la exclusión social.

Estos agujeros negros concentran en su densidad toda la energía destructiva que afecta a la humanidad desde múltiples fuentes. Cómo entran las personas y localidades en estos agujeros negros es menos importante que lo que sucede después; es decir, la reproducción de la exclusión social y la imposición de nuevas adversidades a los que ya están excluidos. Por ejemplo, Timmer *et al.* han mostrado la diversidad de caminos que conducen a la vida en la calle en las ciudades estadounidenses²¹³. La población sin techo de los años noventa está compuesta por una mezcla de «antiguos sin techo», los tipos clásicos de los barrios bajos o las personas con enfermedades mentales sin asistencia médica, y por personajes más nuevos, como las «mamás de la asistencia social», familias jóvenes dejadas atrás por la desindustrialización y la reestructuración, inquilinos desalojados por la renovación urbana, adolescentes escapados, inmigrantes sin hogar y mujeres maltratadas que huyen de los hombres. Pero una vez en la calle, el agujero negro de la falta de hogar, como un estigma y como un mundo de violencia y abuso, actúa sobre ellos de forma indiscriminada, condenándolos a la miseria si permanecen en la calle durante algún tiempo. Por ejemplo, Ida Susser ha expuesto el impacto de las regulaciones de los refugios para los sin techo de Nueva York sobre la separación de las mujeres de sus hijos en un proceso que a menudo conduce a la destrucción de los niños en el sentido que hemos descrito en las páginas precedentes²¹⁴.

En otro ejemplo, citado con menor frecuencia, el analfabetismo funcional desencadena mecanismos de desempleo, pobreza y, en definitiva, exclusión social, en una sociedad que se basa cada vez más en una capacidad mínima de decodificar el lenguaje. Esta incapacidad funcional está mucho más extendida en las sociedades avanzadas de lo que suele reconocerse. Así, en 1988, una encuesta nacional sobre alfabetización realizada por el Departamento de Educación de los Estados Unidos reveló que

²¹³ Timmer *et al.*, 1994.

²¹⁴ Susser, 1991, 1993, 1996.

el 21-25% de una muestra nacional representativa —por lo tanto, unos 40-44 millones de adultos estadounidenses— poseía niveles claramente insuficientes de lectura y escritura en inglés, así como de aritmética elemental. Dos tercios de ellos no habían completado la educación secundaria. Un cuarto comprendía a inmigrantes que estaban aprendiendo inglés, lo que sigue dando una cifra de analfabetismo funcional por encima de los 30 millones de estadounidenses nativos. Un 25-28% adicional demostró capacidades de lo que el estudio denomina nivel 12, un nivel muy reducido de comprensión que incluía la capacidad de recibir instrucciones escritas, pero no de escribir una carta o explicar un error en un estado de cuenta de una tarjeta de crédito, ni de organizar reuniones utilizando horarios de autobuses o de vuelos. El analfabetismo funcional es un obstáculo fundamental para la integración en el mercado laboral formal, en cualquier nivel, y está muy correlacionado con el empleo mal remunerado y la pobreza: casi la mitad del nivel inferior de la escala de alfabetización vivía en la pobreza. Del mismo modo, la mayoría de los reclusos de los Estados Unidos son analfabetos funcionales ²¹⁵.

La adicción a las drogas, las enfermedades mentales, la delincuencia, el encarcelamiento y la ilegalidad también son caminos hacia las condiciones específicas de la miseria que aumentan la probabilidad de perder de forma irreversible el derecho a la vida sancionado por la sociedad. Todos ellos tienen un atributo en común: la pobreza, de la que se originan o a la que conducen.

Estos agujeros negros suelen comunicarse entre sí, mientras que carecen de comunicación *social/cultural* con el universo de la sociedad mayoritaria. Sin embargo, están conectados económicamente con algunos mercados específicos (por ejemplo, mediante la economía criminal de las drogas y la prostitución) y relacionados burocráticamente con el Estado (con los organismos establecidos para su contención, como la policía y la asistencia social). Drogas, enfermedades (por ejemplo, el sida), delitos, prostitución y violencia son parte de las mismas redes, reforzando cada una al resto (como en la infección con el VIH por compartir las agujas entre los drogadictos y/o a través del sexo prostituido) ²¹⁶.

La exclusión social suele expresarse en términos espaciales. El confinamiento territorial de las poblaciones sistémicamente irrelevantes, desconectadas de las redes de funciones y personas valiosas, es sin duda una importante característica de la lógica espacial de la sociedad red, como sostenía en el volumen I, capítulo 6. En este capítulo he documentado la lógica espacial de la exclusión social con una visión general de la marginación del África subsahariana y con una referencia a los guetos estadounidenses. Pero existen otros muchos ejemplos de esa exclusión determinada

territorialmente en la geografía desigual del capitalismo informacional. No menos llamativo es el destino de la mayoría de las islas del Pacífico, paraísos tropicales que viven en una pobreza abyecta y experimentan la desintegración social inducida por el turismo, en medio de una región pacífica transformada en la central de energía del capitalismo global ²¹⁷. Del mismo modo, por qué la gente entra en los agujeros negros, por qué y cómo los territorios quedan excluidos o incluidos, depende de acontecimientos específicos que «encierran» trayectorias de marginalidad. Puede ser un dictador rapaz, como en el Zaire; o la decisión de la policía de dejar ciertos barrios en manos de los traficantes de drogas; o la denegación de un crédito hipotecario porque la vivienda está en un barrio arruinado; o el agotamiento de las minas o la devaluación de los productos agrícolas de los que vivía una región. Sea cual fuere la razón, para estos territorios y para la gente atrapada en ellos, opera una espiral descendente de pobreza, luego de miseria y por último de irrelevancia, hasta o a menos que una fuerza contrarrestadora, incluida la revuelta de la gente contra su condición, invierte la tendencia.

En este fin de milenio, lo que solía denominarse el Segundo Mundo (el universo estatista) se ha desintegrado, incapaz de dominar las fuerzas de la era de la información. Al mismo tiempo, el Tercer Mundo ha desaparecido como entidad pertinente, vaciado de su significado geopolítico y extraordinariamente diversificado en su desarrollo económico y social. Pero el Primer Mundo no se ha convertido en el universo abarcador de la mitología neoliberal, porque ha surgido un nuevo mundo, el Cuarto Mundo, compuesto por múltiples agujeros negros de exclusión social a lo largo de todo el planeta. El Cuarto Mundo comprende grandes áreas del globo, como buena parte del África subsahariana y las zonas rurales empobrecidas de América Latina y Asia. Pero también está presente en cada país y en cada ciudad, en esta nueva geografía de exclusión social. Está formado por los guetos estadounidenses, los enclaves españoles de desempleo juvenil masivo, las *banlieues* francesas que almacenan a los norteafricanos, los barrios de *yoseba* japoneses, y los poblados de chabolas de las megaciudades asiáticas. Y está habitado por millones de personas sin techo, encarceladas, prostituidas, criminalizadas, brutalizadas, estigmatizadas, enfermas y analfabetas. Son la mayoría en algunas zonas, la minoría en otras, y una exigua minoría en unos pocos contextos privilegiados. Pero, en todas partes, su número aumenta y son más visibles, a medida que el criterio selectivo del capitalismo informacional y la quiebra política del Estado de bienestar intensifican la exclusión social. En el contexto histórico actual, el ascenso del Cuarto Mundo es inseparable del ascenso del capitalismo informacional global.

²¹⁵ Kirsch *et al.*, 1993; Newman *et al.*, 1993.

²¹⁶ Susser, 1996.

²¹⁷ Wallace, 1995.